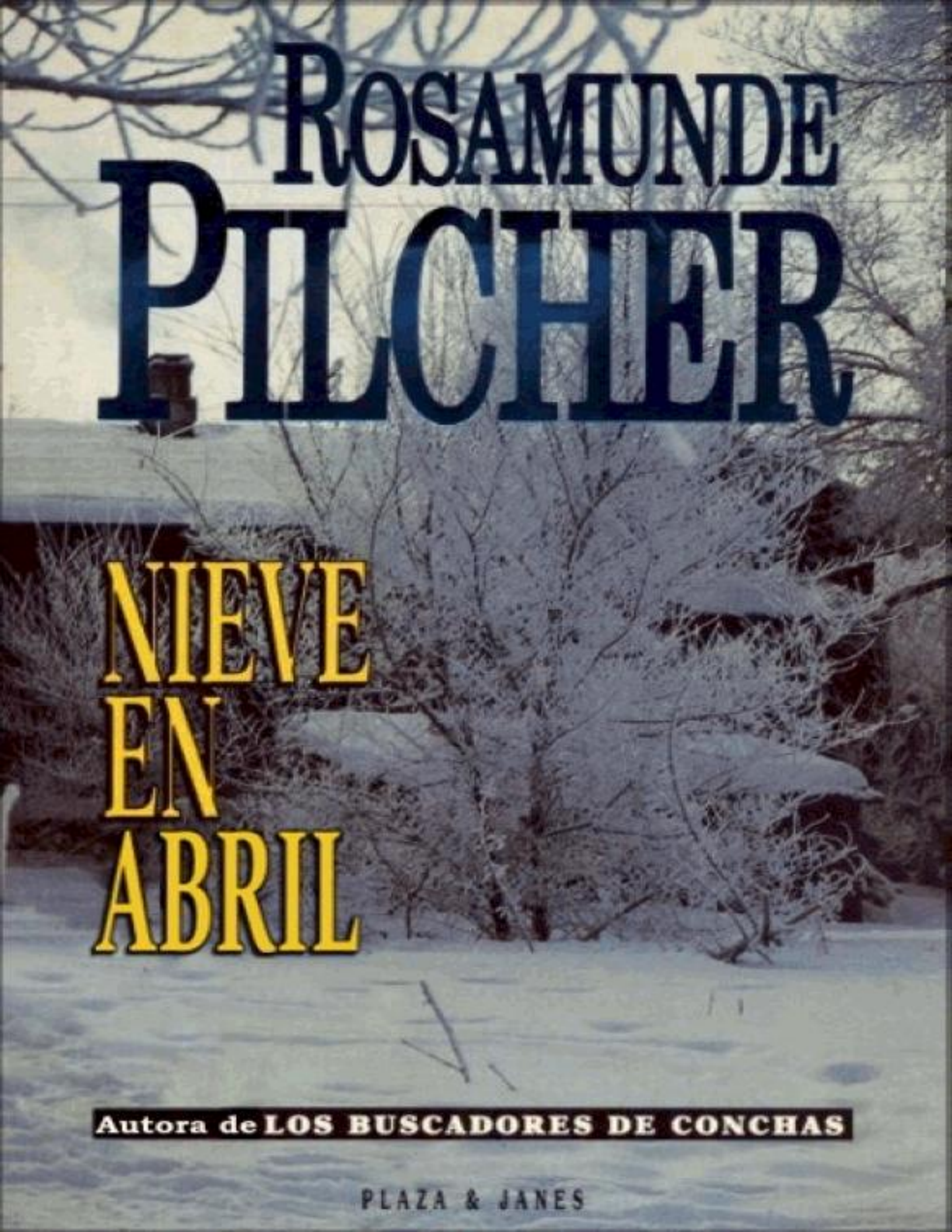


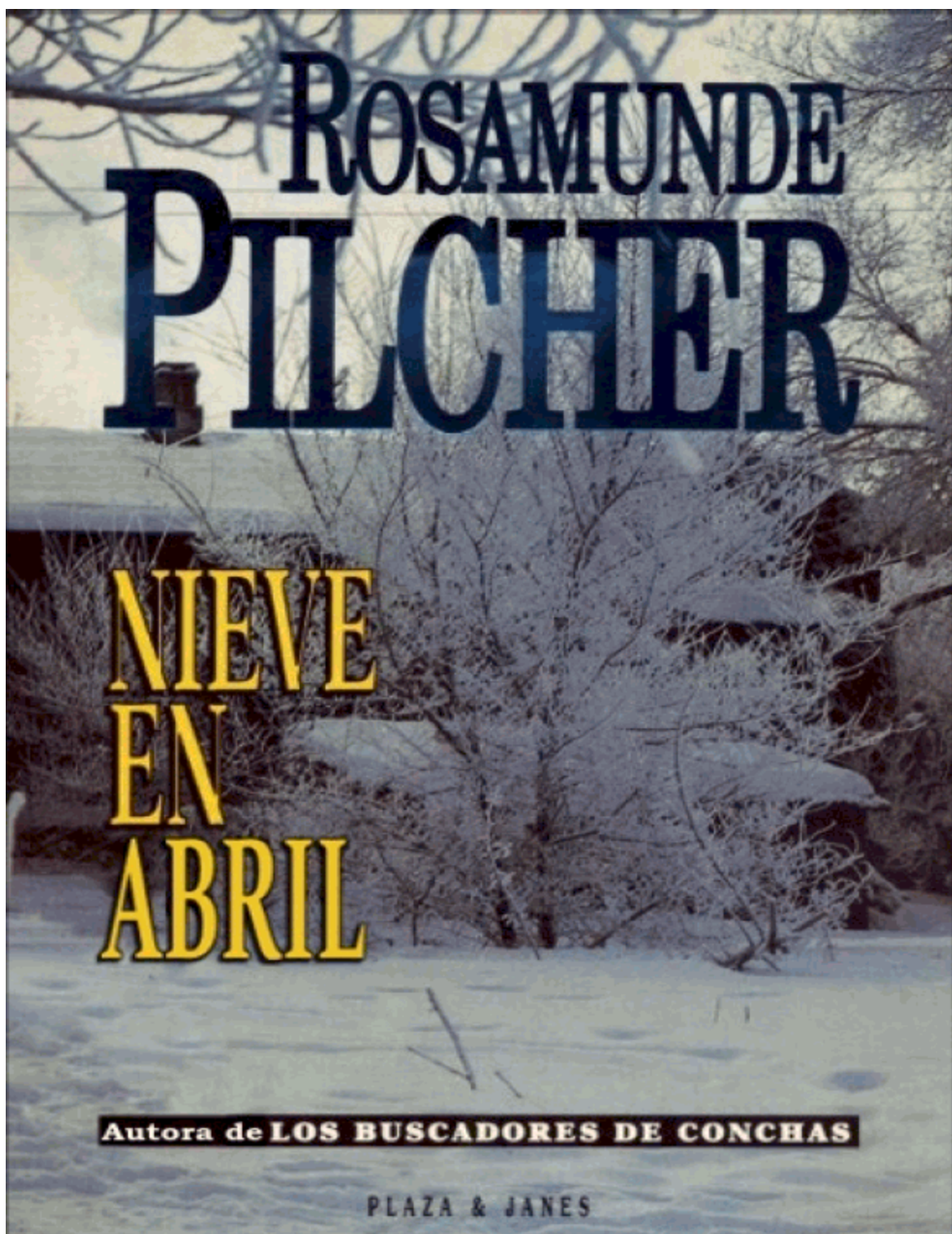


ROSAMUNDE PILCHER

NIEVE EN ABRIL

Autora de LOS BUSCADORES DE CONCHAS

PLAZA & JANES



OceanofPDF.com

Rosamunde Pilcher

Nieve en Abril

OceanofPDF.com

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA



OceanofPDF.com

Capítulo 1

Envuelta en una perfumada espuma y con el cabello recogido en el gorro de baño, Caroline Cliburn permanecía tendida en la bañera, escuchando la radio. El cuarto de baño era amplio, como todas las habitaciones de la casa. Antes había sido cuarto de baño y vestidor, pero tiempo atrás Diana había decidido que la gente ya no usaba ni necesitaba vestidores, por lo que lo había desmantelado y había hecho colocar porcelana color rosa, una mullida alfombra blanca en el suelo y una cortina de calicó en la ventana. En una mesita baja con superficie de cristal había recipientes de sales de baño, revistas y una gran pastilla de jabón con perfume de rosas. También había rosas estampadas en las toallas de baño y en la estera sobre la cual reposaban en ese momento la bata de Caroline, sus zapatillas, la radio y un libro.

La radio emitía un vals. Uno-dos-tres, uno-dos-tres, decían los arrullos de los violines, evocando visiones de patios con palmeras, caballeros de guante blanco y ancianas damas sentadas en sillas doradas, siguiendo con movimientos de la cabeza el compás de la bonita melodía.

«Me pondré el nuevo traje pantalón», pensó. Pero entonces recordó que uno de los botones dorados de la chaqueta se había caído y que, casi con seguridad, lo había perdido. Claro que podía buscar el botón, enhebrar una aguja y coserlo. La operación no le llevaría más de cinco minutos, pero sería más sencillo no hacerlo y ponerse en su lugar el caftán de color turquesa o el vestido de terciopelo negro que, según decía Hugh, le confería aspecto de Alicia en el país de las maravillas.

El agua se estaba enfriando. Abrió el grifo del agua caliente con el dedo gordo del pie y decidió salir de la bañera a las siete y media, secarse, maquillarse y bajar. Llegaría con retraso, pero no importaba. Todos la estarían esperando en torno de la chimenea; Hugh con aquel esmoquin de

terciopelo que ella tanto aborrecía, y Shaun ceñido con su faja escarlata. Y los Haldane estarían allí, Elaine ya iría por el segundo martini y Parker con sus maliciosos y bellos ojos, y los invitados de honor, los socios de Canadá de Shaun, Mr. y Mrs. Grimandull, o algo por el estilo. Tras una razonable espera, los invitados pasarían al comedor para saborear la sopa de tortuga y el *cassoulet* que Diana se había pasado toda la mañana preparando y el sensacional budín que probablemente sería servido flameado entre los «ohs» y los «ahs» y los «Pero, Diana querida, ¿cómo lo haces?».

Como de costumbre, el solo hecho de pensar en toda aquella comida le provocó náuseas. Lo cual era muy extraño porque la indigestión era privilegio sin duda de los muy viejos, los glotones y tal vez las embarazadas, y Caroline, a sus veinte años, no entraba en ninguna de esas categorías. No es que se encontrara mal, pero nunca se sentía del todo bien. Puede que antes del martes... no, del martes de la otra semana, fuera a ver a un médico. Ya se imaginaba su explicación. «Me voy a casar y me encuentro siempre mal.» E imaginaba la sonrisa paternal y comprensiva del médico. «Son los nervios que preceden a la boda, eso es muy natural, le recetaré un sedante.»

El vals terminó discretamente y el locutor anunció el noticiario de las siete y media. Caroline lanzó un suspiro, se incorporó en la bañera, quitó el tapón antes de sucumbir a la tentación de seguir disfrutando del baño y pisó la estera de baño. Apagó la radio, se secó superficialmente, se puso la bata y se dirigió a su dormitorio, dejando unas húmedas huellas en la inmaculada alfombra blanca. Se sentó ante el tocador con faldones, se quitó el gorro de baño y observó sin demasiado entusiasmo su propia imagen reflejada tres veces. El largo cabello liso tan pálido como la leche le colgaba a ambos lados del rostro cual dos borlas de seda. Su rostro no era bonito en el habitual sentido del término. Los pómulos eran demasiados altos, la nariz chata, la boca ancha. Sabía que podía resultar guapa o fea según se mirara y que sólo sus grandes ojos oscuros de espesas pestañas llamaban la atención en cualquier circunstancia, incluso en aquellos momentos en que estaba totalmente agotada.

(Recordó algo que Drennan le había dicho una vez, sosteniéndole la cabeza

entre sus manos y levantándole el rostro hacia el suyo. «¿Cómo es posible que tengas la sonrisa de un chico y los ojos de una mujer? ¿Y, para colmo, los ojos de una mujer enamorada?» Ambos estaban sentados en el asiento delantero del coche de Drennan y fuera llovía y estaba muy oscuro. Recordaba el rumor de la lluvia, el tic tac del reloj del coche y la sensación de las manos de Drennan rodeándole la barbilla, pero era como evocar un suceso de un libro o una película, un suceso que ella había presenciado, pero en el que no había intervenido. Le había ocurrido a otra chica.)

Alargó bruscamente la mano hacia el cepillo, se recogió el cabello con una banda elástica y empezó a maquillarse. De pronto, oyó unas suaves pisadas sobre la mullida alfombra del pasillo. Las pisadas se detuvieron delante de su puerta, que estaba entornada.

—Hola.

—¿Puedo entrar?

Era Diana.

—Pues claro.

Su madrastra ya estaba vestida de blanco y oro y llevaba el cabello rubio ceniza recogido en un moño y atravesado con un alfiler de oro. Se veía, como siempre, hermosa, esbelta, alta, inmaculadamente impecable. El azul de sus ojos destacaba en un rostro que conservaba el bronceado gracias a las regulares sesiones de lámpara ultravioleta, que era uno de los motivos de que a menudo la tomaran por nórdica. Poseía la rara habilidad de estar tan guapa con ropas de esquí o tweed como con un lujoso vestido de noche, dispuesta a participar en una elegante velada de gran etiqueta.

—¡Caroline, aún no estás lista!

Caroline empezó a hacer unas cosas muy complicadas con el cepillo del rímel.

–Voy por la mitad. Ya sabes lo rápida que soy en cuanto empiezo. Creo que fue lo único provechoso que aprendí en la Escuela de Arte Dramático -añadió-. Quiero decir, maquillarme en un minuto exacto.

Inmediatamente lamentó haber hecho aquel imprudente comentario. La Escuela de Arte Dramático seguía siendo todavía territorio prohibido desde el punto de vista de Diana, la cual adoptaba una actitud belicosa en cuanto la oía nombrar.

–En tal caso -dijo fríamente Diana-, los dos años que pasaste allí no fueron una completa pérdida de tiempo. – Al ver que Caroline, arrepentida, no contestaba, añadió-: Bueno, de todos modos, no hay prisa. Hugh ya ha llegado y Shaun le está sirviendo una copa, pero los Lundstrom llegarán un poco tarde. Me ha telefoneado ella desde Connaught para decirme que John se ha retrasado por culpa de una reunión.

–Lundstrom. No recordaba su apellido. Pensaba que se llamaban Grimandull.

–Qué poca consideración. Ni siquiera los conoces.

–¿Tú sí?

–Sí y son muy simpáticos.

Con indirecta intención, Diana empezó a ordenar el dormitorio de Caroline, emparejando los zapatos, doblando un jersey y recogiendo la toalla que estaba en el suelo. La dobló y la llevó al cuarto de baño donde Caroline la oyó limpiando el lavabo, abriendo y cerrando el armario con espejos y guardando sin duda un pote de crema para la cara tras haber cerrado la tapa.

–Diana -dijo Caroline, levantando la voz-, ¿qué son esas reuniones de Mr. Lundstrom?

–¿Cómo? – dijo Diana, regresando a la habitación.

Caroline le repitió la pregunta.

—Es un banquero.

—¿Tiene algo que ver con este nuevo negocio de Shaun?

—Tiene mucho que ver. Él lo va a financiar. Por eso ha venido a este país, para ultimar los detalles.

—O sea que todos tendremos que ser encantadores y portarnos muy bien.

Caroline se levantó, se quitó la bata y, completamente desnuda, fue en busca de su ropa.

Diana se sentó a los pies de la cama.

—¿Y eso te parece un esfuerzo tan grande? Caroline, estás terriblemente delgada. De verdad, demasiado delgada, deberías engordar un poco.

—Estoy bien. — Caroline sacó unas prendas de ropa interior de un cajón muy bien surtido y empezó a ponérselas—. Estoy bien así.

—No digas tonterías. Se te marcan las costillas. Y comes menos que una mosca. Hasta Shaun se dio cuenta el otro día, y sabes lo poco observador que es. — Caroline se puso unas bragas—. Y además, estás muy pálida. Lo he visto al entrar. Quizá tendrías que empezar a tomar hierro.

—¿Eso no te pone los dientes negros?

—Pero bueno, ¿de dónde has sacado esa historia?

—A lo mejor, me pasa porque me voy a casar y he tenido que escribir ciento cuarenta y tres cartas de agradecimiento.

—No seas desagradecida... Ah, por cierto, Rose Kintyre me ha llamado para preguntarme qué quieres que te regale. Le he sugerido aquellas copas que

viste en Sloane Street, ya sabes, aquellas que tenían las iniciales grabadas.
¿Qué te vas a poner esta noche?

Caroline abrió el armario y sacó el primer vestido que le vino a mano, el cual resultó ser el de terciopelo negro.

—¿Este?

—Sí, me encanta ese vestido. Pero tendrías que ponerte medias oscuras.

Caroline lo volvió a guardar y sacó el siguiente.

—¿Y éste?

Por suerte, era el caftán, no el traje pantalón.

—Sí. Precioso. Con pendientes de oro.

—Los he perdido.

—Oh, no me digas que has perdido los que Hugh te regaló.

—Bueno, en realidad, es que no sé dónde los he puesto. Los guardé, pero no recuerdo dónde. No te preocupes. — Caroline se pasó por la cabeza el fino modelo de seda color turquesa—. De todos modos, a mí no se me ven los pendientes a menos que me recoja el cabello. — Mientras se abrochaba los pequeños botones, preguntó: ¿Y Jody, dónde va a cenar?

—Con Katy en el sótano. Le he dicho que podía cenar con nosotros, pero prefiere ver una película del Oeste en la televisión.

Caroline se soltó el cabello y empezó a cepillárselo.

—¿Está allí ahora?

—Creo que sí.

Caroline se roció con el perfume del primer frasco que le vino a mano.

–Si no te importa -dijo-, bajaré primero a darle las buenas noches.

–No tardes mucho. Los Lundstrom estarán aquí dentro de unos diez minutos.

–No tardaré.

Mientras bajaban juntas, se abrió la puerta del salón y apareció Shaun Carpenter, llevando un recipiente de hielo de color rojo en forma de manzana cuyo tallo dorado, surgiendo de la tapadera, formaba el asa. Shaun miró hacia arriba y las vio.

–No hay hielo -dijo a manera de explicación y entonces se distrajo, como un comediante que dirige una segunda mirada antes de decir su parlamento, al verlas aparecer, y se quedó de pie allí, en medio del vestíbulo, para verlas bajar.

–Estáis las dos guapísimas -dijo-. Sois unas mujeres maravillosas.

Shaun era el marido de Diana y, para Caroline, solía ser varias cosas distintas. «El marido de mi madrastra», lo llamaba algunas veces. O, «mi padrastro». O, simplemente, Shaun.

Él y Diana llevaban tres años casados, pero, tal como Shaun se complacía en decirle a la gente, conocía a Diana y la adoraba desde hacía muchísimo más tiempo.

«La conocí hace mucho tiempo -decía-. Pensaba que ya la tenía en el bote, pero entonces ella se fue a las islas griegas a comprarse una casa e, inesperadamente, me escribió para decirme que había conocido a un arquitecto llamado Gerald Cliburn, y se había casado con él. Más pobre que una rata, con hijos y más bohemio que yo qué sé. Podrían haberme

derribado con una pluma.»

A pesar de todo, él había seguido fiel a su memoria, había triunfado en los negocios y había tenido igual éxito en su papel del más sofisticado soltero profesional, muy solicitado por las anfitrionas de Londres, que siempre tenía la agenda llena de compromisos con varios meses de antelación.

Su vida de soltero era tan agradable y estaba tan bien organizada que, cuando Diana Cliburn, viuda y con dos hijastros a su cargo, regresó a Londres para instalarse en su antigua casa e iniciar una nueva vida, la gente empezó a preguntarse qué iba a hacer Shaun Carpenter. ¿Se habría acostumbrado demasiado a su cómoda vida de soltero? ¿Sería capaz, por Diana, de renunciar a su independencia y aceptar la rutinaria existencia de un padre de familia normal y corriente? Los chismosos lo dudaban.

Pero los chismosos no habían contado con Diana. Esta había regresado de Afros, si cabe, más hermosa y deseable que nunca. Tenía entonces treinta y dos años y estaba en la cumbre de su atractivo. Shaun reanudó cautelosamente la amistad y cayó en la trampa en cuestión de unos días. Antes de que transcurriera una semana le pidió que se casara con él y fue repitiendo la petición a intervalos regulares de siete días hasta que, por fin, ella dijo que sí.

Lo primero que Diana le pidió fue que él mismo comunicara la noticia a Caroline y Jody.

—Yo no puedo ser un padre -les dijo Shaun, paseando muy nervioso por la alfombra del salón mientras ellos lo observaban con sus grandes ojos curiosamente idénticos-. No sabría serlo por mucho que quisiera, pero me gustaría que supierais que siempre podréis contar conmigo como confidente o posible financiero... después de todo, ésta es vuestra casa... y me gustaría que os sintierais...

Se atascó y maldijo a Diana por haberlo colocado en aquella situación tan embarazosa, y deseando que lo hubiera dejado en paz y permitido que su relación con Caroline y Jody se desarrollara lenta y naturalmente. Pero

Diana era impaciente por naturaleza y le gustaba que las cosas estuvieran claras desde el principio.

Jody y Caroline contemplaron a Shaun con simpatía, pero nada dijeron ni hicieron para echarle una mano. Les gustaba Shaun Carpenter y, con la clara mirada de la juventud, habían visto que Diana ya se lo había metido en el bolsillo. Les habló de Milton Gardens como la casa de ellos, a pesar de que su casa, para Caroline y Jody, era y siempre sería un cubo blanco como un pan de azúcar suspendido por encima del intenso azul del mar Egeo. Pero aquello ya había quedado atrás, se había hundido sin dejar huella en la confusión del pasado. Lo que Diana eligiera hacer o la persona con la que eligiera casarse, no les incumbía. No obstante, si tenía que casarse con alguien, ellos se alegraban de que lo hiciera con el corpulento y simpático Shaun.

En ese momento, cuando Caroline pasó por su lado, Shaun se apartó cortésmente y se sintió un tanto ridículo, sosteniendo en sus manos el cubo de hielo cual si fuera una ofrenda. Olía a Brut y a ropa limpia. Caroline recordó la barba frecuentemente cerdosa de su padre y su gastada camisa azul de trabajo que prefería ponerse directamente salida de la lavadora y sin el menor toque de plancha. Recordó también las peleas y discusiones en las que él y Diana solían enzarzarse alegremente, ¡y que casi siempre ganaba él!, y se asombró de que una misma mujer pudiera casarse con dos hombres tan diametralmente opuestos.

Bajar al sótano y a los dominios de Katy era como pasar de un mundo a otro. Arriba había alfombras en tonos pastel, arañas y pesados cortinajes de terciopelo. Abajo todo estaba revuelto y desordenado y se respiraba una atmósfera tremendamente alegre y despreocupada. El suelo de linóleo a cuadros competía con las alfombras de vivos colores, las cortinas estampadas con dibujos en zigzag y hojas, y todas las superficies horizontales ocupadas por fotografías, ceniceros de porcelana de olvidadas localidades costeras, conchas pintadas y jarrones con flores de plástico. El fuego crepitaba en la chimenea y, delante de ella, acurrucado en un combado sillón y con los ojos clavados en la parpadeante pantalla del

televisor, estaba Jody, el hermano de Caroline.

Vestía unos pantalones téjanos y un jersey de cuello cisne azul marino, calzaba unas viejas botas de polo, y se tocaba, sin motivo aparente, con una destartalada gorra de marinero demasiado grande para él. Al entrar su hermana, el niño levantó la vista, pero enseguida volvió a centrar su atención en la pantalla. No quería perderse ni una sola escena, ni un solo segundo de acción.

Caroline lo empujó un poco para hacerse sitio en el sillón y se sentó a su lado.

—¿Quién es la chica? — le preguntó después de un momento.

—Una imbécil. Se pasa todo el tiempo dando besos. Una de esas.

—Pues entonces, apágalo.

Jody estudió la posibilidad, decidió que quizá no era mala idea, y se levantó del sillón para apagarlo. El televisor emitió un breve gemido. Él permaneció de pie sobre la alfombra de la chimenea, mirando a su hermana.

Tenía once años, una buena edad, pues había dejado atrás la infancia, pero todavía no era alto, delgado y malhumorado ni tenía problemas con las espinillas. Sus rasgos eran tan parecidos a los de Caroline que, cuando los desconocidos los veían por primera vez juntos, enseguida adivinaban que eran hermanos, a pesar de que Caroline era muy rubia mientras que Jody tenía un lustroso cabello castaño tirando a rojizo, y de que Caroline sólo tenía unas cuantas pecas en el caballete de la nariz y Jody las tenía diseminadas como confetis por la espalda, los hombros y los brazos. Sus ojos eran grises, su sonrisa, no muy frecuente pero cautivadora cuando se producía, dejaba al descubierto unos dientes demasiado grandes para su rostro y algo torcidos, como si hubieran luchado entre sí para hacerse espacio.

—¿Dónde está Katy? — le preguntó Caroline.

–Arriba, en la cocina.

–¿Ya has cenado?

–Sí.

–¿Te han dado lo mismo que vamos a cenar nosotros?

–He tomado una sopa, pero no me ha apetecido lo otro, así que Katy me ha preparado unos huevos con bacón.

–Ojalá hubiera podido cenar eso contigo. ¿Has visto a Shaun y Hugh?

–Sí. He subido. – Hizo una mueca-. Van a venir los Haldane, que te sean leves.

Ambos sonrieron con expresión de conspiradores. La opinión que les merecían los Haldane era prácticamente la misma.

–¿De dónde has sacado esta gorra? – preguntó Caroline.

Jody ya no se acordaba de la gorra. Se la quitó, con cierta turbación.

–La encontré en una vieja caja en el armario del cuarto de los niños.

–Era de papá.

–Sí, ya lo suponía.

Caroline se inclinó y se la quitó. Estaba sucia, deformada y manchada de sal, y la insignia se estaba descosiendo.

–Se la ponía cuando salía a navegar. Decía que el hecho de ir debidamente vestido le daba confianza porque, así, cuando alguien le soltaba un taco por haber hecho mal alguna cosa, él le contestaba con otro taco. ¿Recuerdas

cuando decía estas cosas?

—Algunas -contestó Jody sonriendo-. Y también lo recuerdo leyendo *Rikki Tikki Tavi*.

—Tú eras muy pequeño. Seis años, pero ya veo que lo recuerdas. — Él sonrió de nuevo y Caroline le puso la vieja gorra en la cabeza. Como la visera le tapaba la cara, la muchacha tuvo que inclinarse para darle un beso-. Buenas noches -le dijo.

—Buenas noches -contestó Jody sin moverse.

No hubiera querido separarse de él. Al llegar al pie de la escalera se volvió. Él la estaba mirando fijo por debajo de la visera de la ridícula gorra. Algo en sus ojos la indujo a preguntarle:

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Pues entonces, hasta mañana.

—Sí -dijo Jody-. Buenas noches.

Una vez arriba, Caroline observó que la puerta del salón estaba cerrada, oyó un murmullo de voces procedente del interior y vio a Katy colgando en una percha un abrigo de pieles oscuro y colocándolo en el armario que había junto a la puerta principal. Katy llevaba un vestido marrón y un delantal floreado, su concesión a una cena de etiqueta. Pegó un respingo cuando Caroline apareció de repente.

—Oh, qué susto me has dado.

—¿Quiénes han venido?

—Mr. y Mrs. Haldane. — Señaló con la cabeza-. Están ahí dentro. Será mejor que te des prisa, llegas tarde.

—He ido a ver a Jody.

No le apetecía incorporarse a la fiesta, decidió quedarse un ratito con Katy y apoyó la espalda en la barandilla de la escalera. Imaginó la dicha de subir a su habitación, meterse en la cama y que le sirvieran un huevo duro.

—¿Aún está mirando esa película de indios?

—No creo. Dijo que había demasiados besos.

Katy hizo una mueca.

—Mejor mirar besos que toda esta violencia, digo yo. — Cerró la puerta del armario-. Prefiero que los niños sientan curiosidad por estas cosas a que salgan por ahí a pegarles una zurra a las viejas con sus propios paraguas.

Tras esta atinada observación, Katy regresó a la cocina y Caroline, una vez sola y sin otra excusa para retrasarse, cruzó el vestíbulo, se puso una sonrisa en la cara y abrió la puerta del salón. (Otra de las cosas que había aprendido en la Escuela de Arte Dramático era cómo hacer una entrada.) Inmediatamente cesó el murmullo de las conversaciones y alguien dijo:

—Aquí está Caroline.

El salón de Diana, por la noche, iluminado para una fiesta, resultaba tan espectacular como un decorado de teatro. Los tres grandes ventanales que daban a la tranquila plaza estaban adornados con cortinas de terciopelo verde manzana claro. Había unos grandes y mullidos sofás en tonos rosa y beige, una alfombra beige y, combinando maravillosamente con unos cuadros antiguos, unas vitrinas de nogal, varias piezas de estilo Chippendale y una moderna mesita auxiliar italiana de acero y cristal. Había flores por todas partes y el aire estaba impregnado de una variedad de deliciosos y caros aromas: jacintos, Madame Rochas y los cigarros habanos de Shaun.

Tal como Caroline había imaginado, se encontraban todos reunidos alrededor de la chimenea con sendas copas en las manos. Pero, antes de que ella cerrara la puerta, Hugh se separó del grupo, dejó su copa y cruzó el salón para recibirla.

—Cariño -dijo, tomándola por los hombros e inclinándose para darle un beso. Después, consultando su finísimo reloj de pulsera de oro y mostrando sus blancos puños almidonados con gemelos de oro, añadió-: Llegas tarde.

—Pero si ni siquiera han llegado los Lundstrom.

—¿Dónde estabas?

—Con Jody.

—En tal caso, te perdono.

Era alto, mucho más que Caroline, delgado, moreno y con calvicie incipiente, lo cual le hacía aparentar más edad de la que tenía: treinta y tres años. Vestía un esmoquin de terciopelo azul medianoche y una camisa con unos delicados adornos de encaje. Sus oscuros ojos bajo las pobladas cejas miraban en aquellos momentos con una expresión en la que había diversión, exasperación y una cierta cantidad de orgullo.

Caroline vio el orgullo y se sintió más tranquila. Resultaba un poco difícil estar a la altura de Hugh Rashley, por cuyo motivo ella se pasaba el rato luchando contra sus sentimientos de ineptitud. Por lo demás, era, como futuro marido, altamente satisfactorio, afortunado en su elección de la carrera de agente de cambio y bolsa y extremadamente atento y considerado, aunque a veces sus exigencias alcanzaran unas cotas a todas luces innecesarias. En cierto modo no cabía esperar otra cosa de él, pues constituía una característica de su familia, y era, después de todo, el hermano de Diana.

Debido al hecho de que Parker Haldane se sentía irresistiblemente atraído por las chicas bonitas y Caroline era una de ellas, la actitud de Elaine Haldane para con Caroline era por lo general fría. Esto no preocupaba demasiado a Caroline, ya que veía a Elaine muy de tanto en tanto, pues los Haldane vivían en París donde Parker era el director de la filial francesa de una gran agencia de publicidad estadounidense y sólo viajaba a Londres para asistir a importantes reuniones cada dos o tres meses. Aquella visita había coincidido precisamente con una de ellas.

Además, Caroline no sentía una particular simpatía por Elaine, lo cual era una lástima, pues Elaine y Diana eran íntimas amigas. «¿Por qué eres siempre tan antipática con Elaine?», le preguntaba Diana, y Caroline había aprendido a encogerse de hombros y decir «Lo siento», pues cualquier otra explicación más detallada hubiera podido ser el mayor de los insultos.

Elaine era una bella y distinguida mujer muy aficionada a vestir con excesiva elegancia, un defecto que en París se le había agudizado. Era también muy graciosa y divertida, pero Caroline sabía por amarga experiencia que, bajo sus ingeniosos comentarios, se ocultaban unas afiladas flechas de crueldad verbal dirigidas contra amigos y conocidos ausentes. Escucharla era una temeridad, pues nunca se podía saber con certeza lo que se proponía decir acerca de uno.

A Parker, en cambio, no se le podía tomar demasiado en serio.

—Tú, bellísima criatura -dijo éste, inclinándose en reverencia para rozar levemente con sus labios, tal como se hacía en el continente europeo, la mano de Caroline, la cual casi estaba esperando que chocara los talones-. ¿Por qué nos tienes siempre esperando?

—Le he ido a decir buenas noches a Jody. — Caroline se volvió hacia la esposa de Parker-. Buenas noches, Elaine.

Ambas se rozaron las mejillas, besando el aire.

—Hola, querida. ¡Qué vestido tan bonito!

–Gracias.

–Estas cosas sueltas son muy cómodas de llevar... -Elaine dio una calada al cigarrillo y exhaló una nube de humo-. Le estaba contando a Diana lo de Elizabeth.

Caroline experimentó un sobresalto, pero preguntó cortésmente:

–¿Qué tal está Elizabeth?

Pensó que le iban a decir que Elizabeth se había prometido en matrimonio; que se alojaba en casa del Aga Khan o que estaba en Nueva York, trabajando como modelo para *Vogue*. Elizabeth era hija del primer matrimonio de Elaine y algo mayor que Caroline, pero las muchachas no se conocían personalmente, a pesar de que a veces Caroline tenía la impresión de conocerla mucho mejor que a sí misma. Elizabeth repartía su tiempo entre sus dos progenitores -su madre en París y su padre en Escocia- y, en las pocas ocasiones en que había viajado a Londres, Caroline no estaba.

Entonces trató de recordar la noticia más reciente sobre Elizabeth.

–Ha estado en el Caribe, ¿verdad?

–Sí, cariño, se lo ha pasado de maravilla en casa de una ex compañera de estudios, pero, al regresar hace un par de días, su padre fue a recibirla a Prestwick y le comunicó una noticia tremenda.

–¿Qué noticia?

–Bueno, tú ya sabes que hace diez años, cuando Duncan y yo todavía estábamos juntos, compramos una finca en Escocia... mejor dicho, la compró Duncan a pesar de mi violenta oposición... Fue la gota que colmó el vaso de nuestro matrimonio. – Elaine se detuvo con expresión perpleja.

–¿Y Elizabeth? – la espoleó delicadamente Caroline.

—Ah, sí. Bueno, lo primero que hizo Elizabeth fue trabar amistad con los dos chicos que vivían en la finca colindante... en realidad, ya no eran unos chicos, sino unos adultos hechos y derechos cuando los conocimos, absolutamente encantadores, y tomaron a Elizabeth bajo su protección como si fuera una hermanita menor. A partir de aquel momento, ella empezó a entrar y salir de su casa como si siempre hubiera vivido allí. Ambos la adoraban, pero el mayor le tenía un cariño especial, y, querida, justo antes de que Elizabeth regresara a casa, él se mató en un terrible accidente de coche. Fue horrible, las calles estaban heladas y se estrelló contra un muro de piedra.

—¡Oh, que desgracia tan terrible! — exclamó Caroline, sinceramente apenada.

—Espantosa. Tenía apenas veintiocho años y era un magnífico agricultor, un cazador extraordinario y una persona estupenda. Ya puedes figurarte la clase de recibimiento que tuvo la pobrecilla. Me llamó llorando para decírmelo. Insistí en que se reuniera con nosotros aquí, en Londres, pero me ha dicho que la necesitan allí...

—Seguramente a su padre le encantará tenerla a su lado... -terció Parker, acercándose de repente a Caroline para ofrecerle un martini tan frío que a ésta casi se le helaron los dedos-. ¿A quién estamos esperando? — preguntó.

—A los Lundstrom. Son canadienses. Él es un banquero de Montreal. Está relacionado con el nuevo proyecto de Shaun.

—¿Significa eso que Diana y Shaun tienen intención de irse a vivir a Montreal? — Preguntó Elaine-. ¿Qué vamos a hacer sin ellos? Diana, ¿qué vamos a hacer sin ti?

—¿Cuánto tiempo piensan quedarse allí? — preguntó Parker.

—Unos tres o cuatro años. Tal vez menos. Se irán lo antes posible después de la boda.

—¿Y esta casa? ¿Tú y Hugh vais a vivir aquí?

—Es demasiado grande. Además, Hugh tiene un piso estupendo. No, Katy se quedará en el sótano como una especie de ama de llaves, y Diana tiene intención de alquilar la casa si encuentra al inquilino adecuado.

—¿Y Jody?

Caroline lo miró y luego bajó la vista hacia el vaso que sostenía en la mano.

—Jody se irá a vivir con ellos.

—¿Y a ti no te importa?

—Sí, claro que me importa. Pero Diana quiere llevárselo.

«Y Hugh no quiere cargar con la responsabilidad de un niño. Por lo menos, de momento. Tal vez un hijo dentro de un par de años, pero no un niño de once años. Diana ya le ha buscado una escuela privada y Shaun quiere que aprenda a esquiar y a jugar al hockey sobre hielo.»

Parker seguía mirándola. Ella sonrió irónicamente.

—Ya conoces a Diana, Parker. Hace planes y no hay quien se los quite de la cabeza.

—Lo echarás de menos, ¿verdad?

—Sí, lo echaré de menos.

Al final, llegaron los Lundstrom, los presentaron, les ofrecieron una copa y los introdujeron amablemente en la conversación. Caroline, apartándose a un lado con la excusa de ir a buscar un cigarrillo, los observó con curiosidad y vio que ambos se parecían mucho, tal como les suele ocurrir a las personas casadas. Ambos eran altos y angulosos y tenían pinta de

deportistas. Se los imaginó jugando al golf juntos los fines de semana o practicando el deporte de la vela -tal vez incluso participando en regatas oceánicas- en verano. Mrs. Lundstrom vestía con gran sencillez, pero lucía unos brillantes sensacionales y Mr. Lundstrom poseía la típica personalidad anodina que a menudo desdibuja el perfil de un hombre que ha triunfado de manera espectacular en la vida.

De pronto Caroline pensó que habría sido algo tan maravilloso como respirar una bocanada de aire fresco, que entrara en la casa un pobre de solemnidad, un fracasado, un ser sin moral o incluso un borracho. Un artista que se estuviera muriendo de hambre en una buhardilla. Tal vez un escritor cuyas obras nadie compraría. O algún alegre vagabundo con una barba de tres días y un abultado vientre sobresaliendo por encima del cinturón de sus pantalones. Pensó en los variados y poco recomendables amigos de su padre que solían pasarse la noche bebiendo vino tinto o *retsina* y durmiendo en cualquier sitio, ya fuera en un combado sofá o en el simple suelo con los pies apoyados en el murete de una terraza. Recordó la casa de Afros de noche, pintada por la luz de la luna en bloques blancos y negros y siempre el rumor del mar.

—... ya vamos a cenar. — Era Hugh. Ella se dio cuenta que ya se lo había dicho y había tenido que repetírselo-. Estás dormida, Caroline. Termínate la bebida, ya es hora de que comas algo.

En la mesa se encontró entre John Lundstrom y Shaun. Como Shaun estaba ocupado escanciando vino, Caroline empezó a conversar con toda naturalidad con Mr. Lundstrom.

—¿Es la primera vez que visita Inglaterra?

—No, en absoluto. He estado aquí muchas veces. — Mr. Lundstrom contempló su cuchillo y su tenedor, frunciendo levemente el ceño-. A ver si me aclaro. No entiendo muy bien esta relación familiar. ¿Usted es la hijastra de Diana?

—Sí, en efecto. Y me voy a casar con su hermano Hugh. Mucha gente cree

que eso es prácticamente ilegal, pero, en realidad, no lo es. Quiero decir que la religión nada tiene en contra.

—Ni por un momento he pensado que fuera ilegal. Simplemente muy ordenado. Así todo queda en casa.

—¿No le parece un comentario un poco mezquino?

Lundstrom levantó la vista de los cubiertos y sonrió. Pareció más joven, más alegre y menos rico cuando sonrió. Más humano. Caroline le cogió simpatía.

—No cabe duda de que es un arreglo muy práctico. ¿Cuándo se casan ustedes?

—El martes de la semana que viene no, de la otra. Casi no puedo creerlo.

—¿Y acudirán ustedes a visitar a Diana y Shaun en Montreal?

—Espero que podamos hacerlo más adelante. Pero, de momento, no.

—¿Y el niño...?

—Sí, mi hermano Jody.

—Se irá con ellos, ¿verdad?

—Sí.

—En Canadá se va a encontrar como pez en el agua. Es un lugar estupendo para un niño.

—Sí -repitió Caroline.

—¿Son sólo ustedes dos?

–Oh, no -contestó Caroline-. También está Angus.

–¿Otro hermano?

–Sí. Tiene casi veinticinco años.

–¿Y qué hace?

–No lo sabemos.

John Lundstrom levantó las cejas, cortésmente, pero sorprendido.

–Lo digo en serio -añadió Caroline-. No sabemos qué hace ni dónde está. Es que antes nosotros vivíamos en Afros, en el mar Egeo. Mi padre era arquitecto, actuaba como una especie de agente para personas que querían comprar parcelas y construir casas. Así fue como conoció a Diana.

–Un momento. ¿Quiere decir que Diana fue allí para comprar una parcela?

–Sí y construir una casa. Pero nada de eso hizo. Conoció a mi padre, se casó con él y se instaló con todos nosotros en nuestra casa de Afros...

–Pero después regresaron ustedes a Londres, ¿no es cierto?

–Sí, mi padre murió, de manera que Diana nos trajo con ella. Pero Angus dijo que él no quería venir. Entonces tenía diecinueve años, llevaba el cabello largo hasta los hombros y no tenía ni un céntimo en el bolsillo. Diana le dijo que, si quería quedarse en Afros, ella no tenía inconveniente, pero él dijo que Diana podía vender la casa, pues él se había comprado un Mini Moke de segunda mano y pensaba ir en coche a la India cruzando Afganistán. Diana le preguntó qué iba a hacer cuando llegara allí y Angus le contestó que encontrarse a sí mismo.

–Eso lo hacen miles de jóvenes. Usted ya lo sabe, ¿verdad?

–Pero eso no constituye un consuelo cuando se trata del propio hermano.

—¿Y no lo ha vuelto a ver desde entonces?

—Sí. Regresó poco después de la boda de Diana y Shaun, pero ya sabe usted cómo son estas cosas. Pensábamos que habría cambiado un poco, pero era el mismo de siempre. Todas las sugerencias de Diana le atacaban los nervios hasta que, al final, regresó a Afganistán y desde entonces no hemos vuelto a saber de él.

—¿Nada en absoluto?

—Bueno... una vez recibimos una postal de Kabul o Srinagar o Teherán o algún sitio así.

Caroline sonrió, como si hubiera dicho un chiste, pero, antes de que John Lundstrom tuviera tiempo de pensar una respuesta, Katy interrumpió la conversación, inclinándose sobre su hombro para colocar delante de él una taza de sopa de tortuga y, con la conversación interrumpida, Lundstrom volvió la espalda a Caroline y empezó a charlar con Elaine.

La velada transcurrió tal como era de esperar y Caroline se aburrió como una ostra. Tras el café y el brandy, todos volvieron a reunirse en el salón. Los hombres se congregaron en un rincón para hablar de negocios y las mujeres lo hicieron alrededor de la chimenea para contar chismes, hacer planes para Canadá y admirar el tapiz en el que Diana estaba trabajando en aquellos momentos.

Al cabo de un rato, Hugh se apartó del grupo de los hombres con la excusa de volver a llenar el vaso de John Lundstrom, pero, una vez hecho esto, se acercó a Caroline, se sentó en el brazo de su sillón y le preguntó:

—¿Qué tal estás?

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Te apetece ir un rato al Arabella?

Caroline levantó la vista. Desde lo hondo del mullido sillón, el rostro de Hugh se veía casi al revés.

—¿Qué hora es? — le preguntó.

Hugh consultó su reloj.

—Las once. ¿Estás un poco cansada quizá?

Antes de que ella pudiera contestar, Diana, que había oído la conversación, levantó la vista de su tapiz y les dijo:

—Vamos, idos los dos.

—¿Adonde se tienen que ir? — preguntó Elaine.

—Al Arabella. Un pequeño club del que Hugh es socio... -Eso suena muy intrigante... -dijo Elaine, mirando con una sonrisa a Hugh como si supiera muchas cosas sobre los clubes. Hugh y Caroline se excusaron, dieron las buenas noches a los reunidos y se retiraron. Caroline subió a recoger el abrigo y peinarse un poco. Al pasar por delante de la puerta de la habitación de Jody, se detuvo, pero vio que la luz estaba apagada y no se oía el menor ruido, por lo que decidió no molestar a su hermano y bajó de nuevo al vestíbulo, donde Hugh la esperaba. Hugh abrió la puerta y ambos salieron a la suave oscuridad y bajaron por la acera hasta el lugar donde él había dejado aparcado el coche. Rodearon la plaza y salieron a la Kensington High Street. La luna estaba empezando a despuntar en el cielo, parcialmente cubierta por unas nubes empujadas por un viento que azotaba también las desnudas ramas de los árboles del parque; el anaranjado resplandor de la ciudad se reflejaba en el cielo y Caroline bajó la ventanilla para que entrara un poco de aire fresco, pensando que, en una noche como aquélla, hubiera sido bonito estar en el campo y pasear por oscuros senderos, escuchando el rumor de las ramas de los árboles agitadas por el viento bajo el plateado fulgor de la luz de la luna.

Caroline lanzó un suspiro.

—¿Y eso a qué viene? — preguntó Hugh.

—¿A qué viene qué?

—El suspiro. Sonaba muy trágico.

—A nada.

Al cabo de un rato, Hugh preguntó:

—¿Todo bien? ¿No estás preocupada por algo?

—No.

Después de todo, no tenía de qué preocuparse, pero se preocupaba por muchas cosas. Una de ellas eran los constantes mareos. Se preguntó por qué razón no se atrevía a comentarle aquel tema a Hugh. Tal vez porque él siempre estaba en muy buena forma, era tremendamente activo, rebosaba de energía y jamás estaba cansado. En cualquier caso, los problemas de salud eran muy aburridos y aún más hablar de ellos.

El silencio se estaba prolongando demasiado. Al final, mientras aguardaban que un semáforo se pusiera verde, Hugh comentó:

—Los Lundstrom son muy simpáticos.

—Sí. Le he hablado a Mr. Lundstrom de Angus y me ha escuchado con interés.

—¿Y qué otra cosa esperabas que hiciera?

—Lo que hace siempre todo el mundo. Escandalizarse, horrorizarse, divertirse... o cambiar de tema. A Diana no le gusta que hablemos de

Angus. Supongo que porque fue su único fracaso. – Caroline se corrigió-. Es su único fracaso.

–¿Quieres decir porque no regresó a Londres con todos vosotros?

–Sí y porque no estudió contabilidad o cualquier otra carrera que ella hubiera pensado para él. En cambio, Angus hizo exactamente lo que le dio la gana.

–Aun a riesgo de que me digas que le doy la razón a Diana en este tema, yo creo que tú hiciste lo mismo. A pesar de su oposición, te matriculaste en la Escuela de Arte Dramático e incluso conseguiste un trabajo...

–Durante seis meses. Nada más.

–Te pusiste enferma. Tuviste neumonía y eso no fue tu culpa.

–No, pero me curé y, si hubiera valido como actriz, habría regresado y lo habría intentado de nuevo. Pero no lo hice, me acobardé. Diana dijo que yo no tenía fuerzas para perseverar, de manera que, al final, inevitablemente, tuvo razón. Menos mal que no me atormentó con la consabida frase del «Ya te lo dije».

–Pero, si aún estuvieras trabajando en el teatro -dijo Hugh-, seguramente no estarías a punto de casarte conmigo.

Caroline contempló su perfil extrañamente iluminado por las farolas de la calle y el resplandor del salpicadero y le pareció que su expresión resultaba ligeramente perversa y malvada.

–No, supongo que no.

Sin embargo, las cosas no eran tan sencillas. Sus razones para casarse con Hugh eran muchas y estaban tan entremezcladas entre sí que hubiera sido muy difícil desenredarlas. Pero la gratitud era, probablemente, la más importante de todas. Hugh había surgido en su vida poco después de su

llegada a Londres con Diana, cuando apenas contaba quince años. Ya entonces, triste, enfurruñada y malhumorada mientras Hugh se encargaba del equipaje y los pasaportes y del cansado y lloroso Jody, Caroline había reconocido sus cualidades. Era la clase de sólida amistad masculina que siempre había necesitado, pero nunca había conocido. Resultaba muy agradable recibir órdenes y dejar que otra persona se encargara de todo. Su actitud protectora -no exactamente como de padre, sino más bien como de tío- la había ayudado a superar los difíciles años de la adolescencia.

Otra fuerza determinante había sido la propia Diana, la cual ya desde un principio parecía haber decidido que ella y Hugh eran la pareja perfecta. La pulcritud de aquel arreglo la atraía. De una manera sutil, pues era demasiado inteligente para actuar a la descarada, fomentó las relaciones entre ambos. «Hugh te puede acompañar a la estación. Cariño, ¿estarás en casa a la hora de cenar? Vendrá Hugh y te necesito para completar la mesa.»

Sin embargo, aquella implacable presión de nada hubiera servido de no haber sido por el término de sus relaciones con Drennan Colefield. Después de aquello... después de haber amado de aquella manera, Caroline pensó que ya nada podría ser igual. Cuando todo se acabó y ella pudo mirar a su alrededor sin que se le llenaran los ojos de lágrimas, vio que Hugh aún estaba allí, esperándola. Nada había cambiado... salvo que en ese momento Hugh quería casarse con ella y no había razón alguna para que ella no lo aceptara.

—Te has pasado toda la noche muy callada -dijo Hugh.

—Pues a mí me ha parecido que hablaba demasiado.

—Si algo te preocupara, ¿me lo dirías?

—Lo único que me preocupa es la rapidez con que está ocurriendo todo, y las cosas que todavía me quedan por hacer. Además, el hecho de haber conocido a los Lundstrom me recuerda que Jody se irá a Canadá y que nunca volveré a verlo.

Hugh se quedó en silencio, sacó un cigarrillo y lo encendió con el encendedor del salpicadero. Tras dejar el encendedor en su sitio, dijo:

—Estoy casi seguro de que estás sufriendo lo que las páginas femeninas de los periódicos llaman «la depresión de las novias».

—¿Y cuál es la causa?

—Demasiadas cosas en que pensar; demasiadas cartas que escribir; demasiados regalos que desenvolver. Vestidos que probarse, cortinas que elegir, floristas y proveedores a los que responder. Todo eso basta para volver loca a la más sensata de las chicas.

—Pues entonces, ¿por qué dejaste que nos arrastraran al carnaval de esta multitudinaria boda?

—Porque ambos significamos mucho para Diana, y el hecho de limitarnos a acudir al Registro Civil e irnos después a pasar dos días a Brighton la hubiera privado de un ilimitado placer.

—Pero nosotros somos personas, no corderos destinados al sacrificio.

—Alegra esta cara -dijo Hugh, apoyando una mano en las suyas-. Pronto llegará el martes, todo terminará y nos iremos a las Bahamas, donde podrás tumbarte al sol todo el día y no escribir ni una sola carta y no comer más que naranjas. ¿Qué te parece?

—Ojalá pudiéramos ir a Afros -contestó Caroline, sabiendo que su comentario era un poco infantil.

Hugh empezó a mostrarse impaciente.

—Caroline, sabes que eso ya lo hemos discutido miles de veces...

Caroline dejó de prestarle atención, sus pensamientos regresaron de repente a Afros. Recordó los olivares y los viejos árboles rodeados de amapolas

contra el telón de fondo del azul del mar. Y los campos de campanillas y los perfumados pamporcinos rosa pálido. Y el sonido de las esquilas de los rebaños de cabras y el aroma de los montes y de la cálida resina de los pinos.

—... en cualquier caso, ya está todo preparado.

—Pero algún día iremos a Afros ¿verdad, Hugh?

—No has escuchado ni una sola palabra de lo que te estaba diciendo.

—Podríamos alquilar una casita.

—No.

—O un yate.

—No.

—¿Por qué no quieres ir?

—Porque creo que debes recordarlo tal como era, no como quizá es ahora, estropeado por los promotores inmobiliarios y con hoteles tan altos como rascacielos.

—A ti no te consta que sea así.

—Tengo una idea bastante aproximada.

—Pero...

—No -dijo Hugh.

Tras una pausa, Caroline dijo, tercamente:

–Pues yo quiero volver.



OceanofPDF.com

Capítulo 2

El reloj del vestíbulo estaba dando las dos cuando al fin regresaron a casa. El carillón sonó majestuosamente cuando Hugh insertó la llave de Caroline en la cerradura y abrió la puerta negra. Las luces del vestíbulo estaban encendidas, pero la escalera se encontraba a oscuras. Todo estaba en silencio, la fiesta había terminado hacía mucho rato y todo el mundo se había ido a dormir.

–Buenas noches -dijo Caroline, volviéndose hacia Hugh.

–Buenas noches, cariño. – Se besaron-. ¿Cuándo volveré a verte? Mañana por la noche no estaré en la ciudad... ¿quizá el martes?

–Ven a cenar. Se lo diré a Diana.

–Sí, díselo.

Hugh sonrió, salió y empezó a cerrar la puerta. Antes de que la cerrara del todo, Caroline recordó decirle:

–Gracias por la deliciosa velada.

Después, la puerta se cerró con un clic y ella se quedó sola. Esperó, prestando atención al ruido del coche.

Cuando el ruido del motor se alejó hasta perderse, ella dio media vuelta y subió la escalera peldaño a peldaño con la mano apoyada en la barandilla. Al llegar arriba, encendió la luz del pasillo y se dirigió a su dormitorio. Las cortinas estaban corridas y la cama preparada y su camisón acomodado a los pies de la colcha. Se despojó de los zapatos, el bolso, el abrigo y el pañuelo mientras avanzaba por la alfombra, finalmente llegó a la cama y se

dejó caer en ella sin preocuparse por los estragos que pudiera causar en su vestido. Al cabo de un momento, levantó una mano y empezó a desabrochar muy despacio los pequeños botones, se pasó el caftán por la cabeza, se quitó la ropa interior, se puso el ligero camisón y lo sintió fresco y ligero sobre su piel. Se dirigió descalza al cuarto de baño, se lavó la cara superficialmente y se cepilló los dientes. Eso la refrescó un poco. Se sentía todavía cansada, pero su cerebro estaba tan activo como una ardilla enjaulada. Regresó al tocador, cogió el cepillo, después, deliberadamente, lo dejó sobre el tocador, abrió el último cajón y sacó las cartas de Drennan, todavía atadas con una cinta roja, y la fotografía en la que ambos aparecían dando de comer a los pájaros en Trafalgar Square; y los viejos programas de teatro y los menús de los restaurantes y todos los papelitos sin importancia que ella había juntado y guardaba como si fueran un tesoro por el simple hecho de ser el único medio de fijar los recuerdos del tiempo que habían pasado juntos.

«Te pusiste enferma -le había dicho Hugh esa noche, tratando de justificarla-. Tuviste neumonía.»

Parecía todo tan lógico y normal. Sin embargo, ninguno de ellos, ni siquiera Diana, se había enterado de lo de Drennan Colefield. Caroline no le contó lo que realmente había ocurrido, ni siquiera cuando todo terminó y estaban las dos solas en Antibes, donde Diana la había llevado a recuperarse, a pesar de que algunas veces echaba de menos los tópicos de siempre. «El tiempo todo lo cura. Toda mujer tiene que sufrir por lo menos una decepción amorosa en su vida. Un clavo saca otro clavo.»

Meses más tarde, el nombre de Drennan salió a relucir durante el desayuno. Diana estaba leyendo la página de espectáculos del periódico y, de pronto, levantó la vista y le preguntó a Caroline, a través de los rayos de sol que iluminaban la estancia, la mermelada de naranja y el aroma de café:

—¿No trabajaba Drennan Colefield en el Teatro Estable de Lunnbridge cuando tú estabas allí?

Caroline, muy cuidadosamente, posó la taza de café y dijo:

–Sí. ¿Por qué?

–Aquí dice que va a interpretar el papel de Kirby Ashton en la película *Saca tu pistola*. Seguramente será un papel muy sustancioso porque el libro estaba lleno de sexo y violencia y chicas magníficas. – Diana miró a Caroline-. ¿Era bueno? Quiero decir como actor.

–Sí, creo que sí.

–Aquí hay una fotografía suya con su mujer. ¿Sabías que se había casado con Michelle Tyler? Es guapísimo.

Le pasó el periódico y allí estaba, más delgado que lo que Caroline lo recordaba, y con el cabello más largo, pero con la misma sonrisa, el mismo brillo de los ojos y el habitual cigarrillo entre los dedos.

–¿Qué vas a hacer esta noche? – le había preguntado él cuando se conocieron.

Ella estaba preparando café en la sala de los actores e iba toda manchada de pintura tras haber estado trabajando en un decorado.

–Nada -había contestado ella.

–Yo tampoco -había dicho Drennan-. Pues hagamos algo los dos.

A partir de aquella noche el mundo se convirtió en un lugar increíblemente hermoso. De pronto, cada hoja de los árboles era de repente un milagro. Un niño jugando con una pelota, un anciano sentado en el banco de un parque estaban llenos de un significado que ella nunca había advertido.

La pequeña y aburrida localidad se transformó, la gente sonreía y parecía feliz, y el sol siempre parecía brillar, más cálido y resplandeciente que nunca. Y todo gracias a Drennan. «Así es el amor -le había dicho él-. Así tiene que ser.» Pero ya nunca volvería a ser así. Recordando a Drennan, a

quien seguía amando, y sabiendo que al cabo de una semana iba a casarse con Hugh, Caroline se echó a llorar. Sin sollozos ni gemidos, sólo un torrente de lágrimas que le inundó los ojos y bajó caudalosamente por las mejillas.

Hubiera podido permanecer allí sentada toda la noche, contemplando su imagen reflejada en el espejo y recreándose en su dolor sin llegar a una conclusión satisfactoria si Jody no la hubiera interrumpido. El niño se dirigió en silencio por el pasillo que separaba su habitación de la de su hermana, llamó con los nudillos a la puerta y, al no obtener respuesta, la abrió y asomó la cabeza.

—¿Estás bien? — le preguntó.

Su inesperada aparición fue tan buena como una ducha de agua fría. Caroline hizo inmediatamente un esfuerzo por serenarse, se secó las lágrimas con la palma de la mano y tomó la bata para ponérsela sobre el camisón.

—Sí... por supuesto, estoy... ¿qué haces levantado a estas horas?

—Estaba despierto y te he oído entrar. Después he oído que ibas de un lado para otro y he pensado que quizá te encontrabas mal. — Jody cerró la puerta y se acercó a Caroline. Llevaba un pijama azul, iba descalzo y el cabello rojizo le formaba una especie de cresta por detrás-. ¿Por qué llorabas?

Hubiera sido inútil decirle «No lloraba».

—Por nada -contestó Caroline, dando una respuesta igualmente inútil.

—No puedes decir «por nada». No es posible llorar por nada. — El niño se acercó un poco más y la miró a los ojos-. ¿Tienes hambre?

Caroline sonrió, y negó con la cabeza.

—Pues yo sí. Creo que bajaré a buscar algo.

–Me parece muy bien.

Pero se quedó donde estaba, mirando a su alrededor como si quisiera descubrir la razón de la desdicha de su hermana. Sus ojos se posaron en las cartas y la fotografía. Alargó la mano y tomó la fotografía.

–Éste es Drennan Colefield. Lo vi en *Saca tu pistola*. Tuve que pedirle a Katy que me acompañara porque era para menores acompañados. Hacía el papel de Kirby Ashton. Estaba estupendo. – Jody miró a Caroline-. Tú lo conocías, ¿verdad?

–Sí, trabajamos juntos en Lunnbridge.

–Ahora está casado.

–Ya lo sé.

–¿Por eso llorabas?

–Tal vez.

–¿Tanto lo conocías?

–Mira, Jody, eso fue hace mucho tiempo.

–Pues entonces, ¿por qué te hace llorar?

–Es que soy una sentimental.

–Pero tú... -Jody no se atrevió a utilizar la palabra «amor»-. Tú vas a casarte con Hugh.

–Lo sé. Eso es precisamente lo que significa ser sentimental. Significa llorar por algo que se ha terminado, que se ha acabado. Y es una pérdida de tiempo.

Jody la miró fijo. Al cabo de un momento, dejó la fotografía de Drennan y dijo:

—Me voy a buscar un trozo de tarta. Vuelvo enseguida. ¿Quieres algo?

—No. Procura no hacer ruido. No despiertes a Diana.

Jody se marchó. Caroline volvió a guardar las cartas y la fotografía en el cajón y lo cerró. Después recogió las prendas que había dejado tiradas por el suelo, colgó el caftán, colocó las hormas en los zapatos, dobló todo lo demás y lo dejó encima de una silla. Cuando regresó Jody, llevando su tentempié en una bandeja, ya se había cepillado el cabello y lo esperaba sentada en la cama. Jody se sentó a su lado, y apoyó la bandeja en la mesilla de noche.

—¿Sabes una cosa? —dijo él—. Se me ha ocurrido una idea.

—¿Una buena idea?

—Creo que sí. Mira, tú crees que a mí no me importa irme a Canadá con Diana y Shaun. Pero me importa. No quiero ir en absoluto. Preferiría hacer cualquier otra cosa.

Caroline lo miró con incredulidad.

—Pero, Jody, yo creía que te apetecía ir. Me parecía que la idea te gustaba.

—Lo decía para ser amable.

—Pero, por el amor de Dios, no puedes irte a Canadá simplemente para ser amable.

—Sí puedo, pero ahora te digo que no quiero ir.

—Te lo vas a pasar muy bien en Canadá.

—¿Y tú cómo lo sabes? Nunca has estado allí. Además, no quiero dejar la escuela ni a mis amigos ni el equipo de fútbol.

—Pero, ¿por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué me lo dices ahora? — le preguntó Caroline, perpleja.

—No te lo dije antes porque estabas muy ocupada con las cartas, los tostadores de pan, los velos y todas esas cosas.

—Pero yo nunca estoy demasiado ocupada para ti...

—Te lo digo ahora, porque, si no te lo digo ahora, ya será demasiado tarde - añadió Jody como si Caroline no hubiera hablado-. No habrá tiempo. Bueno pues, ¿quieres saber cuál es mi plan?

—No sé -contestó Caroline con repentina inquietud-. ¿Cuál es tu plan?

—Creo que me tendría que quedar aquí en Londres en lugar de irme a Montreal... no, no contigo y Hugh. Con Angus.

—¿Con Angus? — La idea resultaba casi cómica-. Angus está en el quinto infierno. En Cachemira, Nepal o yo qué sé dónde. Aunque supiéramos cómo localizarlo, que no lo sabemos, él jamás regresaría a Londres.

—No está en Cachemira, ni en Nepal -dijo Jody, y dio un gran mordisco al trozo de tarta-. Está en Escocia.

Su hermana lo miró, creyendo que no le había oído bien a través de las migas de pastel y las pasas de Corinto.

—¿En Escocia?

Jody asintió con la cabeza.

—¿Qué te hace suponer que está en Escocia?

—No lo supongo, lo sé. Me escribió una carta. La recibí hace unas tres semanas. Está trabajando en el hotel Strathcorrie Arms, de Strathcorrie, condado de Perth.

—¿Te escribió una carta? ¿Y no me lo dijiste?

El rostro de Jody se ensombreció.

—Pensé que era mejor no hacerlo.

—¿Y dónde está la carta ahora?

—En mi habitación -contestó el niño, dando otro tremendo mordisco al trozo de tarta.

—¿Me la enseñarás?

—Pues claro.

Jody bajó de la cama y desapareció, regresó poco después con la carta.

—Aquí tienes -dijo, entregándosela a su hermana. Se volvió a sentar en la cama y alargó la mano hacia el vaso de leche.

Era un barato sobre de color amarillo claro con la dirección escrita a máquina.

—Muy anónimo -dijo Caroline.

—Lo sé. Lo encontré un día al volver de la escuela y pensé que sería de propaganda. Lo parece, ¿verdad? Ya sabes, como esas cartas que uno escribe solicitando algo...

Caroline sacó la carta del sobre. Estaba escrita en papel de avión y su arrugado aspecto denotaba que había sido leída y manoseada muchas veces.

Hotel Strathcorrie Arms,

Strathcorrie,

condado de Perth.

Mi querido Jody:

Éste es uno de esos mensajes tan secretos que casi hay que quemar antes de leer. Por consiguiente, no dejes que Diana lo vea, de lo contrario, mi vida no merecerá la pena ser vivida.

Regresé de la India hace unos dos meses, y acabé aquí con un tipo al que conocí en Persia. Ahora él se ha ido y yo he conseguido encontrar trabajo en un hotel como limpiabotas y encargado de llenar los cubos de carbón y los cestos de leña. El lugar está lleno de viejos que vienen a pescar. Cuando no pescan se sientan en los sillones y ponen cara de llevar seis meses muertos.

Me quedé dos días en Londres después de la llegada del barco. Hubiera querido ir a veros a ti y a Caroline, pero temí que Diana me encerrara en una jaula, me vistiera con cuellos almidonados, me calzara con zapatos de cuero negro y me cortara el cabello. Después, en cuestión de muy poco tiempo, me hubiera obligado a casarme con una señorita de su agrado.

Dale cariños de mi parte a C. Dile que estoy bien y soy feliz. Te tendré informado de mis andanzas.

Os echo mucho de menos a los dos.

Angus.

—Jody, ¿por qué no me enseñaste la carta antes?

–Tuve miedo de que te sintieras obligada a enseñársela a Hugh y que entonces él se lo dijera a Diana.

–Caroline releyó la carta.

–No sabe que me voy a casar.

–No, no creo.

–Podríamos llamarlo.

Pero Jody no era partidario de hacerlo.

–No pone el número de teléfono. Y alguien nos podría oír. Y además, hablar por teléfono no sirve, no ves la cara que pone la otra persona, y siempre se corta.

Caroline sabía que su hermano odiaba el teléfono e incluso le tenía miedo.

–Bueno pues, le podríamos escribir una carta.

–Él nunca contesta las cartas.

Era verdad. Pero Caroline estaba preocupada porque Jody se proponía algo y ella no sabía qué era.

–Entonces, ¿qué?

Jody respiró hondo.

–Tú y yo tendríamos que ir a Escocia a buscarlo y explicarle. Decirle lo que ocurre. – Levantando la voz como si ella estuviera ligeramente sorda, añadió: Decirle que yo no quiero ir a Canadá con Diana y Shaun.

–Tú sabes muy bien su respuesta. Dirá que él nada tiene que ver con eso.

–No creo que lo diga...

Caroline se avergonzó de sus palabras.

–De acuerdo. De manera que vamos a Escocia y encontramos a Angus. ¿Y qué le decimos?

–Que tiene que volver a Londres para cuidar de mí. No puede pasarse la vida huyendo de sus responsabilidades... eso es lo que dice siempre Diana. Y yo soy una responsabilidad. Eso es lo que soy, una responsabilidad.

–¿Y cómo va a cuidar de ti?

–Podríamos alquilar un pequeño apartamento y él podría conseguir un trabajo.

–¿Angus?

–¿Por qué no? Otras personas lo hacen. La única razón de que no lo haya hecho es que no desea hacer nada de lo que Diana quiera.

Caroline sonrió muy a pesar suyo.

–No tengo más remedio que reconocer que es verdad.

–Pero, por nosotros, vendría. Dice que nos echa de menos. Le gustaría estar con nosotros.

–¿Y cómo iríamos a Escocia? ¿Cómo podríamos marcharnos de casa sin que Diana nos echara en falta? Sabes muy bien que llamaría inmediatamente a todos los aeropuertos y estaciones de ferrocarril. Y no podemos llevarnos su coche, porque nos detendría el primer policía que se tropezara con nosotros.

–Ya lo sé -dijo Jody-. Pero lo tengo todo pensado. – Se terminó la leche y se

acercó un poco más a su hermana-. Tengo un plan.

Aunque sólo faltaban un par de días para la llegada del mes de abril, la encapotada tarde ya se estaba hundiendo en la oscuridad. En realidad, apenas había lucido el sol en todo el día. Desde primeras horas de la mañana, el cielo había estado cubierto por unas plomizas nubes que, de vez en cuando, habían dejado caer unos gélidos aguaceros. La campiña mostraba un aspecto tan desolado como el cielo. Lo poco que se veía de las colinas aparecía cubierto de parduscas hierbas invernales. La nieve que todavía quedaba del pasado otoño se extendía sobre buena parte de las altas cumbres y había quedado presa en las circulares hondonadas y las profundas hendiduras de la ladera cual si fuera azúcar glas espolvoreado sin mucha destreza.

Entre las colinas, el valle seguía el tortuoso curso del río y un viento, directamente del norte, soplaba en inclementes y frías ráfagas, azotando las desnudas ramas de los árboles, levantando las hojas muertas que se habían acumulado en las zanjas y haciéndolas volar por el aire mientras entre los altos pinos se escuchaba un sonido semejante al lejano fragor de un mar embravecido.

En el cementerio, donde no había la menor protección, los grupos de personas vestidas de negro permanecían de pie, soportando el vendaval con las espaldas encorvadas. La almidonada sobrepelliz del párroco se agitaba y se hinchaba cual una vela mal izada mientras Oliver Cairney, con la cabeza descubierta, tenía la sensación de que las mejillas y las orejas ya no le pertenecían y pensaba que ojalá se hubiera puesto un abrigo más grueso.

Su mente se encontraba en un curioso estado, parcialmente confuso y parcialmente claro como el cristal. Apenas escuchaba las palabras del oficio, a pesar del significado que éstas hubieran tenido que revestir para él en aquellos momentos y, sin embargo, sus ojos no podían apartarse de los pétalos intensamente amarillos de un gran ramo de narcisos que brillaban en la lóbreguez de aquel día como la llama de una vela en una habitación a oscuras. Aunque casi todas las personas que lo rodeaban justo más allá del

perímetro de su campo visual eran tan anónimas como sombras, una o dos de ellas habían suscitado su interés, como las figuras en primer plano de un cuadro. Por una parte, Cooper, el anciano servidor, con su mejor traje de tweed y una corbata negra de punto. Y la consoladora mole de Duncan Fraser, su vecino. Y la extraña chica incongruente en aquella reunión familiar. Una chica muy delgada y morena, con un sombrero de piel negro encasquetado hasta las orejas y unas enormes gafas de sol que casi le ocultaban todo el rostro. Bella y turbadora. ¿Quién era? ¿Una amiga de Charles? No parecía probable...

Se perdió en indignas conjeturas, las apartó de su mente y trató de concentrarse una vez más en lo que estaba ocurriendo. Pero el perverso viento, aliándose con el demonio personal de Oliver, empezó a aullar, y con una súbita ráfaga levantó unas hojas que se amontonaban a sus pies y las hizo volar por el aire. Molesto, Oliver volvió la cabeza y su mirada se posó directamente en la desconocida muchacha. Esta se había quitado las gafas y Oliver vio con asombro que era Liz Fraser. Liz, increíblemente elegante, de pie junto a su padre. Por un momento, sus ojos se cruzaron con los de ella, aunque enseguida los apartó, absolutamente turbado. Liz, a la cual no había visto durante dos años o más. Liz, que había crecido y que en ese momento, por alguna razón, estaba en Rossie Hill. Liz, a la que tanto había adorado su hermano. Encontró tiempo para sentirse agradecido de que ella estuviera allí aquel día. Eso hubiera significado todo para Charles.

Y luego, por fin, terminó el oficio. La gente empezó a retirarse, alejándose agradecida del frío, dando la espalda a la nueva sepultura y a los numerosos ramos de trémulas flores primaverales. En grupos de dos y de tres salieron del cementerio, azotado por el viento, y cruzaron la entrada como si fueran polvo barrido por una escoba.

Una vez en la acera, Oliver empezó a estrechar manos y a pronunciar las frases de rigor.

—Gracias por haber venido. Sí... una tragedia...

Viejos amigos, gente del pueblo, campesinos del otro lado de Relkirk, a muchos de los cuales Oliver jamás había visto. Amigos de Charles. Todos se presentaron.

—Le agradezco que haya venido de tan lejos. Si tiene tiempo antes de regresar a casa, párese en Cairney. Mrs. Cooper tiene preparado el té...

Entonces sólo quedaba Duncan Fraser, alto y corpulento, con su negro abrigo abrochado, el cuello protegido por una bufanda de lana de cachemira y el cabello canoso convertido en una cresta de gallo por el viento. Oliver miró en busca de Liz.

—Se ha ido -dijo Duncan-. Ha regresado a casa por su cuenta. Estas cosas la afectan mucho.

—Lo siento. Pero tú vendrás a Cairney a tomar algo para entrar en calor, Duncan.

—Claro que iré.

El párroco se acercó a él.

—No iré a Cairney, Oliver, pero gracias de todos modos. Mi mujer está en cama. Será la gripe, supongo. — Ambos se estrecharon la mano, en silenciosa gratitud por una parte y en manifestación de condolencia por la otra-. Ya me dirás cuáles son tus planes.

—Se los podría decir ahora, pero me llevaría demasiado rato.

—Más tarde pues. Hay tiempo de sobra.

El viento hinchó la sotana del párroco. Las manos, que sostenían el libro de oraciones, estaban hinchadas y enrojecidas a causa del frío. «Sus dedos parecen salchichas», pensó Oliver. El párroco dio media vuelta y se marchó hacia la iglesia por el sendero que discurría entre las inclinadas lápidas mientras el viento agitaba a su alrededor la blanca sobrepelliz. Oliver lo

observó hasta que entró en la iglesia y cerró la puerta. Después bajó por la acera hasta el lugar donde había dejado aparcado el coche. Subió, se sentó y cerró la puerta, alegrándose de encontrarse finalmente solo. Entonces que había terminado la dura prueba del entierro, le sería posible aceptar la idea de que Charles estaba muerto. Y, tras haberla aceptado, confiaba en que las cosas le fueran más fáciles. No era feliz, pero se sentía un poco más tranquilo y satisfecho de que hubieran asistido tantas personas al entierro y, sobre todo, de que Liz hubiera estado allí.

Al cabo de un rato, introdujo la mano en el bolsillo del abrigo, encontró un paquete de cigarrillos, sacó uno y lo encendió. Contempló la desierta calle y pensó que ya era hora de regresar a casa, donde tendría que cumplir las últimas obligaciones sociales. Giró la llave de encendido, puso la primera y salió a la calzada, cuyas heladas cunetas crujieron bajo el peso de los neumáticos para nieve.

A las cinco de la tarde ya se había ido el último visitante. O, mejor dicho, el penúltimo. El viejo Bentley de Duncan Fraser aún estaba aparcado delante de la puerta, aunque a Duncan difícilmente se le podía considerar un visitante.

Tras haber presenciado la partida del último coche, Oliver regresó al interior de la casa, cerró la puerta de un golpe y regresó a la biblioteca y al calor de la chimenea encendida. Entonces *Lisa*, la vieja perra labrador, se levantó y cruzó la estancia para acercarse a él. Al darse cuenta de que no era la persona que ella esperaba, regresó muy despacio a la alfombra de la chimenea y se tendió de nuevo en ella. Era -había sido- la perra de Charles y su aire perdido y abandonado era en cierto modo lo más doloroso de todo.

Vio que Duncan había acercado un sillón al fuego y se había puesto cómodo. Tenía el rostro enrojecido, tal vez por el calor de las llamas, aunque más probablemente por la calefacción central de los dos whiskies dobles que ya se había bebido.

La estancia, siempre desordenada, conservaba los restos del exquisito té

preparado por Mrs. Cooper. Las migas de la tarta de frutas se hallaban diseminadas sobre el blanco mantel de damasco que cubría la mesa que había sido colocada al fondo de la sala. Las tazas vacías se alternaban con los vasos que habían contenido algo un poco más fuerte que el té.

Al entrar Oliver, Duncan levantó la vista, esbozó una sonrisa, estiró las piernas y dijo con una voz que aún conservaba un marcado acento de su Glasgow natal:

—Me tengo que ir. — Pero no hizo el menor ademán de levantarse.

Oliver, deteniéndose junto a la mesa para cortar un trozo de tarta, le contestó:

—Quédate un ratito. — No soportaba la idea de la soledad-. Quiero que me hables de Liz. Tómate otra copa.

Duncan Fraser miró su vaso vacío como si estuviera sopesando el ofrecimiento.

—Bueno -dijo al fin, tal como Oliver esperaba y le alcanzó el vaso-... Pero muy poco. Tú no has bebido. Convendría que me acompañaras.

—Sí, lo haré. — Oliver se acercó con el vaso a la mesa, cogió un segundo vaso limpio, escanció whisky en ambos y añadió un poco de agua-. No la he reconocido, ¿sabes? No sabía quién era.

Regresó con los vasos junto a la chimenea.

—Sí, ha cambiado -dijo Duncan.

—¿Hace mucho que está contigo?

—Sólo un par de días. Estaba en el Caribe con una amiga, creo. Fui a recibirla a Prestwick. No tenía intención de ir, pero bueno... Pensé que sería mejor comunicarle yo mismo lo que le había ocurrido a Charles. — Duncan

esbozó una leve sonrisa-. Las mujeres son muy curiosas, Oliver. Es difícil saber lo que piensan. Se guardan las cosas y no quieren soltarlas.

–Pero hoy ha venido al entierro.

–Ah, sí, desde luego, pero es la primera vez que Liz se enfrenta con el hecho de que la muerte es algo que les ocurre a las personas y no a unos simples nombres de los periódicos y de la columna necrológica. Los amigos mueren. Y también los amantes. Puede que mañana o pasado te venga a ver... aunque no te lo aseguro...

–Fue la única chica que le interesó a Charles. Tú lo sabes, ¿verdad?

–Sí, lo sabía. Ya de pequeña...

–Charles estaba esperando a que creciera.

Duncan no contestó. Oliver sacó un cigarrillo, lo encendió y se sentó en el borde del sillón que había al otro lado de la chimenea. Duncan le miró.

–¿Y qué vas a hacer ahora? Con Cairney, quiero decir.

–Venderla -contestó Oliver.

–¿Así, sin más?

–Así, sin más. No tengo alternativa.

–Es una pena que te desprendas de un lugar como éste.

–Sí, pero es que yo no vivo aquí. Mi trabajo y mis raíces están en Londres. Y yo nunca he tenido madera de terrateniente escocés. Ese era el trabajo de Charles.

–¿Cairney nada significa para ti?

—Por supuesto que sí. Es la casa donde me crié.

—Tú siempre has sido muy frío. ¿Qué haces en Londres? Yo no podría resistirlo.

—A mí me encanta.

—¿Ganas dinero?

—El suficiente para tener un piso aceptable y un coche.

Duncan entornó los ojos.

—¿Y tu vida amorosa?

Si otra persona le hubiera hecho semejante pregunta, Oliver le habría tirado algo a la cabeza por entrometida. Pero aquello era distinto. «Eres un astuto cotilla», pensó Oliver, y le dijo:

—Satisfactoria.

—Te imagino saliendo por ahí con montones de mujeres maravillosas...

—A juzgar por tu tono de voz, no sé si me lo reprochas o simplemente me tienes envidia... -Jamás comprendí cómo era posible que Charles tuviera un hermano menor como tú -dijo Duncan-. ¿Nunca has pensado en casarte?

—No me casaré hasta que sea demasiado viejo para poder hacer otra cosa.

Duncan soltó una carcajada.

—Me está bien empleado por meterme en lo que no me importa. Pero volvamos a Cairney. Si quieres venderla, ¿estarías dispuesto a vendérmela a mí?

—Preferiría vendértela a ti antes que a cualquier otra persona. Lo sabes.

—Añadiría la granja a la mía y compraría los páramos y el lago. Pero quedaría la casa. Quizá podrías venderla aparte. Después de todo, no es muy grande, no está lejos de la carretera y el jardín se puede cuidar con facilidad.

Resultaba reconfortante oír hablar a Duncan de aquella manera, traduciendo las decisiones emocionales al lenguaje práctico y reduciendo los problemas de Oliver a su justa dimensión. Pero así era Duncan Fraser. Así había conseguido amasar una fortuna a una edad relativamente temprana, y había logrado vender su negocio de Londres por una suma astronómica y hacer lo que siempre había deseado hacer, que era regresar a Escocia, comprar unas tierras y llevar la placentera existencia de un hacendado.

Sin embargo, la satisfacción de aquel deseo había tenido un aspecto un tanto irónico, pues Elaine, la mujer de Duncan, no tenía la menor intención de abandonar el sur donde había nacido y echar raíces en los indómitos parajes del condado de Perth, por lo que muy pronto se cansó del lento ritmo de la vida en Rossie Hill. Echaba de menos a sus amigos y el mal tiempo la deprimía. Decía que los inviernos eran muy largos, fríos y secos. Y los veranos muy breves, fríos y húmedos. De ahí que sus ocasionales visitas a Londres fueran cada vez más frecuentes y prolongadas, hasta que un día anunció que no quería volver y el matrimonio se rompió.

Si Duncan estaba angustiado, logró disimularlo muy bien. Se alegraba de tener a Liz sólo para él y, cuando ésta se iba a Londres a ver a su madre, le quedaban un sinnúmero de intereses con los que distraerse. Cuando llegó a Rossie Hill, los habitantes de la zona se mostraron escépticos respecto de sus aptitudes como agricultor, pero pronto les demostró que estaban en un error y en ese momento todos lo aceptaban y se había convertido en un socio más del club de Relkirk, y J. P. Oliver le tenía un gran aprecio.

—Tú lo planteas todo como una cosa muy fácil y razonable, no como la venta de la propia casa -dijo Oliver.

—Bueno, es que así son las cosas. — Duncan apuró el contenido del vaso de

un solo trago, lo dejó sobre la mesita que tenía al lado y se levantó bruscamente-. Piénsalo, de todos modos. ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

—Tengo un permiso de dos semanas.

—¿Te parece bien que nos reunamos el miércoles en Relkirk? Te invitaré a almorzar y charlaremos un rato con los abogados. ¿O crees que es demasiado pronto?

—En absoluto. Cuanto antes se resuelva todo, mejor.

—Muy bien pues, me voy a casa.

Duncan se encaminó hacia la puerta y *Lisa* se levantó inmediatamente y los siguió, desde lejos, hasta el frío vestíbulo, arañando con las uñas el reluciente suelo de parqué.

Duncan la miró por encima del hombro.

—Qué pena me da un perro sin amo.

—Es lo más triste.

Lisa observó cómo Oliver ayudaba a Duncan a ponerse el abrigo y después los acompañó hasta el lugar donde estaba aparcado el viejo Bentley negro. La noche era si cabe, más fría que nunca, oscura y ventosa. La encharcada y helada calzada crujía bajo sus pies.

—Vamos a tener más nevadas -dijo Duncan.

—Eso parece.

—¿Algún mensaje para Liz?

—Dile que venga a verme.

–Se lo diré. Entonces, hasta el miércoles en el club. A las doce y media.

–Allí estaré. – Oliver cerró la puerta del coche-. Conduce con cuidado.

Cuando el coche se perdió de vista, Oliver volvió a entrar en la casa seguido de *Lisa*, cerró la puerta y permaneció inmóvil un instante, sintiendo el profundo vacío de la casa. Lo había notado varias veces desde que llegara de Londres dos días antes. Se preguntó si alguna vez lograría acostumbrarse.

El vestíbulo estaba muy frío y silencioso. *Lisa*, preocupada por la inmovilidad de Oliver, acercó el hocico a su mano y él se inclinó para acariciarle la cabeza, enrollando sus sedosas orejas alrededor de sus dedos. Una ráfaga de viento hinchó la cortina de terciopelo que cubría la puerta de entrada y la hizo revolotear, una falda de terciopelo arremolinada. Oliver se estremeció y regresó a la biblioteca, al pasar asomó la cabeza por la puerta de la cocina. Poco después apareció Mrs. Cooper con una bandeja y juntos recogieron las tazas y los platitos, amontonaron los vasos y recogieron la mesa. Mrs. Cooper dobló el almidonado mantel y Oliver la ayudó a empujar de nuevo la mesa hacia el centro de la estancia. Después la acompañó a la cocina, le sostuvo la puerta para que pasara con la cargada bandeja y la siguió, llevando la tetera vacía en una mano y la botella casi vacía de whisky en la otra.

Mrs. Cooper comenzó a lavar los platos.

–Está cansada -le dijo Oliver-. Déjelos.

–Oh, no, no los puedo dejar. Nunca en mi vida he dejado una sola taza sucia para el día siguiente.

–Pues entonces váyase a casa cuando termine.

–¿Y su cena?

–Estoy lleno de tarta de frutas. No me apetece cenar. – Mrs. Cooper permaneció de espaldas, como si le resultara imposible mostrar dolor. Adoraba a Charles-. La tarta era estupenda. Gracias -añadió Oliver.

Mrs. Cooper no se volvió. Entonces, cuando resultó evidente que no iba a hacerlo, Oliver salió de la cocina y regresó junto al fuego de la chimenea de la biblioteca, y la dejó sola.



OceanofPDF.com

Capítulo 3

Detrás de la casa de Diana Carpenter en Milton Gardens había un largo y estrecho jardín que daba a una callejuela adoquinada. Entre la callejuela y el jardín se levantaba un alto muro con una puerta y una construcción que antaño había sido un espacioso garaje de dos plazas. Al regresar a Londres desde Afros, Diana decidió convertir el garaje en un pequeño apartamento y alquilarlo. Se pasó más de un año ocupada con aquel proyecto y, tras haberlo amueblado y decorado, lo alquiló por una suma muy elevada a un diplomático estadounidense que tenía previsto permanecer dos años en Londres. Fue un inquilino ideal, pero cuando éste regresó a Washington y ella empezó a buscar a alguien que lo sustituyera, no tuvo tanta suerte.

De pronto, Caleb Ash surgió del pasado con su amiga Iris, dos guitarras y una gata siamesa.

—¿Y quién es Caleb Ash? —preguntó Shaun.

—Un amigo que tenía Gerald Cliburn en Afros. Una de esas personas que siempre están a punto de hacer algo, como escribir una novela o pintar un mural o montar un negocio o construir un hotel, pero nunca lo hacen. De todos modos, Caleb es el hombre más holgazán de este mundo.

—¿Y su mujer?

—Se llama Iris, pero no están casados.

—¿No les quieres alquilar el apartamento?

—No.

—¿Por qué?

–Porque creo que ejercerán una mala influencia en Jody.

–¿Crees que él se acordará de ellos?

–Pues claro. Se pasaban el día entrando y saliendo de nuestra casa.

–¿Y a ti no te gustaban?

–Yo no he dicho eso, Shaun. Es imposible no tenerle simpatía a Caleb Ash porque es una persona encantadora. Pero, no sé, tenerlos viviendo al fondo del jardín...

–¿Pueden pagar el alquiler?

–Él dice que sí.

–¿Convertirán el apartamento en una pocilga?

–De ninguna manera. Iris es muy hacendosa. Siempre anda encerando los suelos y preparando unos estofados exquisitos en grandes cazuelas de cobre.

–Se me hace la boca agua. Alquílales el apartamento. Son unos amigos de los viejos tiempos, no debes perder todos tus vínculos y no entiendo en qué puede perjudicar a Jody que él viva allí...

Y así, Caleb e Iris, con la gata, las guitarras y los cacharos de cocina, se instalaron en el apartamento, y Diana les cedió un trozo de terreno para que lo convirtieran en jardín. Caleb le colocó unas baldosas y plantó una camelia en una maceta para recrear un nostálgico ambiente mediterráneo.

Jody lo adoraba, pero Diana le advirtió desde un principio que no visitara a Caleb e Iris más que cuando éstos lo invitaran, pues de lo contrario, corría el riesgo de dar la lata. Por su parte, Katy se mostraba acérrimamente

contraria a Caleb, sobre todo tras haberse enterado por rumores de que Caleb e Iris no estaban casados y que probablemente nunca lo estarían.

—No irás otra vez al jardín a ver a este Mr. Ash, ¿verdad?

—Me ha pedido que fuera, Katy. La gata *Sukey* ha tenido gatitos.

—¿Más gatos siameses?

—Bueno, en realidad no lo son. Tuvo una aventura con el gato atigrado del número ocho de la callejuela, son una especie de mezcla. Caleb dice que siempre serán así.

Katy fingió estar ocupada con una tetera.

—Pues no sé.

—He pensado que nos podríamos quedar con uno.

—No me traigas uno de esos bichos que no paran de maullar. Además, Mrs. Carpenter no quiere animales en la casa. Ya lo sabes. No quiere animales y, como un gato es un animal, pues ya está.

A la mañana siguiente de la cena, Caroline y Jody Cliburn salieron por la puerta posterior de la casa y bajaron por el camino embaldosado hacia la casita del garaje. No trataron de ocultarse. Diana no estaba y Katy se encontraba en la cocina... que daba a la calle... preparando el almuerzo. Además, sabían que Caleb estaba en casa porque le habían telefoneado para preguntarle si podían ir a verlo y él les había dicho que los esperaba.

La mañana era fría, ventosa y despejada. El azul del cielo se reflejaba en los charcos que se habían formado en las mojadas baldosas y el sol brillaba con toda su fuerza. Había sido un invierno muy largo. Entonces empezaban a asomar los verdes brotes de los bulbos en los parterres, aunque todo lo demás ofrecía un color pardusco y estaba marchito y aparentemente muerto.

—El año pasado por estas fechas -dijo Caroline-, ya había azafranes por todas partes.

Sin embargo, el pedacito de jardín de Caleb estaba más resguardado y soleado y ya tenía algunos narcisos en las macetas pintadas de verde y numerosos amarilis se arracimaban alrededor de la base del oscuro tronco del almendro que crecía en el centro del patio.

El acceso al apartamento era una escalera exterior que subía hasta una amplia terraza cubierta, muy parecida a un balcón de un chalé suizo. Caleb había oído sus voces y, cuando empezaron a subir los peldaños, él ya estaba en la terraza para recibirlos, con las manos apoyadas en la barandilla de madera, como el patrón de un caique isleño dando la bienvenida a bordo a sus invitados.

En realidad, se había pasado tantos años viviendo en Afros que sus rasgos habían adquirido unas acusadas características griegas, de manera muy similar a como se transforma el rostro de las personas que han estado muchos años casadas. Sus ojos estaban tan profundamente hundidos que casi resultaba imposible distinguir su color, su rostro estaba muy moreno y arrugado, su nariz era tan prominente como una proa y su cabeza estaba cubierta por un tupido y ensortijado cabello entrecano. Su voz era profunda y sonora, a Caroline siempre le evocaba el vino tinto, el pan recién hecho y el olor del ajo en la ensalada.

—Jody. Caroline -les dijo, rodeando a cada uno con un brazo y besándolos con la típica naturalidad griega. Nadie besaba jamás a Jody, salvo, alguna que otra vez, Caroline. Diana, con su habitual perspicacia, había adivinado que le molestaba. Pero con Caleb era diferente, un respetuoso saludo de hombre a hombre-. ¡Qué agradable sorpresa! Pasad. Ya he puesto la cafetera al fuego.

En los tiempos del diplomático estadounidense, el pequeño apartamento tenía un pulcro, frío y ordenado aire muy típico de Nueva Inglaterra. En ese momento, bajo la inconfundible influencia de Iris, ofrecía un aspecto mucho

más alegre y desenfadado; las paredes estaban cubiertas de lienzos sin enmarcar, un móvil de cristal multicolor colgaba del techo y un chal griego se hallaba extendido sobre los calicós cuidadosamente elegidos por Diana. La estancia resultaba muy acogedora y olía a café.

—¿Dónde está Iris?

—Ha salido de compras. — Caleb acercó una silla-. Sentaos. Voy por el café.

Caroline se sentó. Jody siguió a Caleb y ambos regresaron de inmediato. Jody llevando una bandeja con tres tazas y un azucarero y Caleb con la cafetera. Lo colocaron todo encima de una mesita delante de la chimenea y se sentaron alrededor.

—No tendréis algún problema, ¿verdad? — preguntó cautelosamente Caleb, siempre temeroso de incurrir en el enojo de Diana.

—Oh, no -contestó Caroline automáticamente. Pero, tras pensarlo mejor, rectificó-: Bueno, más bien no.

—Cuéntame -dijo Caleb.

Y Caroline se lo contó. Le habló de la carta de Angus, le explicó que Jody no quería ir a Canadá y se había empeñado en buscar a su hermano.

—Por consiguiente, hemos decidido irnos a Escocia mañana martes.

—¿Se lo vais a decir a Diana? — preguntó Caleb.

—Intentaría convencernos de que no lo hiciéramos. Tú ya la conoces. Pero le dejaremos una carta.

—¿Y Hugh?

—Hugh también intentaría hacerme cambiar de idea.

Caleb frunció el ceño.

–Caroline, tú tienes que casarte con este chico dentro de una semana.

–Y me casaré.

–Hummm -murmuró Caleb como si no le creyera. Después miró a Jody, sentado a su lado-. Y tú, ¿qué? ¿Qué pasará con la escuela?

–Las clases terminaron el viernes. Estoy de vacaciones.

–Hummm -repitió Caleb.

Caroline empezó a preocuparse.

–Caleb, ni se te ocurra decirme que no lo apruebas.

–Por supuesto que no lo apruebo. Es una idea descabellada. Si queréis hablar con Angus, ¿por qué no lo llamáis por teléfono?

–Jody no quiere. Es muy complicado explicar una cosa así por teléfono.

–Y además -terció Jody-, no se puede persuadir a una persona por teléfono.

Caleb esbozó una irónica sonrisa.

–¿Quieres decir que, a tu juicio, Angus no se dejará persuadir fácilmente? Estoy de acuerdo contigo. Le vais a pedir que venga a Londres, busque una casa y cambie por completo su estilo de vida.

–Por eso no podemos llamarlo por teléfono -dijo Jody tercamente, ignorando su comentario.

–¿Y escribirle una carta llevaría demasiado tiempo?

Jody asintió.

—¿Y un telegrama?

Jody negó con la cabeza.

—Bueno pues, parece que ya hemos agotado todas las alternativas. Lo que nos lleva a la cuestión siguiente. ¿Cómo vais a viajar a Escocia?

Caroline dijo en un tono que esperaba fuera convincente:

—Por eso queríamos hablar contigo, Caleb. Necesitamos un coche y no podemos coger el de Diana. Pero, si nos dejaras tu cochecito, si pudierais prescindir provisionalmente de vuestro Mini... Iris y tú. No lo usáis demasiado y nosotros lo cuidaríamos muy bien.

—¿Mi coche? ¿Y qué se supone que voy a decir cuando Diana cruce hecha una furia el jardín y me haga una larga serie de preguntas embarazosas?

—Podrías decir que lo has llevado al taller. Sería una mentirilla piadosa.

—Eso sería algo más que una mentirilla piadosa, sería tentar a la Providencia. Este coche no ha pisado un taller desde que lo compré hace siete años. ¿Y si sufre una avería?

—Nos arriesgaremos.

—¿Y el dinero?

—Tengo suficiente.

—¿Y cuándo pensáis regresar?

—El jueves o el viernes. Con Angus.

—Eres optimista. ¿Y si no quiere venir?

–Resolveremos el problema cuando se presente.

Caleb se levantó, nervioso y sin saber qué hacer. Después se acercó a la ventana para ver si aparecía Iris y lo ayudaba a resolver aquel angustioso dilema. Pero no vio ni rastro de ella. Pensó que aquéllos eran los hijos de su mejor amigo y lanzó un suspiro.

–Si accedo a ayudaros y os dejo mi coche, es sólo porque creo que ya es hora de que Angus asuma unas cuantas responsabilidades. Creo que debería regresar. – Se volvió y los miró de frente-. Pero tengo que saber adónde vais. La dirección. Cuántos días...

–El hotel Strathcorrie Arms, de Strathcorrie. Y, si no hemos regresado el viernes, podrás decirle a Diana adonde hemos ido. Pero no antes.

–De acuerdo -dijo Caleb, asintiendo con su poderosa cabeza, y parecía como si estuviera a punto de pasarla por un dogal-. Trato hecho.

Escribieron el texto del telegrama que le iban a enviar a Angus.

Estaremos en strathcorrie martes noche para discutir contigo importante plan. Cariños. Jody y Caroline.

Una vez hecho esto, Jody escribió la nota que le iban a dejar a Diana.

Querida Diana:

Recibí una carta de Angus desde Escocia, y Caroline y yo hemos decidido ir a buscarlo. Intentaremos regresar a casa el viernes. Por favor, no te preocupes.

Pero la carta a Hugh no fue tan fácil, por lo que Caroline se pasó más de

una hora bregando con ella.

Queridísimo Hugh:

Tal como Diana ya te habrá dicho, Jody recibió una carta de Angus. Regresó de la India en barco y ahora está trabajando en Escocia. Ambos consideramos importante hablar con él antes de que Jody se vaya a Canadá y, por consiguiente, cuando recibas esta carta, ya estaremos camino de Escocia. Esperamos estar de vuelta en Londres el viernes.

Lo hubiera querido discutir contigo, pero tú te habrías sentido obligado a decírselo a Diana y entonces nos habrían convencido de que no fuéramos y jamás habríamos visto a Angus. Para nosotros es importante que sepa lo que va a ocurrir.

Sé que no está bien que me marche la semana de nuestra boda sin decírtelo. Pero, si todo va bien, el viernes estaremos en casa.

Con todo mi cariño,

Caroline.

El martes por la mañana cayó una ligerísima nevada, pero más tarde dejó de nevar y quedaron en el suelo unos copos dispersos semejantes a unas plumas de gallina. El viento, en cambio, no había cesado, el frío todavía era intenso, y por el aspecto del encapotado cielo color caqui, el tiempo aún sería peor.

Oliver Cairney echó un vistazo y llegó a la conclusión de que era un buen día para quedarse en casa e intentar resolver algunos de los asuntos de Charles. La tarea le resultaba muy dolorosa. Su hermano había archivado minuciosamente todas las cartas y todos los documentos relacionados con el funcionamiento de la finca, gracias a lo cual todo iba a ser mucho más sencillo de lo que él había temido.

Pero es que además había otras cosas. Cosas de tipo personal. Cartas e invitaciones, un pasaporte caducado, cuentas de hoteles y fotografías, la agenda de Charles, su diario, la estilográfica de plata que le habían regalado al cumplir los veintiún años, una factura del sastre.

Oliver recordó la voz de su madre, leyéndoles un poema; Alice Duer Miller.

¿Qué se hace con los zapatos de una mujer cuando la mujer se muere?

Haciendo acopio de valor, rompió las cartas, clasificó las fotografías, desechó restos de lacre, cordeles, una cerradura rota sin llave y un frasco de tinta china seca. A las once de la mañana, la papelera ya estaba llena a rebosar y él se acababa de levantar para recoger los desperdicios y llevarlos a la cocina cuando, de pronto, oyó cerrarse de golpe la puerta principal, cuya mitad acristalada produjo un cavernoso ruido que se propagó por todo el vestíbulo. Con la papelera en la mano, salió a ver quién era y se topó de cara con Liz Fraser.

—Liz.

La muchacha vestía pantalones, una chaqueta corta de piel y el mismo sombrero negro del día anterior, encasquetado hasta las orejas. Mientras él miraba, se lo quitó y, con la otra mano, se ahuecó el corto cabello oscuro. El gesto extrañamente nervioso e inseguro contrastaba con su aspecto impecable y resuelto. Tenía el rostro arrebolado a causa del frío y esbozaba una cautivadora sonrisa. Estaba preciosa.

—Hola, Oliver. — Se acercó a él y se inclinó por encima del montículo de arrugados papeles para darle un beso en la mejilla—. Si no quieres verme, me lo dices y me voy.

—¿Quién ha dicho que no quiero verte?

–Pensé que, a lo mejor...

–Bueno pues, no pienses. Ven, te voy a preparar una taza de café. Yo también necesito una, y estoy cansado de estar solo.

Oliver encabezó la marcha hacia la cocina, empujó la puerta de vaivén con el trasero, dejándola pasar delante de él, con sus largas piernas, y su fresco aroma de campo mezclado con Chanel n° 5.

–Pon la tetera a calentar -le dijo-. Yo voy a tirar todo esto.

Cruzó la cocina, salió por la puerta de atrás y consiguió echar el contenido de la papelera en el cubo de la basura sin que el viento se llevara demasiadas cosas, volvió a tapar el cubo y regresó al reconfortante calor de la cocina. Liz, que con su elegante atuendo resultaba incongruente, estaba junto al fregadero, llenando la tetera con agua del grifo.

–¡Dios mío, qué frío hace! – dijo Oliver.

–Desde luego, y eso que estamos en primavera. He venido a pie desde Rossie Hill y creí que me moría.

La joven se acercó a la vieja cocina, levantó la pesada tapa y colocó la tetera sobre uno de los quemadores. Después, permaneció de pie, disfrutando del calor. Ambos se miraron desde extremos opuestos de la estancia. Luego, los dos hablaron al mismo tiempo.

–Te has cortado el cabello -dijo Oliver.

–Siento mucho lo de Charles -dijo Liz.

Ambos se detuvieron, esperando que el otro añadiera algo más.

Después Liz explicó, confusa:

–Me lo corté para que no me molestara al nadar. He estado en casa de una

amiga en Antigua.

—Quería darte las gracias por venir ayer...

—Yo... nunca había asistido a un entierro.

Sus ojos, realzados con rímel y lápiz de ojos, se llenaron pronto de lágrimas. El elegante corte de cabello dejaba al descubierto la esbelta línea de su cuello y el neto perfil de la barbilla heredada de su padre. Mientras él la miraba, la joven empezó a desabrocharse los botones de la chaqueta de piel. Sus manos también estaban morenas, tenía las uñas pintadas de un rosa muy pálido y llevaba una sortija de sello y varias pulseras de oro alrededor de su fina muñeca.

—Has crecido, Liz -dijo Oliver.

—Pues claro. Tengo veintiún años. ¿Acaso lo habías olvidado?

—¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos?

—¿Cinco años? Hace cinco años, por lo menos.

—¡Cómo pasa el tiempo!

—Tú estabas en Londres. Yo me fui a París y, cada vez que regresaba a Rossie Hill, tú nunca estabas.

—Pero Charles, sí.

—Sí, Charles sí. — Liz jugueteó con la tapa de la tetera-. Pero, si alguna vez se fijó en mí, jamás hizo el menor comentario.

—Vaya si se fijó. Lo que ocurre es que él nunca supo expresar sus sentimientos. Para él, tú siempre fuiste perfecta. Incluso cuando tenías quince años y llevabas trenzas y unos téjanos muy holgados. Estaba esperando a que crecieras.

—No puedo creer que esté muerto -dijo Liz.

—Yo tampoco podía, hasta ayer. Pero ahora creo que lo he aceptado.

La tetera empezó a silbar. Oliver se apartó de la cocina y fue a buscar las tazas, un bote de café instantáneo y sacó una botella de leche del frigorífico.

—Mi padre me ha hablado de lo de Cairney -dijo Liz.

—¿Te refieres a la venta?

—¿Cómo puedes hacer eso, Oliver?

—No tengo más remedio.

—¿Incluso la casa? ¿Tienes que vender la casa?

—¿Y qué haría yo con la casa?

—Podrías conservarla. Usarla los fines de semana y durante las vacaciones y para conservar tus raíces en Cairney.

—Me parece una extravagancia.

—Pues no lo es. — Liz vaciló un instante y después añadió de carrerilla:- Cuando te cases y tengas hijos, los podrás traer aquí para que disfruten tal como tú hacías cuando eras pequeño. Correr por los campos, construir casas en los árboles y tener caballitos...

—¿Y quién te ha dicho que pienso casarme?

—Mi padre me ha comentado que no quieres casarte hasta que seas demasiado viejo para hacer otra cosa.

—Tu padre te cuenta demasiadas cosas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Siempre ha hecho lo mismo. Te ha mimado en exceso y te ha contado todos sus secretos. Eras una chiquilla consentida, ¿o es que no lo sabes?

Liz estaba divertida.

—Estás muy agresivo, Oliver.

—No sé cómo has podido sobrevivir. Una hija única con unos padres a los que se les caía la baba por ella y que ni siquiera vivían juntos. Y, por si eso no fuera suficiente, tenías a Charles que te mimaba de mala manera.

La tetera empezó a hervir y Oliver se acercó a la cocina para sacarla del fuego.

—Pero tú nunca me has mimado, Oliver -dijo Liz, bajando de nuevo la pesada tapa de la cocina.

—Me guardé mucho de hacerlo -contestó Oliver, echando agua en las tazas.

—Jamás me hiciste el menor caso. Siempre me estabas diciendo que me quitara de en medio.

—Ah, pero eso te lo decía cuando eras pequeña, antes de que te pusieras tan guapa. Por cierto ¿sabes que ayer no te reconocí? Sólo me di cuenta de quién eras cuando te quitaste las gafas de sol. Me llevé una sorpresa enorme.

—¿Eso es café instantáneo?

—Sí. Ven y bébetelo antes de que se enfríe.

Se sentaron a la mesa de la cocina, el uno frente al otro. Liz sostuvo la taza con ambas manos como si todavía tuviera los dedos fríos y miró a Oliver

con expresión provocativa.

—Me estabas hablando de tu posible casamiento.

—No es verdad.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Cairney?

—Hasta que todo esté arreglado. ¿Y tú?

Liz se encogió de hombros.

—Ahora mismo tendría que estar en el sur. Mi madre y Parker se quedarán unos días en Londres por asuntos de trabajo. La llamé cuando llegué de Prestwick... para comunicarle lo de Charles. Quiso convencerme de que me reuniera con ellos, pero le expliqué que quería asistir al entierro.

—Todavía no me has dicho cuánto tiempo te vas a quedar en Rossie Hill.

—No tengo planes, Oliver.

—Pues entonces, quédate un tiempo.

—¿Tú quieres que me quede?

—Sí.

Aquella aclaración eliminó los restos de tensión que se interponían entre ellos, por lo que ambos siguieron conversando animadamente sin percatarse del paso del tiempo. Cuando el reloj de pared del vestíbulo dio las doce, Liz miró su reloj de pulsera.

—Dios mío, ¿tan tarde es ya? Tengo que irme.

—¿Por qué?

–Es la hora del almuerzo. ¿Recuerdas esta curiosa y anticuada comida del mediodía o es que ya no tienes costumbre de almorzar?

–Claro que la tengo.

–Pues entonces, acompáñame y almorzarás con mi padre y conmigo.

–Te llevaré a tu casa en mi coche, pero no me quedaré a almorzar.

–¿Por qué no?

–Ya he perdido media mañana chismorreando contigo y tengo un montón de cosas que hacer.

–Pues entonces a cenar. ¿Esta noche?

Oliver estudió la proposición y, por varias razones, la rechazó.

–¿Te parecería bien mañana? – preguntó.

Liz se encogió de hombros, dando muestras de femenina ductilidad.

–Cuando tú quieras.

–Mañana sería estupendo. ¿Sobre las ocho?

–Un poco antes si te apetece tomar una copa.

–De acuerdo. Un poco antes. Ahora ponte el sombrero y la chaqueta y te llevo a tu casa.

Su coche era verde oscuro, pequeño, bajo y muy rápido. Liz se sentó a su lado con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y contempló la desolada campiña escocesa, profundamente consciente de la presencia del hombre que tenía al lado.

Oliver había cambiado y, sin embargo, seguía siendo el mismo. En su rostro se observaban unas finas arrugas antaño inexistentes y sus ojos miraban con una extraña expresión que la inducía a pensar que se estaba lanzando a una aventura con un perfecto desconocido. Pero seguía siendo Oliver; poco ceremonioso, enemigo de los compromisos e invulnerable.

Para Liz, siempre había sido Oliver. Charles no había sido más que la excusa para visitar Cairney, y Liz lo había utilizado descaradamente, porque él alentaba sus constantes visitas y siempre se alegraba de verla. Pero la causa de las visitas había sido Oliver.

Charles era el feo, con su rubio y lacio cabello y con su cara llena de pecas. Pero Oliver era la seducción personificada. Charles tenía tiempo y paciencia para una desgarrada adolescente; tiempo para enseñarle a lanzar un sedal o sacar en el tenis; tiempo para estar a su lado en su primer baile y para enseñarle a bailar las danzas populares escocesas. Pero, durante todo aquel tiempo, ella no había tenido ojos más que para Oliver, y siempre rezaba para que éste la sacara a bailar.

Pero, por supuesto, Oliver no lo hacía. Siempre había alguien, alguna chica desconocida u otra invitada del sur. «La conocí en la universidad, en una fiesta, en casa de unos amigos, etc.» A lo largo de los años, había habido muchas. Las chicas de Oliver eran motivo de broma en toda la comarca, pero a Liz no le parecía gracioso. Lo observaba todo entre bastidores y las odiaba a todas, creando mentalmente imágenes suyas de cera y clavándoles alfileres, atormentada como estaba por las angustias de sus celos de adolescente.

Tras la separación de sus padres, fue Charles quien le escribió, manteniéndola al tanto de todo lo que ocurría en Cairney. Sin embargo, lo que ella se llevó fue una fotografía de Oliver, una instantánea que ella misma le había tomado y que siempre llevaba en un compartimiento secreto de su billetero dondequiera que fuera.

En ese momento, sentada a su lado, lo miró de soslayo. Las manos de Oliver, cogidas al volante revestido de cuero, tenían los dedos muy largos y

las uñas cuadradas. Tenía una cicatriz cerca del pulgar, ella recordó cómo se había lastimado la mano con un cercado de alambre de espino. Sus ojos recorrieron el brazo de Oliver y llegaron hasta el cuello de piel de carnero levantado, en contacto con su espeso cabello negro. Al sentir su mirada, Oliver volvió la cabeza sonriendo y la miró con unos ojos tan azules como las verónicas.

—Ya me irás conociendo -le dijo.

Pero Liz no contestó. Recordó su llegada a Prestwick y el encuentro con su padre. «Charles se ha matado en un accidente.» Había habido un terrible momento de incredulidad, como si la tierra hubiera desaparecido bajo sus pies y ella estuviera suspendida sobre un enorme agujero.

—¿Y Oliver? — había preguntado con un hilillo de voz.

—Oliver está en Cairney. O tendría que estar. Hoy mismo ha salido de Londres en coche. El entierro es el lunes...

Oliver estaba en Cairney. Y Charles, el querido, amable y paciente Charles estaba muerto, pero Oliver vivía y estaba en Cairney. Después de tantos años, volvería a verlo. Durante el trayecto hasta Rossie Hill, no pudo quitarse aquel pensamiento de la cabeza. «Lo veré. Mañana y al día siguiente y al siguiente lo veré.» Y había llamado a su madre a Londres y le había comunicado la muerte de Charles, pero, cuando Elaine había tratado de convencerla de que olvidara el dolor y se fuera al sur para estar con ella, Liz se había negado. La excusa le vino como anillo al dedo.

—Tengo que quedarme. Papá... y el entierro...

Sin embargo, sabía y se complacía en recordar, que sólo se quedaba por Oliver.

Milagrosamente, había dado resultado. Lo había sabido en cuanto Oliver, sin motivo aparente, se había vuelto súbitamente hacia ella en el cementerio

y la había mirado directamente a los ojos. Lo había comprendido primero con asombro y después con admiración. Oliver ya no ocupaba una posición de superioridad. En ese momento ambos eran iguales. Y Charles ya no estaba, lo cual era una lástima, pero simplificaba mucho las cosas. El bueno de Charles, el pelmazo de Charles, siempre a su lado como un perro a la espera de que ella lo sacara a dar un paseo.

Su mente práctica dejó volar la imaginación y se permitió el lujo de detenerse en una o dos bonitas escenas futuras. Todo estaba saliendo tan bien que cualquiera hubiera dicho que alguien lo había preparado de antemano. Una boda en Cairney tal vez, una pequeña boda campestre en la iglesia de la localidad con unos pocos invitados. Y después la luna de miel en... Antigua sería perfecta. A continuación, el regreso a Londres donde él ya tenía un apartamento que podrían utilizar como base para la búsqueda de una nueva casa. Y, su idea brillante, conseguiría que su padre le cediera la casa de Cairney como regalo de boda. Cabía la posibilidad de que las sabias insinuaciones que le había hecho a Oliver aquella mañana acabaran por hacerse realidad. Se imaginaba pasando con Oliver los largos fines de semana y las vacaciones de verano en Cairney junto con sus hijos, celebrando fiestas...

—De pronto te has quedado muy callada -le dijo Oliver.

Liz volvió a la realidad y se dio cuenta de que ya estaban llegando a su casa. El coche enfiló por el camino de entrada bajo las hayas, cuyas ramas crujían cruelmente azotadas por el viento. Doblaron la curva y se detuvieron delante de la gran puerta.

—Estaba pensando -dijo Liz-. Simplemente pensando. Gracias por traerme a casa.

—Gracias a ti por haber ido a Cairney a animarme.

—Vienes a cenar mañana miércoles, ¿verdad?

—Con mucho gusto.

—¿A las ocho menos cuarto?

—A las ocho menos cuarto.

Ambos sonrieron para transmitirse el placer que aquella perspectiva les deparaba. Después, Oliver se inclinó para abrir la puerta, y Liz bajó del coche y subió los helados peldaños hasta llegar al porche. Allí se volvió para saludar a Oliver con la mano, pero éste ya se había marchado y ella sólo pudo ver la parte posterior de su coche desapareciendo por el camino de entrada, de regreso a Cairney.

Aquella noche, mientras tomaba un baño, Liz fue interrumpida por una llamada telefónica desde Londres. Envuelta en una toalla, fue hasta el teléfono, levantó el auricular y oyó la voz de su madre al otro lado de la línea.

—¿Elizabeth?

—Hola, mamá.

—¿Cómo estás, cariño? ¿Cómo está todo?

—Bien. Perfecto. Maravilloso.

Aquella entusiasta respuesta no era la que Elaine esperaba.

—Pero, ¿fuiste al entierro? —preguntó ésta, perpleja.

—Sí, fue horrible, lo pasé muy mal.

—Pues entonces, ¿por qué no vienes al sur...? Nos vamos a quedar aquí unos días...

—Todavía no puedo... -contestó Liz en tono vacilante.

Por lo general, la joven se cerraba como una almeja y jamás hablaba de sus asuntos. Elaine se quejaba constantemente de que nunca sabía lo que ocurría en la vida de su única hija. Pero, de pronto, Liz se mostraba comunicativa. La emoción de lo que había ocurrido aquel día y de lo que tal vez ocurriera al siguiente la dominaba hasta tal punto que, si no hablaba de Oliver con alguien, iba a estallar.

Concluyó la frase en un arrebato de confianza.

—... lo que ocurre es que Oliver se va a quedar aquí algún tiempo. Y mañana viene a cenar a casa.

—¿Oliver? ¿Oliver Cairney?

—Sí, claro, Oliver Cairney. ¿A qué otro Oliver conocemos?

—¿Quieres decir... que, debido a Oliver...?

—Sí. Debido a Oliver. — Liz soltó una carcajada-. Oh, mamá, no seas tan dura de mollera.

—Pero yo siempre pensé que era Char...

—Pues, no -se apresuró a decir Liz.

—¿Y qué dice Oliver a todo eso?

—Bueno, no creo precisamente que le disguste.

—No sé... -Elaine estaba un poco desconcertada-. Es lo que menos hubiera podido imaginar, pero, si tú eres feliz...

—Lo soy. Soy muy feliz. Jamás en mi vida había sido tan feliz, puedes creerme.

–Bueno pues, ya me tendrás informada -dijo Elaine en un susurro.

–Descuida.

–Y dime cuándo piensas venir al sur...

–Probablemente vayamos juntos -dijo Liz, dejando volar de nuevo la imaginación-. Puede que vayamos en coche.

Al fin, su madre colgó. Liz colgó el auricular, se ajustó la toalla y regresó al cuarto de baño. Oliver. Repitió el nombre una y otra vez. Oliver Cairney. Se metió de nuevo en la bañera y abrió el grifo del agua caliente con el pie. Oliver.

Viajar al norte en coche era como retroceder en el tiempo. La primavera había tardado mucho en llegar en todas partes, pero en Londres ya había por lo menos algunas trazas de verdor, los árboles del parque ya mostraban algunas hojas y habían florecido los primeros azafranes. Lo mismo que los narcisos y los iris de los tenderetes callejeros. En los escaparates de las tiendas ya se exhibían algunos modelos de primavera y verano que evocaban las vacaciones, los cruceros, los cielos azules y el sol.

Sin embargo, la autopista cortaba el norte como una cinta a través de la llana campiña cada vez más gris, fría y aparentemente estéril. Las carreteras estaban mojadas y sucias. Cada vez que los adelantaba un camión (al viejo coche de Caleb lo adelantaban prácticamente todos los vehículos), les arrojaba encima una cegadora ducha de húmedo barro marrón y los limpiaparabrisas tenían que estar siempre funcionando. Por si ello no fuera suficientemente molesto, las ventanillas no cerraban debidamente, y la calefacción no funcionaba o necesitaba algún secreto ajuste que ni ella ni Jody conocían. Cualquiera fuera la razón, no funcionaba.

A pesar de todo, Jody estaba entusiasmado. Consultaba el mapa, cantaba y hacía complicadas sumas para calcular la velocidad media (lamentablemente baja) y el kilometraje.

«Hemos hecho un tercio del camino. Estamos a medio camino.»

–Dentro de ocho kilómetros llegaremos al Rincón Escocés. ¿Por qué lo llaman Rincón Escocés si ni siquiera está en Escocia?

–A lo mejor, porque allí suele bajar la gente para comprarse whisky escocés.

A Jody le hizo mucha gracia la respuesta.

–Ninguno de nosotros ha estado en Escocia. No sé por qué a Angus se le ocurrió venir a Escocia.

–Cuando lo encontremos, se lo preguntaremos.

–Sí -dijo Jody, pensando alegremente en Angus. Se inclinó hacia atrás para tomar la mochila que habían llenado prudentemente de comida, la abrió y examinó lo que había-. ¿Qué te apetece ahora? Queda un bocadillo de jamón, una manzana un poco machucada y unas cuantas galletas de chocolate.

–Estoy bien. No me apetece nada.

–¿Te importa que yo me coma el bocadillo de jamón?

–En absoluto.

Pasado el Rincón Escocés, tomaron la A68 y el pequeño coche empezó a subir a los desiertos páramos de Northumberland, cruzando Otterburn hasta llegar a Carter Bar. La carretera serpeaba, subiendo por empinadas pendientes hasta que, por fin, llegaron a la cima de la última colina, pasaron por delante de la piedra que marcaba la línea fronteriza, Escocia delante de ellos.

–Ya estamos llegando -dijo Jody con entusiasmo.

Pero Caroline sólo veía una ondulada extensión de tierra grisácea y unas nevadas colinas en la lejanía.

—¿Crees que va a nevar? — Preguntó ella con cierta inquietud-. Hace un frío espantoso.

—No en esta época del año.

—¿Y aquellas colinas?

—Eso son los últimos restos del invierno que todavía no se han fundido.

—El cielo está muy encapotado.

Era cierto. Jody frunció el ceño.

—¿Sería muy grave que nevara?

—No lo sé, pero no tenemos neumáticos para nieve y yo nunca he conducido con mal tiempo.

—Bueno, ya verás cómo todo irá bien -dijo Jody al cabo de un rato, tomando de nuevo el mapa de carreteras-. Ahora el próximo sitio al que tenemos que llegar es Edimburgo.

Ya había anochecido cuando llegaron. La ciudad, azotada por el viento, resplandecía de luces. Se perdieron, forzosamente, pero, al fin encontraron la calle correcta de dirección única y entraron en la autopista en dirección al puente. Se detuvieron por última vez para poner gasolina y controlar el aceite. Caroline bajó del coche para estirar las piernas mientras el empleado de la gasolinera controlaba el agua y limpiaba el sucio parabrisas con una esponja mojada. Mientras lo hacía, estudió con interés el viejo y pequeño coche y después centró su atención en sus ocupantes.

—¿Venís de muy lejos?

–De Londres.

–¿Y adonde vais?

–Vamos a Strathcorrie, en el condado de Perth.

–Os queda un buen trecho.

–Sí, ya lo sabemos.

–Os vais a encontrar con mal tiempo.

A Jody le hizo gracia el acento de aquel hombre y trató de imitarlo por lo bajo.

–¿De veras?

–Pues sí. Acabo de oír la previsión meteorológica. Más nieve. Tendréis que andaros con cuidado. Vuestros neumáticos... -Los golpeó con la puntera de la bota-. Vuestros neumáticos no sirven.

–Servirán.

–Bueno, si os quedáis atascados en la nieve, recordad la regla principal. No salgáis del coche.

–La recordaremos.

Le pagaron, le dieron las gracias y reanudaron su camino. El empleado los vio alejarse y sacudió la cabeza ante la irresponsabilidad de todos los ingleses.

El puente del Forth apareció ante ellos con sus luces de advertencia, despacio. fuertes vientos. Pagaron el peaje y lo cruzaron, golpeados por el viento. Al otro lado, la autopista se dirigía al norte, pero estaba tan oscuro y

encapotado que, más allá de los débiles haces luminosos de los faros delanteros, nada podían ver.

—Qué lástima -dijo Jody-. Estamos en Escocia y no podemos ver nada. Ni por lo menos una bruja.

Caroline no tuvo ni siquiera ánimos para reírse. Se moría de frío y estaba cansada y preocupada por el tiempo y la amenaza de nieve. De repente, aquella aventura ya no le parecía una aventura sino un acto de absoluta locura.

Empezó a nevar cuando dejaron atrás Relkirk. Los copos empujados por el viento surgían de la oscuridad en largas cintas de un blanco deslumbrador.

—Son como el antiaéreo -dijo Jody.

—¿Como qué?

—El fuego antiaéreo de las películas de guerra. Eso es lo que parece.

Al principio, no cuajó en el suelo. Pero, más tarde, cuando iniciaron la subida a las colinas, empezó a acumularse en las zanjas, formando grandes ventisqueros semejantes a unas enormes almohadas. Se pegaba al parabrisas y se amontonaba sobre los limpiaparabrisas hasta que, al final, éstos dejaron de funcionar del todo y Caroline tuvo que detenerse para que Jody bajara y, con un viejo guante, quitara la nieve del cristal.

Volvió a subir al coche mojado y temblando.

—Se me ha metido nieve en los zapatos. Hace un frío glacial.

Volvieron a ponerse en marcha.

—¿Cuántos kilómetros nos quedan? — preguntó Caroline. Se notaba la boca seca, sus dedos se asían con fuerza al volante. Les parecía estar en un país desierto de toda clase de habitantes. No se veía ni una sola luz, ni un

automóvil, ni siquiera una huella en la carretera.

Jody encendió la linterna y estudió el mapa.

—Unos catorce, creo. Strathcorrie se encuentra a unos catorce kilómetros.

—¿Y qué hora es?

Jody consultó su reloj.

—Las diez y media.

Pronto llegaron a la cima de una colina, desde la cual la angosta carretera bajaba entre altos terraplenes. Caroline cambió de marcha y, al ver que la velocidad era excesiva, pisó suavemente el freno, pero no con la suavidad suficiente para evitar que el automóvil derrapara. Por un instante, comprendió que había perdido el control. Un terraplén apareció ante ellos y, de pronto, las ruedas delanteras chocaron con un banco de nieve y el coche se detuvo en seco. Caroline trató de poner en marcha el motor y consiguió sacar las ruedas del montón de nieve y regresar a la carretera. Avanzaban a paso de tortuga.

—¿Es peligroso? — preguntó Jody.

—Sí, creo que sí. Si por lo menos tuviéramos neumáticos para nieve.

—Caleb no los tendría ni siquiera si viviera en el Ártico.

Habían llegado a un estrecho valle bordeado de árboles y paralelo a una profunda garganta. Se oía el rumor del agua de un río sobre el trasfondo del rugido del viento. Al fin llegaron a un puente de fuerte pendiente y sin visibilidad, el cual parecía aferrarse tímidamente a la ladera. Caroline aceleró en exceso y vio que, al otro lado del puente, la carretera giraba bruscamente a la derecha. Delante había montones de nieve y la lisa superficie de un muro de piedra.

Oyó que Jody emitía un jadeo. Dio un golpe de volante, pero fue demasiado tarde. El pequeño coche, como si de repente hubiera adquirido voluntad propia, se lanzó directamente hacia el muro y después se arrojó a una profunda zanja llena de nieve. El motor se detuvo inmediatamente y acabaron en un ángulo de cuarenta y cinco grados con las ruedas posteriores todavía en la carretera y los faros delanteros y el radiador hundidos en la nieve.

Sin los faros delanteros estaba todo muy oscuro. Caroline los apagó y después hizo lo propio con el encendido. Se volvió hacia Jody, temblando.

—¿Estás bien? — le preguntó.

—Sólo me he golpeado un poco la cabeza.

—Lo siento.

—No has podido evitarlo.

—Creo que hubiéramos tenido que parar antes. Hubiera sido mejor quedarnos en Relkirk.

Jody miró a través de la profunda oscuridad.

—¿Sabes una cosa? Me parece que eso es una tormenta de nieve. Yo nunca había estado en una tormenta de nieve. El empleado de la gasolinera dijo que tendríamos que quedarnos dentro del coche.

—No podemos. Hace demasiado frío. Tú espera aquí, voy a mirar.

—No te pierdas.

—Dame la linterna.

Caroline se abrochó la chaqueta, bajó cautelosamente del coche y se hundió hasta las rodillas en la nieve. Poco a poco, consiguió subir a la carretera.

Estaba todo mojado y hacía un frío tremendo; a pesar de la luz de la linterna, la nieve la deslumbraba y confundía. Caroline temió desorientarse.

Avanzó unos pasos por la carretera, iluminando con la linterna el muro de piedra que había sido la causa de su apurada situación. Este se prolongaba a lo largo de unos diez metros y después se curvaba hacia dentro formando una especie de entrada. Caroline lo siguió y llegó a una puerta de madera que estaba abierta. Vio un letrero. Forzando la vista entre los copos de nieve, dirigió el haz luminoso de la linterna hacia arriba y leyó con dificultad: cairney house. propiedad privada.

Apagó la linterna y miró hacia la oscuridad que se extendía más allá de la puerta. Le pareció ver una alameda y oyó el aullido del viento entre las ramas peladas. Después, a través de los copos de nieve, creyó vislumbrar una luz a lo lejos.

Dio media vuelta y regresó corriendo al lugar donde estaba Jody. Abrió la puerta y le dijo:

—Hemos tenido suerte.

—Ah, ¿sí?

—Este muro pertenece a una finca, una granja o algo por el estilo. Hay una especie de verja, una puerta y un camino. Y se ve una luz al fondo. A unos ochocientos metros todo lo más.

—Pero el de la gasolinera dijo que nos quedáramos dentro del coche.

—Si nos quedamos, nos moriremos de frío. Vamos, la capa de nieve es muy alta, pero lo conseguiremos. El recorrido no será muy largo. Deja la mochila y saca las maletas. Y abróchate la chaqueta. Hace frío y nos vamos a mojar.

Jody hizo lo que le decía su hermana, y bajó luchando con el ángulo de inclinación del coche. Caroline sabía que lo importante era no perder tiempo. Vestidos para la primavera de Londres, ninguno de ellos estaba

preparado para aquellos fríos glaciales. Ambos llevaban téjanos y calzado de ciudad. Caroline se había puesto una chaqueta de ante y se cubría la cabeza con un pañuelo de algodón, pero el anorak azul de Jody abrigaba muy poco y éste iba con la cabeza descubierta.

—¿Quieres el pañuelo? — le preguntó Caroline. El viento pareció arrancarle las palabras de la boca.

—No, claro que no -contestó Jody, furioso.

—¿Puedes llevar la maleta?

—Sí, por supuesto.

Caroline cerró la puerta. El coche ya se hallaba cubierto por una considerable capa de nieve, sus perfiles estaban borrosos y muy pronto quedaría oculto y enterrado por completo.

—¿Y si alguien choca su coche contra él? — preguntó Jody.

—No creo. De todos modos, nada podemos hacer. Si dejáramos una luz encendida, la nieve la taparía. — Caroline tomó la mano de Jody-. Vamos. Mejor que no hablemos, tenemos que darnos prisa.

Se dirigió con él a la entrada, siguiendo las huellas de sus propias pisadas. Más allá de la entrada, la oscuridad parecía un negro túnel nevado. Pero al fondo seguía brillando una lucecita. Tomados de la mano y con las cabezas inclinadas para protegerse del viento, echaron a andar hacia la luz.

Fue tremendo. Todos los elementos se habían desatado contra ellos. En un santiamén, quedaron empapados hasta los huesos. Las maletas de fin de semana que parecían tan ligeras al principio, les resultaban cada vez más pesadas. La nieve caía sobre ellos y se les quedaba pegada cual si fuera engrudo. Por encima de sus cabezas, las arqueadas ramas de los árboles sin hojas crujían siniestramente bajo el azote del viento. De vez en cuando, se

oía el chasquido de una rama quebrada seguido por el sordo rumor de su caída al suelo.

Jody trató de hablar.

—Espero... -Tenía los labios helados y le castañeteaban los dientes, pero, aun así, intentó articular unas palabras-. Espero que no nos caiga un árbol encima.

—Yo también lo espero.

—Y se suponía que mi chaqueta era impermeable -añadió Jody en tono enojado.

—Eso es una tormenta de nieve, Jody, no un chaparrón.

La luz seguía brillando, tal vez un poco más resplandeciente y un poco más cercana, pero a Caroline le parecía que llevaban una eternidad caminando. Era como un interminable viaje a través de una pesadilla mientras la lucecita danzaba por delante de ellos sin que lograran alcanzarla. Caroline estaba empezando a perder la esperanza cuando, de pronto, la oscuridad se volvió un poco más clara, el rumor de las ramas de los árboles quedó a su espalda y ella se dio cuenta de que habían llegado al final de la alameda. Allí la luz desapareció detrás de una mole que probablemente debía de ser un grupo de rododendros. La rodearon y volvieron a ver la luz, esa vez ya muy cercana. Avanzaron hacia ella y tropezaron con el borde de un banco. Jody estuvo a punto de caer y Caroline lo sostuvo.

—Tranquilo. Esto es césped o hierba. A lo mejor, es un jardín.

—Sigamos -fue lo único que pudo decir Jody.

La luz adquirió forma, brillando desde una ventana sin cortinas del piso de arriba. Atravesaron un espacio abierto para acercarse a la casa. Aunque la nieve hacía borrosa su silueta, ellos pudieron ver otras luces tras las opacas cortinas corridas de las habitaciones de la planta baja.

–Es una casa muy grande -musitó Jody.

Lo era.

–Así habrá más sitio para nosotros -dijo Caroline, pero no supo si Jody la había oído.

Le soltó la mano y, con los helados dedos, buscó torpemente la linterna en su bolsillo. La encendió y, bajo su débil haz luminoso, vio unos peldaños de piedra cubiertos de nieve que conducían a la oscuridad de un porche cuadrado. Subieron los peldaños y alcanzaron la protección del porche. La luz de la linterna iluminó los paneles de la puerta y el largo tirador de hierro forjado de la campanilla. Caroline dejó la maleta en el suelo y alargó la mano hacia el tirador. Estaba rígido, pesaba mucho y aparentemente no obtuvo resultado. Lo intentó de nuevo con un poco más de fuerza y se oyó el sonido distante y hueco de una campana en la parte de atrás de la casa.

–Por lo menos, funciona. – Se volvió hacia Jody, sin querer le iluminó el rostro con la linterna, vio que tenía la piel grisácea a causa del frío, que su cabello estaba totalmente empapado y le castañeteaban los dientes. Apagó la linterna, lo rodeó con un brazo y lo atrajo hacia ella-. Todo se arreglará.

–Eso espero -dijo Jody con una voz muy clara, pero trémula a causa de los nervios-. Espero que no salga un mayordomo antipático y nos diga «¿Han llamado los señores?» como en las películas de terror.

Caroline también lo esperaba. Estaba a punto de volver a llamar cuando oyó unas pisadas. Un perro ladró y una voz le dijo que se callara. Después encendieron unas luces en las angostas ventanas situadas a ambos lados de la puerta, las pisadas se acercaron y, de pronto, se abrió la puerta y apareció un hombre con una recelosa labrador rubia pegada a sus pies.

–Cállate, *Lisa* -le dijo a la perra. Después levantó los ojos y preguntó-: ¿Sí?

Caroline abrió la boca para hablar, pero no se le ocurrió qué decir. Se limitó

a permanecer de pie donde estaba, rodeando con su brazo a Jody, y tal vez eso fue lo mejor que podía haber hecho, pues, sin que se pronunciara palabra alguna, su maleta fue levantada del suelo, ambos entraron en casa y después la maciza puerta se cerró y los separó de la tormentosa noche.

La pesadilla había terminado. La casa estaba agradablemente caldeada y ellos a salvo.



OceanofPDF.com

Capítulo 4

En medio de su asombro, lo que más llamó la atención de Oliver fue la extrema juventud de sus visitantes. ¿Qué estaban haciendo dos niños a las once y media en una noche como aquélla? ¿De dónde venían con sus pequeñas maletas de fin de semana y adonde demonios iban? Pero mientras las preguntas se amontonaban en su mente, se dio cuenta de que tendría que guardarlas para más tarde. Lo importante en ese momento era quitarles la ropa mojada y meterlos en un baño caliente antes de que los dos se murieran de frío.

Sin perder el tiempo en explicaciones dijo:

—Venid enseguida.

Después, dio media vuelta y empezó a subir los peldaños de dos en dos. Tras un instante de vacilación, oyó que lo seguían, apurando el paso para darle alcance. Empezó a pensar con rapidez. Había dos cuartos de baño. Entró primero en el suyo, encendió la luz, puso el tapón en la bañera, abrió el grifo del agua caliente y se alegró de que una de las cosas que mejor funcionaban en la vieja mansión fuera el sistema del agua caliente, pues casi de inmediato empezaron a ascender las reconfortantes nubes de vapor.

—Tú métete aquí dentro -le dijo a la chica-. Métete tan pronto como te sea posible y quédate hasta que entres en calor. Y tú... -tomó el brazo del chiquillo, inmóvil bajo sus ropas empapadas y heladas- ven por aquí.

Después, acompañó a Jody por el pasillo hasta el cuarto de baño de la antigua habitación de los niños, y encendió la luz al entrar. El baño llevaba mucho tiempo sin utilizarse, pero la calefacción y las cortinas de la bañera con su estampado de personajes de Beatrix Potter le conferían un aire extremadamente acogedor. Mientras él abría el grifo, el niño empezó a

desabrocharse la chaqueta.

—¿Puedes? — le preguntó Oliver.

—Sí, gracias.

—Volveré dentro de un rato.

—Muy bien.

Oliver dejó que el chico se bañara tranquilamente. Se quedó un momento de pie en el pasillo, tratando de decidir qué tenía que hacer. Era evidente que, con la hora que era, se tendrían que quedar hasta la mañana siguiente, de manera que se dirigió al gran dormitorio de invitados. Hacía mucho frío, pero corrió las pesadas cortinas, encendió las dos barras de la estufa eléctrica, retiró la colcha y observó con alivio que Mrs. Cooper había dejado la cama hecha con unas sábanas de hilo y unas fundas de almohada adornadas con vainica. Una puerta de la habitación daba acceso a otra estancia, que antaño había sido un vestidor, y que contenía una cama individual, también preparada para un ocupante, pero que estaba tan fría como la otra. Oliver corrió las cortinas, encendió otra estufa, regresó a la planta baja, recogió las dos pequeñas maletas que habían quedado en el vestíbulo y las llevó a la biblioteca. El fuego de la chimenea se estaba apagando, pues él se hallaba a punto de irse a la cama cuando oyó sonar la campanilla de la puerta. Echó más troncos para avivar el fuego y después colocó una pantalla de latón delante de la crepitante leña.

Abrió la primera maleta y sacó un pijama a rayas azules y blancas, unas zapatillas y una bata de lana gris. Todo estaba ligeramente húmedo, de modo que, cual una niñera responsable, puso las prendas a secar sobre la pantalla. En la otra maleta nada había tan práctico como un pijama a rayas azules y blancas, sino frascos y potes, un cepillo para el cabello y un peine, unas chinelas doradas y, finalmente, un camisón con salto de cama a juego; azul claro, con muchos encajes y absolutamente inútil en aquellos momentos. Oliver dejó el camisón al lado del pijama y pensó que ambas

prendas poseían unas sugerentes reminiscencias eróticas. Tuvo tiempo de entretenerse un poco con aquella idea antes de dirigirse a la cocina en busca de algo sustancioso para que sus visitantes comieran.

Mrs. Cooper había preparado un caldo escocés para la cena y aún quedaba la mitad. Lo puso a calentar y entonces recordó que a los niños no siempre les gustaba el caldo escocés, por lo que sacó una lata de sopa de tomate, la abrió y la puso en otro cazo. Tomó una bandeja, cortó pan, lo untó con mantequilla y sacó unas cuantas manzanas y una jarra de leche. Añadió a la improvisada cena una botella de whisky (exclusivamente para él), un sifón de soda y tres vasos. Finalmente, puso agua a calentar en la tetera grande y, tras buscar un poco, encontró en un insospechado cajón dos botellas de agua caliente. Las llenó y, sosteniéndolas bajo el brazo, fue a recoger las prendas de noche que ya estaban secas y calentitas y olían como los antiguos cuartos de los niños. Colocó las botellas de agua en la cama y se dirigió a su habitación, sacó un jersey de lana shetland de un cajón y descolgó de detrás de la puerta una bata de franela. Después fue en busca de un par de toallas de baño.

Llamó con los nudillos a la puerta del cuarto de baño.

—¿Qué tal estás?

—Muy calentita. Es estupendo -contestó la voz de la chica.

—Bueno pues, te dejo aquí delante de la puerta una toalla y unas cosas para ponerte. Cuando estés lista, vístete.

—De acuerdo.

No se molestó en llamar a la puerta del otro cuarto de baño, sino que la abrió sin más y entró. El niño estaba aún en el agua caliente, moviendo lentamente las piernas de aquí para allá. La inesperada aparición de Oliver no lo turbó en absoluto.

—¿Qué tal te encuentras ahora? — preguntó Oliver.

–Mucho mejor, gracias. Jamás en mi vida había pasado tanto frío.

Oliver acercó una silla y se sentó, afablemente.

–¿Qué ha pasado? – preguntó.

El niño se incorporó en la bañera y Oliver vio las pecas que le cubrían la espalda, los brazos y toda la cara. Su mojado y alborotado cabello era del mismo color que las cobrizas hojas de las hayas.

–El coche cayó a una zanja.

–¿En la nieve?

–Sí. Cruzamos el pequeño puente sin saber que la carretera giraba tan bruscamente. No se podía ver en medio de la nieve.

–Es una curva muy peligrosa incluso cuando hace buen tiempo. ¿Qué le ha ocurrido al coche?

–Lo hemos dejado allí.

–¿Adonde ibais?

–A Strathcorrie.

–¿Y de dónde venís?

–De Londres.

–¿De Londres? – Preguntó Oliver sin poder disimular su asombro-. ¿De Londres? ¿Hoy?

–Sí. Salimos a primera hora de la mañana.

–¿Y la chica, es tu hermana?

–Sí.

–¿Conducía ella?

–Sí, ella ha conducido todo el camino.

–Los dos solos.

–Íbamos muy bien -dijo el niño, casi ofendido.

–Sí, claro -se apresuró a decir Oliver-. Lo que ocurre es que tu hermana parece demasiado joven para conducir un coche.

–Tiene veinte años.

–Ah, bueno, en tal caso, tiene edad suficiente.

Se produjo un breve silencio. Jody tomó una esponja, la escurrió con aire pensativo, se frotó la cara y se apartó un mojado mechón de cabello de la frente. Soltó la esponja y dijo:

–Me parece que ya me he calentado bastante. Voy a salir.

–Venga pues.

Oliver alargó la mano hacia la toalla, la desdobló y, cuando el niño pisó la estera de baño, lo envolvió en ella. Los ojos de ambos se cruzaron mientras Oliver secaba suavemente a Jody con la toalla.

–¿Cómo te llamas? – le preguntó.

–Jody.

–Jody ¿qué?

–Jody Cliburn.

–¿Y tu hermana?

–Caroline.

Oliver tomó un buen puñado de toalla y frotó el cabello de Jody.

–¿Teníais algún motivo especial para ir a Strathcorrie?

–Mi hermano está allí.

–¿También se apellida Cliburn?

–Sí. Angus Cliburn.

–¿Tendría yo que conocerlo?

–No creo. Lleva allí muy poco tiempo. Trabaja en un hotel.

–Comprendo.

–Estará muy preocupado -dijo Jody.

–¿Por qué? – preguntó Oliver, cogió el pijama y le alcanzó la chaqueta a Jody.

–Qué calentito está todo -dijo Jody.

–Lo he puesto a secar delante de la chimenea. ¿Por qué estará preocupado tu hermano?

–Le enviamos un telegrama. Nos estará esperando y no hemos llegado.

–Se habrá enterado de la nevada. Se imaginará que habréis tenido algún

contratiempo.

—No creíamos que fuera a nevar. En Londres han florecido los azafranes y empiezan a despuntar las hojas de los árboles y hay capullos en todas partes.

—Aquí estamos en el lejano y helado norte, muchacho. Nunca te puedes fiar del tiempo.

—Yo jamás había estado en Escocia. — Jody se puso los pantalones del pijama y se ató la cinta alrededor de la cintura—. Ni Caroline.

—Habéis tenido mala suerte con el tiempo.

—Bueno, la verdad es que ha sido muy emocionante. Toda una aventura.

—Las aventuras están muy bien cuando terminan felizmente. Pero no son tan divertidas mientras uno las vive. Creo que habéis salido muy bien librados de la vuestra.

—Hemos tenido suerte de encontrarlo a usted.

—Sí, creo que sí.

—¿Esta es su casa?

—Sí.

—¿Vive solo aquí?

—De momento, sí.

—¿Cómo se llama la propiedad?

—Cairney.

–¿Y usted?

–Lo mismo. Cairney. Oliver Cairney.

–¿De veras?

Oliver esbozó una sonrisa.

–Te parece un poco raro, ¿verdad? Bueno, ahora, si ya estás listo, iremos en busca de tu hermana y comeremos algo. – Oliver abrió la puerta-. Por cierto... ¿qué prefieres, caldo escocés o sopa de tomate?

–Sopa de tomate, si tiene.

–Ya me lo imaginaba.

Mientras bajaban por el pasillo, Caroline salió del otro cuarto de baño, casi perdida en el interior de la bata de Oliver. Parecía más menuda y delgada que cuando él la había visto por primera vez, llevaba el largo cabello mojado y su frágil cabeza, parecía sostenerse sobre el cuello cisne del jersey de Oliver.

–Me siento completamente distinta... muchas gracias...

–Ahora vamos a comer algo...

–Me temo que le estamos causando muchas molestias.

–Sólo me causaréis molestias si pilláis un resfriado y me obligáis a cuidar de vosotros.

Oliver empezó a bajar los peldaños de la escalera y oyó que Jody le comentaba en voz baja a su hermana:

–Dice que tiene sopa de tomate.

Al llegar a la puerta de la cocina, se detuvo y les dijo:

—Aquélla es la puerta de la biblioteca. Esperadme allí y yo os llevaré la cena. Y poned unos troncos al fuego, que haga una buena llama.

La sopa estaba hirviendo lentamente. Oliver llenó dos cuencos y después llevó la bandeja a la biblioteca, donde los encontró junto al fuego, Jody sentado en un taburete y su hermana arrodillada en la alfombrilla tratando de secarse el cabello. *Lisa*, la perra de Charles, se había acurrucado entre ambos y mantenía la cabeza apoyada en la rodilla de Jody. El niño le estaba acariciando las orejas cuando entró Oliver.

—¿Cómo se llama la perra?

—*Lisa*. ¿Ya ha hecho amistad contigo?

—Creo que sí.

—Normalmente, no suele hacer amistad tan pronto.

Oliver posó la bandeja en una mesita auxiliar apartando unas revistas y periódicos para hacer sitio.

—¿Es suya la perra?

—De momento, sí. ¿Tú tienes algún perro?

—No -contestó Jody con tristeza.

Oliver decidió cambiar de tema.

—¿Por qué no te tomas la sopa antes de que se enfríe?

Mientras los hermanos empezaban a comer, retiró la pantalla de la chimenea, puso otro tronco, se preparó un whisky con soda y se acomodó en el viejo y combado sillón junto al fuego.

Comieron en silencio. Jody se terminó enseguida la sopa, se comió todo el pan con mantequilla, se bebió un par de vasos de leche y luego cogió una manzana. Caroline, en cambio, sólo tomó un poco de caldo y después dejó la cuchara como si ya no tuviera apetito.

—¿No está bueno? — le preguntó Oliver.

—Está delicioso, pero no puedo comer más.

—¿No tienes apetito? Deberías estar hambrienta.

—Ella nunca tiene apetito -terció Jody.

—¿Algo de beber quizá?

—No, gracias.

El tema quedó cerrado.

—Tu hermano y yo hemos estado charlando un poco mientras él tomaba el baño. Sois Jody y Caroline Cliburn.

—Sí.

—Yo soy Oliver Cairney. ¿Ya te lo ha dicho él?

—Sí, acaba de decírmelo.

—Venís de Londres, ¿verdad?

—Sí.

—Y se os ha caído el coche a una zanja al final de mi camino de entrada.

—Sí.

–Y os dirigíais a Strathcorrie.

–Sí. Nuestro hermano trabaja allí, en el hotel.

–¿Y os está esperando?

–Les enviamos un telegrama. Debe de estar preguntándose qué nos ha ocurrido.

Oliver consultó su reloj.

–Es casi medianoche. Pero, si queréis, puedo probar a llamar por teléfono. Es posible que haya un portero de noche.

Caroline lo miró, agradecida.

–Oh, ¿lo haría?

–Puedo intentarlo. – Pero el teléfono no funcionaba-. Las líneas deben de estar cortadas. Es por la tormenta.

–¿Qué vamos a hacer?

–Lo único que podéis hacer es quedaros aquí.

–Pero Angus...

–Ya le he dicho a Jody que seguramente vuestro hermano se dará cuenta de lo que ha ocurrido.

–¿Y mañana?

–Sí la carretera no está bloqueada podemos ir a Strathcorrie por un medio u otro. En el peor de los casos, tengo un Land-Rover.

—¿Y si la carretera está bloqueada?

—Ya nos preocuparemos de resolver el problema cuando se presente.

—El caso es... bueno, es que no tenemos mucho tiempo. Teníamos pensado estar de regreso en Londres el viernes.

Oliver contempló su trago moviendo lentamente el vaso que sostenía en la mano.

—¿Hay alguien en Londres con quien pudiéramos ponernos en contacto para que sepan que estáis sanos y salvos?

Jody miró a su hermana. Al cabo de un rato, ésta contestó:

—El teléfono no funciona.

—Pero ¿cuando funcione?

—No -contestó Caroline-. No tenemos que ponernos en contacto con nadie.

Oliver estaba seguro de que la chica le mentía. Contempló su rostro, sus altos y pronunciados pómulos, la breve y chata nariz y la ancha boca. Tenía unas leves sombras oscuras bajo los ojos y un largo y claro cabello tan liso y suave como la seda. Por un instante, los ojos de ambos se cruzaron, luego ella apartó los suyos. Oliver decidió no insistir en el tema.

—Era sólo una pregunta -dijo.

A la mañana siguiente, cuando Caroline se despertó, el fulgor de la nieve se reflejaba en el blanco techo del enorme dormitorio. La joven permaneció perezosamente tendida bajo el edredón de plumas de ganso y las sábanas de hilo; oyó los ladridos de un perro y, a continuación, el chirriante sonido de un tractor que se acercaba. Alargó la mano hacia su reloj de pulsera y vio que ya eran más de las nueve. Se levantó de la cama, se acercó a la ventana,

descorrió las cortinas rosa, y fue asaltada por una luz tan cegadora que la obligó a parpadear.

El mundo era blanco. El cielo estaba despejado y era azul como un huevo de petirrojo. En el deslumbrador suelo se veían unas alargadas sombras que semejaban magulladuras y todo aparecía suavizado y redondeado por la nieve, que cubría las ramas de los pinos y se había amontonado formando una especie de blancos sombreros en la parte superior de las estacas de la valla. Caroline abrió la ventana, se asomó y comprobó que el aire era tan frío, aromático y estimulante como el vino helado.

Recordando los horrores de la noche anterior, trató de orientarse. Delante de la casa se extendía un vasto espacio abierto que probablemente sería césped, rodeado por un camino de entrada. Vio la alameda que ella y Jody habían recorrido, bajando desde la cima de una colina. En la distancia, entre las pendientes cubiertas de pastizales, la carretera serpeaba entre unos secos muros de piedra. Un coche circulaba muy despacio por ella.

El tractor que ella había oído subía por la alameda. Apareció por detrás de un tupido grupo de rododendros, rodeó cuidadosamente el perímetro del césped y se perdió de vista detrás de la casa.

Hacía demasiado frío para salir. Caroline se retiró de la ventana y la cerró. Pensó en Jody y abrió la puerta que daba acceso a su habitación. Dentro estaba todo oscuro y en silencio, sólo se oía el suave susurro de la respiración del niño. Jody estaba todavía profundamente dormido. Caroline cerró la puerta y buscó algo que ponerse. Pero sólo tenía el jersey y la bata prestados. Se los puso y, descalza, abandonó el dormitorio y bajó por el pasillo con la esperanza de encontrar a alguien que pudiera echarle una mano.

Entonces se dio cuenta de lo grande que era la casa. El pasillo terminaba en un espacioso rellano decorado con alfombras, una cómoda de nogal, sillas y una mesa sobre la cual alguien había dejado un montón de camisas limpias, cuidadosamente planchadas. Desde lo alto de la escalera, Caroline prestó atención y oyó unas voces lejanas. Bajó y, siguiendo el murmullo de las

voces, llegó hasta una puerta que debía de ser la de la cocina. Apoyó las manos en la puerta y empujó, ésta se abrió e inmediatamente las dos personas que allí se encontraban interrumpieron su conversación y se volvieron para ver quién era.

Oliver Cairney, con un grueso jersey color marfil, estaba sentado a la mesa de la cocina con una taza de té en la mano. La persona con quien hablaba era una mujer que se hallaba de pie junto al fregadero pelando patatas. Tenía el cabello gris y llevaba las mangas remangadas y un delantal floreado atado con un lazo a la espalda. La cocina estaba agradablemente caldeada y se aspiraba el aroma del pan a medio cocer. Caroline se sintió una intrusa.

—Perdón... -dijo.

Oliver, que se había quedado momentáneamente sorprendido, posó la taza y se levantó.

—No hay por qué. Pensaba que dormirías hasta la hora del almuerzo.

—Jody todavía está durmiendo.

—Te presento a Mrs. Cooper. Mrs. Cooper, ésta es Caroline Cliburn. Ahora precisamente le estaba contando a Mrs. Cooper lo que os ocurrió.

—Fue una noche terrible, desde luego -dijo Mrs. Cooper-. Y todas las líneas telefónicas están averiadas.

Caroline miró a Oliver.

—¿Eso quiere decir que todavía no podremos pasar?

—En efecto, y aún tardaremos un poco en poder hacerlo. Ven y toma una taza de té. Ven y desayuna algo. ¿Qué te apetece? ¿Huevos con bacón?

Pero a Caroline no le apetecía comer.

–Un poco de té me iría muy bien. – Oliver le acercó una silla y ella se sentó a la mesa-. ¿Aún estamos aislados por la nieve?

–En parte. La carretera de Strathcorrie está bloqueada, pero podemos bajar hasta Relkirk.

Caroline lo miró, consternada.

–¿Y... el coche? – dijo, casi sin atreverse a preguntarlo.

–Cooper ha bajado con el tractor para ver cómo está.

–¿Es un tractor rojo?

–Sí.

–Lo he visto por el camino.

–En tal caso, estará aquí de un momento a otro y nos dirá qué ha pasado - dijo Oliver. Cogió una taza y un platillo, se acercó a la cocina, donde se mantenía caliente la tetera marrón, y le sirvió el té.

Estaba muy fuerte y muy caliente, pero Caroline lo bebió con agrado.

–No encuentro mi ropa -dijo.

–Es culpa mía -dijo Mrs. Cooper-. La he puesto a secar, pero ya tiene que estar seca. Desde luego -añadió, sacudiendo la cabeza-, os debisteis de calar hasta los huesos.

–Parecían dos ratones ahogados -dijo Oliver.

Caroline fue a vestirse y, cuando bajó, Mr. Cooper ya había regresado con noticias del coche. Era un hombre del campo, y su acento tan cerrado que Caroline tuvo dificultades para entender lo que decía.

–Pues lo hemos sacado de la zanja, pero el motor no funciona.

–¿Por qué no?

–No me sorprendería que estuviera congelado.

–¿No teníais anticongelante? – le preguntó Oliver a Caroline. La mirada de Caroline evidenciaba que no sabía de qué le hablaba.

–Anticongelante -repitió Oliver-. ¿Eso no quiere decir nada para ti?

Caroline negó con la cabeza, y Oliver se dirigió a Cooper.

–Tiene usted razón. Está congelado.

–¿Hubiera tenido que tener anticongelante?

–Bueno, no habría sido mala idea.

–No lo sabía. El coche no es mío, ¿comprende?

–¿Acaso lo robaste?

Mrs. Cooper emitió un leve sonido de desaprobación, una especie de aspiración del aire a través de los labios fruncidos. Caroline no supo muy bien si la desaprobación iba dirigida a Oliver o a ella.

–No, por supuesto que no -contestó con dignidad-. Nos lo prestaron.

–Ya entiendo. Bueno pues, tanto si es prestado como si es robado, sugiero que bajemos a ver qué se puede hacer con él.

–Muy bien -dijo Cooper, poniéndose de nuevo la vieja gorra con su enrojecida manaza mientras se encaminaba hacia la puerta-, si usted toma el Land-Rover, yo iré por una cuerda y le pediré al joven Geordie que me eche

una mano, y veremos si podemos sacarlo con el tractor.

—¿Vienes? — le preguntó Oliver a Caroline en cuanto Cooper se hubo retirado.

—Sí.

—Necesitarás unas botas.

—No tengo.

—Aquí hay algunas...

Caroline lo siguió a un antiguo lavadero que en ese momento se utilizaba para guardar impermeables, botas de goma, cestos de la perra, un par de oxidadas bicicletas y una moderna lavadora. Tras buscar un poco, Oliver encontró unas botas de goma más o menos del número de Caroline y un chubasquero negro. Caroline se puso ambas cosas, con un movimiento rápido se colocó el cabello por encima del cuello del chubasquero y, debidamente equipada, salió detrás de él a la resplandeciente mañana.

—Nieve invernal y sol estival -dijo Oliver mientras ambos pisaban la inmaculada nieve en dirección a la puerta cerrada del garaje.

—¿Va a durar mucho esta nieve?

—Seguramente, no. Pero tardará un poco en fundirse. Anoche cayeron veinticinco centímetros.

—En Londres ya estábamos en primavera.

—Eso dijo tu hermano.

Oliver abrió la ancha puerta de doble hoja del garaje. Dentro había dos coches, un turismo deportivo verde oscuro y el Land-Rover.

—Tomaremos el Land-Rover y así no nos quedaremos atascados -dijo.

Caroline subió. Salieron del garaje, rodearon la casa y bajaron por la alameda, siguiendo cuidadosamente las oscuras huellas dejadas por el tractor de Mr. Cooper. La mañana estaba muy tranquila, pues la nieve amortiguaba todos los sonidos, pero, aun así, se observaban signos de vida por todas partes... algunas huellas humanas bajo los árboles y las pequeñas impresiones en forma de estrella dejadas por las patas de distintos pájaros. Arriba, las ramas de las hayas formaban un enrevesado arco semejante a un encaje que se recortaba contra el cielo azul claro.

Cruzaron la entrada y salieron a la carretera y a la cegadora luz del sol. Oliver detuvo el Land-Rover junto a la cuneta y ambos bajaron.

Caroline vio el puente de fuerte pendiente que había sido el culpable de su desgracia y la lastimosa forma del coche de Caleb cubierta de nieve y ladeada en la zanja. A su alrededor se observaban las enormes huellas de las botas de Mr. Cooper. El coche parecía un ser momificado y daba la impresión de que jamás se volvería a mover. Caroline tuvo un tremendo sentimiento de culpabilidad.

Oliver abrió la puerta y se introdujo con cuidado en el asiento del conductor, dejando fuera una de sus largas piernas. Giró la llave que Caroline había dejado en el encendido y se oyó un agónico ruido del motor acompañado de un intenso olor a quemado. Sin decir una sola palabra, Oliver volvió a salir y cerró la portezuela.

—No hay nada que hacer -le oyó musitar Caroline, y se sintió no sólo culpable sino también estúpida.

—No tenía ni idea de lo que era un anticongelante -dijo Caroline, poniéndose un poco a la defensiva.

Oliver no contestó. Rodeó el coche, quitó la nieve que cubría los neumáticos posteriores y después se agachó para ver si el eje trasero había quedado enganchado en el borde de la zanja.

De pronto, Caroline consideró que todo eso era muy deprimente y estuvo a punto de echarse a llorar. Todo les estaba saliendo mal. Ella y Jody se encontraba atrapados allí con ese hombre que no comprendía su situación. El coche de Caleb estaba inservible, no se podía llamar por teléfono a Strathcorrie y la carretera estaba bloqueada. Parpadeando para que no se le escaparan las lágrimas, se volvió para contemplar la carretera que subía por la ladera de una pequeña colina. La nieve se había acumulado en los muros de contención que la bordeaban y una ligera brisa, hermana del vendaval de la noche anterior, estaba empujando la nieve de los campos hacia los montones de nieve que, cual relucientes esculturas, se habían formado en los ángulos de los muros que flanqueaban la carretera. En el silencio de la mañana un zarapito descendió en picado desde el cielo, emitiendo un prolongado chillido. Después, se hizo nuevamente el silencio.

A su espalda, las pisadas de Oliver crujieron sobre la nieve. Se volvió a mirarlo con las manos metidas en los bolsillos del chubasquero prestado.

—No hay nada que hacer -le dijo Oliver.

Caroline lo miró horrorizada.

—Pero, ¿no se puede arreglar? — preguntó.

—Por supuesto que sí, Cooper lo sacará con el tractor y lo llevará al taller que hay un poco más abajo. El mecánico es muy bueno. Mañana o pasado tendrás el Mini a tu disposición. — Al ver la desolada expresión de Caroline, Oliver añadió en un intento de animarla-: Aunque tuvieras un coche, ya ves que no podrías llegar a Strathcorrie. La carretera está bloqueada.

—Pero, ¿cuándo cree usted que se podrá pasar?

—En cuanto llegue la máquina quitanieves. Una nevada como ésta a fines del invierno lo desbarata todo. Hay que tener paciencia.

Oliver le abrió la puerta del Land-Rover y esperó a que Caroline subiera.

Esta lo hizo muy despacio. Oliver cerró la puerta, rodeó el coche y se sentó al volante. Caroline pensaba que la iba a acompañar de nuevo a la casa, pero, en su lugar, Oliver encendió un cigarrillo, y permaneció sentado fumándolo, aparentemente sumido en profundas meditaciones.

Caroline se inquietó. Los coches eran lugares estupendos para estar con una persona a la que uno apreciaba. Pero no eran estupendos si la persona se empeñaba en hacer un montón de preguntas a las que uno no deseaba responder.

En cuanto Oliver empezó a hablar, sus temores quedaron confirmados.

—¿Cuándo dijiste que tenías que estar de vuelta en Londres?

—El viernes. Dije que para entonces estaríamos de regreso.

—¿A quién se los dijiste?

—A Caleb. El hombre que nos prestó el coche.

—¿Y vuestros padres?

—Nuestros padres murieron.

—¿Y no tenéis a nadie? Tiene que haber alguien. No puedo creer que los dos viváis solos en una casa. — Oliver sonrió ante la idea—. La situación no tendría más remedio que conducirnos a unos desastres espantosos.

A Caroline no le hizo demasiada gracia el comentario.

—Si quiere saberlo -dijo fríamente-, vivimos con mi madrastra.

—Ya veo -dijo Oliver, mirándola comprensivamente.

—¿Qué es lo que ve?

—Una madrastra perversa.

—No es perversa en absoluto. Es muy simpática.

—¿Pero no sabe dónde estáis?

—... sí -contestó Caroline, diciendo una verdad a medias. Después, en tono más convincente, añadió:- Sí, lo sabe. Sabe que estamos en Escocia.

—¿Y sabe por qué? ¿Lo de vuestro hermano Angus?

—Sí. Eso también lo sabe.

—Y... eso de hacer todo este camino tan largo para ver a Angus, ¿ha sido por alguna razón en concreto o simplemente para saludarlo?

—No del todo.

—Eso no es una respuesta.

—Ah, ¿no?

Se produjo una larga pausa, tras la cual Oliver dijo con engañosa suavidad:

—Mira, tengo la sensación de estar pisando una capa de hielo muy fina. Quiero que sepas que me importa un bledo lo que estáis tramando, pero me siento, en parte, responsable de tu hermano. A fin de cuentas, sólo tiene... once años, ¿verdad?

—Yo puedo responsabilizarme de Jody.

—Anoche hubierais podido morir los dos -añadió Oliver con voz tranquila-. Tú lo sabes, ¿verdad?

Caroline lo miró fijamente y comprendió, para su asombro, que hablaba en serio.

–Vi una luz antes de abandonar el coche. En caso contrario, nos habríamos quedado dentro hasta que pasara la tormenta.

–En esta región, las tormentas son terribles. Tuvisteis mucha suerte.

–Y usted fue muy amable. Más que amable. Y todavía no le he dado debidamente las gracias. Pero sigo pensando que, cuanto antes nos reunamos con Angus y dejemos de causarle molestias a usted, tanto mejor.

–Ya veremos qué tal van las cosas. Por cierto, hoy tengo que ir a almorzar a Relkirk. Pero Mrs. Cooper os preparará la comida a ti y a Jody y, cuando yo vuelva, puede que la carretera de Strathcorrie ya esté abierta y os pueda llevar y entregaros a la custodia de vuestro hermano.

Caroline lo pensó y, por alguna razón, la idea de que Oliver Cairney y Angus Cliburn se conocieran no le pareció muy buena.

–Seguramente habrá alguna manera de...

–No. – Oliver se inclinó hacia adelante y apagó el cigarrillo-. No, no hay otra manera de llegar a Strathcorrie, como no sea volando. Así que, no os mováis y esperadme en Cairney. ¿Entendido?

Caroline abrió la boca para protestar, vio la expresión de los ojos de Oliver y la volvió a cerrar mientras asentía a regañadientes con la cabeza.

–De acuerdo.

Por un instante, le pareció que Oliver tenía intención de seguir hablando del asunto, pero, por suerte, lo distrajo la llegada del tractor, con Mr. Cooper al volante y en el asiento detrás de él un muchacho tocado con gorro de punto. Oliver bajó del Land-Rover para echarles una mano. La tarea resultó bastante complicada. Cuando lograron quitar la nieve que cubría el coche de Caleb, echar paletadas de grava bajo las ruedas, atar unas cuerdas al eje trasero, efectuar dos o tres fallidos intentos y finalmente sacarlo de la

cuneta, ya eran casi las once. Caroline contempló cómo se ponía en marcha la pequeña caravana en dirección al taller, Cooper al volante del tractor remolcando con una cuerda el Mini, en cuyo interior viajaba Geordie, y se sintió fatal.

—Espero que se pueda arreglar -le dijo a Oliver cuando éste volvió a sentarse a su lado-. No tendría importancia si el coche fuera mío, pero le prometí a Caleb que se lo cuidaría.

—Tú no has tenido la culpa. Le hubiera podido ocurrir a cualquiera. Cuando el mecánico lo arregle, seguramente lo dejará mejor que antes. — Oliver miró el reloj-. Vamos. Tengo que cambiarme para estar en Relkirk a las doce y media.

Regresaron a la casa en silencio, aparcaron delante de la puerta y descendieron. Al pie de los peldaños, Oliver se detuvo y miró a Caroline.

—¿No te importa que me vaya?

—Por supuesto que no.

—Nos veremos luego entonces.

Caroline lo vio subir los peldaños de la escalera de dos en dos. Después se quitó el chubasquero y las botas de goma y fue en busca de Jody. La cocina estaba vacía, pero encontró a Mrs. Cooper pasando la aspiradora por la alfombra de un espacioso comedor que apenas se utilizaba. Al ver aparecer a Caroline en la puerta, Mrs. Cooper apagó la aspiradora.

—¿Ya han conseguido sacar el coche? — le preguntó.

—Sí, su marido ha tenido la amabilidad de llevarlo al taller ¿Ha visto usted a Jody?

—Sí, se ha levantado y anda por ahí el pobrecillo. Bajó y desayunó conmigo en la cocina. Se ha tomado dos huevos duros, una tostada con miel y un

vaso de leche. Después le he enseñado el antiguo cuarto de los niños y allí está ahora entretenido con los ladrillos, los coches y qué sé yo.

—¿Dónde está el cuarto de los niños?

—Ven, te lo enseñaré.

Mrs. Cooper interrumpió su tarea e hizo que Caroline la siguiera, subieron por una pequeña escalera posterior y cruzaron una puerta que daba acceso a un pasillo pintado de blanco y alfombrado de azul.

—Esa era el ala de los niños en los viejos tiempos, la tenían toda para ellos. Ahora ya no se usa, naturalmente, pero he encendido la chimenea para que esté calentita.

Abrió una puerta y se quedó a un lado para que Caroline entrara. La estancia era muy espaciosa y tenía un mirador que daba al jardín. La chimenea encendida estaba protegida por una alta pantalla y había varios sillones viejos, un combado sofá unas estanterías de libros y un viejo caballo de balancín al que le faltaba la cola. Sentado en el centro de la estancia sobre la raída alfombra, Jody aparecía rodeado por una fortaleza construida con ladrillos de madera que se extendía hasta la pared del fondo de la estancia entre reproducciones en miniatura de modelos de automóviles, soldados de juguete, vaqueros, caballeros con armadura y animales de granja. El niño levantó la vista al entrar su hermana, pero estaba tan concentrado que ni siquiera se avergonzó de que lo sorprendieran ocupado en un pasatiempo tan infantil.

—Madre mía -exclamó Caroline-. ¿Cuánto has tardado en construir todo esto?

—Desde la hora del desayuno. Cuidado, no derribes esa torre.

—No te preocupes, no lo haré.

Caroline pasó con mucho cuidado por encima de la torre y se acercó a la

chimenea, donde quedó de pie, apoyada en la pantalla.

Mrs. Cooper estaba asombrada.

—¡En mi vida he visto algo tan bien hecho! ¡Con todos estos caminitos! Habrás usado todos los ladrillos que hay.

—Casi todos -dijo Jody, mirándola con una sonrisa.

Estaba claro que ambos se habían hecho muy amigos.

—Bueno pues, os dejo. El almuerzo será a las doce y media. He hecho tarta de manzana y hay un poquito de crema. ¿Te gusta la tarta de manzana, cariño?

—Oh, sí, me encanta.

—Muy bien. — Mrs. Cooper se retiró, tarareando una melodía.

—Es simpática, ¿verdad? — dijo Jody, añadiendo a su construcción dos altos ladrillos de madera para formar la entrada de la fortaleza.

—Sí, mucho. ¿Has dormido bien?

—Sí, durante horas. Es una casa estupenda. — Jody puso un par de ladrillos más para aumentar la altura de la entrada.

—Mr. Cooper ha llevado el coche al garaje. No tenía anticongelante.

—El tonto de Caleb -dijo Jody, eligiendo una pieza en forma de arco y colocándola cuidadosamente encima de las anteriores para rematar su obra maestra. Después, apoyó la mejilla en el suelo y miró a través del arco, imaginándose a sí mismo entrando por él a lomos de un blanco corcel con un penacho de plumas ondeando al viento en su yelmo y el asta de un estandarte cuartelado en su mano.

—Jody -dijo Caroline-, anoche, cuando hablasteis en el cuarto de baño, ¿le dijiste a Oliver Cairney algo sobre Angus?

—No, simplemente que íbamos a verlo.

—¿Le hablaste de Diana o de Hugh?

—No me preguntó.

—Bueno, no le digas nada.

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí? — preguntó Jody, levantando la vista.

—Muy poco. Esta misma tarde, en cuanto la carretera esté abierta, iremos a Strathcorrie y veremos a Angus.

Jody no hizo comentario alguno. Caroline lo vio sacar un caballito del interior de una caja abierta y buscar después un caballero que encajara en la silla. Eligió uno, encajó ambas figuras y las estudió un instante para calibrar el efecto. Después colocó el jinete con gran precisión bajo el arco de la fortaleza.

—Mrs. Cooper me ha dicho una cosa -dijo.

—¿Qué te ha dicho?

—Que ésta no es la casa de Oliver.

—¿Qué quieres decir? Tiene que ser su casa.

—Era de su hermano. Oliver vive en Londres, pero su hermano vivía aquí. Se dedicaba a la agricultura. Por eso hay perros, tractores y todas esas cosas.

—¿Qué le pasó a su hermano?

–Se mató -dijo Jody-. En un accidente de coche, la semana pasada.

«Se mató en un accidente de coche.» Un recuerdo pugnó por aflorar a la conciencia de Caroline, pero se diluyó casi de inmediato en una sensación de horror, mientras la fría afirmación de Jody se iba abriendo paso poco a poco. Caroline se cubrió la boca con la mano como si quisiera acallar las palabras. «Se mató.»

–Por eso Oliver está aquí -añadió Jody, tratando de disimular con su indiferencia la pena que sentía-. Para el entierro y demás. Para arreglar los asuntos, ha dicho Mrs. Cooper. Va a vender la casa y la granja y jamás volverá. – Se levantó con cuidado, se acercó a su hermana se quedó de pie junto a ella, entonces Caroline comprendió que necesitaba consuelo, a pesar de su aparente frialdad.

Caroline le pasó un brazo alrededor de los hombros y le dijo:

–Y, en medio de todo esto, aparecemos nosotros. Pobre hombre.

–Mrs. Cooper dice que ha sido una buena cosa, porque así se distrae de su dolor -dijo Jody, y levantó la vista para mirar a su hermana-. ¿Cuándo iremos a ver a Angus?

–Hoy mismo -le prometió Caroline sin vacilar-. Hoy mismo.

Aparte la tarta de manzana y la crema, para almorzar había carne picada, patatas asadas y puré de nabos. «Nabitos machacados», los llamó Mrs. Cooper, al servirlos en el plato de Jody. Caroline, que había pensado que tenía apetito, descubrió que no, pero Jody comió de todo y después saboreó con fruición una tableta de chocolate casero.

–Y ahora, ¿qué vais a hacer durante el resto del día? Mr. Cairney no regresará hasta la hora del té.

–¿Puedo seguir jugando en el cuarto de los niños? – preguntó Jody.

–Pues claro que sí, cariño -dijo Mrs. Cooper y miró a Caroline.

–Yo saldré a dar un paseo -dijo Caroline.

Mrs. Cooper se extrañó.

–¿No has tenido suficiente aire fresco por un día?

–Me gusta salir. Y está todo muy bonito con la nieve.

–Se está empezando a nublar y no creo que la tarde sea muy buena.

–No me importa.

–¿Tampoco te importa que yo no te acompañe? – preguntó Jody en tono dubitativo.

–Por supuesto que no.

–Prefiero quedarme a construir una tribuna. Ya sabes, para presenciar los torneos.

–Me parece muy bien.

Entusiasmado con sus proyectos, Jody se disculpó y desapareció escalera arriba para poner manos a la obra. Caroline se ofreció a ayudar a Mrs. Cooper a lavar los platos, pero ésta le dijo que no, que se marchara a dar el paseo antes de que empezara a llover. Caroline abandonó la cocina, cruzó el vestíbulo, se puso el chubasquero y las botas que había usado por la mañana, se anudó un pañuelo alrededor de la cabeza y salió.

Mrs. Cooper no se había equivocado. Unos nubarrones se estaban acercando por el oeste, había humedad en el aire y el sol se había ocultado. Caroline se metió las manos en los bolsillos y atravesó el césped, bajó por la alameda, cruzó la puerta y salió a la carretera. Giró a la izquierda en

dirección a Strathcorrie y echó a andar.

«No os mováis y esperadme en Cairney», le había dicho Oliver, y si ella no estaba allí cuando él regresara, probablemente se pondría furioso, aunque, bien mirado, Caroline no creía que la cosa tuviera mayor importancia. Después de aquel día, probablemente no volverían a verlo. Por supuesto que le escribiría para agradecerle su amabilidad. Pero no volvería a verlo.

A su juicio era importante que, cuando ella y Angus volvieran a verse después de todos aquellos años, no lo hicieran bajo la mirada de un críticón desconocido. Lo peor de Angus era que uno nunca podía fiarse de él. Siempre había sido la persona más imprevisible del mundo, indefinido, escurridizo y absolutamente exasperante. Desde un principio ella había tenido sus dudas a propósito de aquel descabellado plan de ir a buscarlo a Escocia, pero de alguna manera se le había contagiado el entusiasmo de Jody. El niño estaba tan seguro de que Angus los estaría esperando, encantado de verlos y ansioso por ayudarlos, que había logrado convencer a Caroline.

Pero en ese momento, bajo la fría luz de una tarde escocesa, las dudas habían vuelto a hacer acto de presencia. Angus estaría, por supuesto, en el hotel Strathcorrie porque allí era donde trabajaba, pero el hecho de que fuera limpiabotas y se dedicara a acarrear leña para las chimeneas no constituía garantía alguna de que no llevara barba y melena y no caminara descalzo ni tuviera la menor intención de echarles una mano a su hermana y su hermano. Caroline ya se imaginaba la reacción de Oliver Cairney ante semejante actitud y sabía que no habría podido soportar la idea de que éste fuera testigo de la gran reunión.

Además, tras haberse enterado del reciente fallecimiento del hermano de Oliver, Caroline se sentía profundamente avergonzada de haberse aprovechado de su discreta hospitalidad en momento tan inoportuno. No cabía duda de que cuanto antes Oliver se librara de ellos mejor. Y tampoco cabía duda de que en ese momento el único camino posible a seguir era ir en busca de Angus ella misma.

Mientras caminaba por el borde de la carretera cubierta de nieve, pasó todo el tiempo tratando de convencerse de que eso era lo que tenía que hacer.

Llevaba caminando más de una hora, sin tener ni idea de cuántos kilómetros habría recorrido, cuando un camión la alcanzó, subiendo lenta y dificultosamente la cuesta a su espalda. Era la máquina quitanieves del condado, abriéndose paso entre la nieve con su enorme pala de acero cual la proa de un barco en el agua, arrojando una espumosa estela de barro mezclado con nieve a ambos lados de la carretera. Caroline se apartó y se pegó al muro, pero la máquina quitanieves se detuvo y el hombre abrió la puerta y le dijo:

—¿Adónde va usted?

—A Strathcorrie.

—Eso está a unos diez kilómetros. ¿Quiere que la lleve?

—Sí, por favor.

—Entonces, suba.

Caroline se apartó del muro y el hombre le tendió una callosa mano y la ayudó a subir, haciéndose a un lado para dejarle sitio. Su compañero, un hombre de mucha más edad que era el que conducía el camión dijo con aspereza:

—Espero que no tenga usted mucha prisa. La capa de nieve es muy profunda en la cima de la colina.

—No tengo prisa. Me basta con no tener que caminar.

—Claro, este tiempo es un asco.

El hombre metió la marcha, soltó el freno de mano y comenzaron a

moverse, pero era, en verdad, un avance muy lento. De vez en cuando, ambos hombres descendían y utilizaban las palas para retirar los montículos de guijarros que habían sido colocados estratégicamente al borde de la carretera. La humedad penetraba a través de las ventanillas de la cabina y Caroline notó que los pies se le convertían en dos témpanos de hielo en el interior de las botas demasiado grandes que calzaba.

Pero al fin llegaron a la cima de la última colina y el amable conductor le dijo:

—Allí está Strathcorrie.

Caroline vio que la campiña blanca y gris descendía hasta un profundo valle y un alargado y sinuoso lago en cuyas inmóviles aguas se reflejaba el color gris acero del cielo.

Al otro lado del lago las colinas volvían a subir y en sus laderas se veían las negras manchas de los pinos y los abetos. Más allá de las suaves cumbres se veían los picos de una lejana cordillera de montañas nortañas. Directamente abajo, apretujada alrededor del extremo más angosto del lago, se encontraba la localidad. Caroline vio la iglesia, unas callejuelas flanqueadas de casas grises y un pequeño muelle con espigones, amarraderos y unas pequeñas embarcaciones varadas durante el invierno.

—¿Qué lugar tan bonito! — exclamó Caroline.

—Sí -dijo el conductor-. En los meses de verano, viene mucha gente. Alquilan embarcaciones de vela y hay muchas casas de huéspedes, caravanas...

La carretera bajaba por la cuesta. Allí, por alguna extraña razón, la nieve no era tan profunda y avanzaron con más rapidez.

—¿Dónde quiere que la dejemos? — preguntó el conductor.

—En el hotel. El hotel Strathcorrie. ¿Sabe usted dónde está?

–Pues sí, lo conozco muy bien.

En el pueblo, las grises callejuelas estaban mojadas y la nieve se derretía en las calzadas y goteaba con sordo rumor desde los aleros de los tejados. La máquina quitanieves bajó por la calle principal, pasó por debajo de una arcada gótica construida para conmemorar cierto acontecimiento Victoriano largo tiempo olvidado y se detuvo delante de un alargado edificio de muros encalados en cuyo patio adoquinado un letrero indicaba la entrada.

Hotel Strathcorrie. Bienvenidos.

No había señal alguna de vida.

–¿Estará abierto? – preguntó Caroline en tono dubitativo.

–Sí que lo está. Lo que ocurre es que no hay mucho movimiento.

Caroline le dio las gracias por su amabilidad y bajó de la máquina quitanieves. Mientras ésta se alejaba, ella cruzó la calle y el patio adoquinado y entró por la puerta giratoria. Dentro el aire viciado olía a humo de cigarrillos y a col hervida. Había un deplorable cuadro de un corzo en una húmeda colina y un mostrador con la indicación de *Recepción*, pero nadie había allí para recibir. No obstante, había un timbre, y Caroline lo pulsó. Un momento después, salió una mujer de un despacho. Llevaba un vestido negro y unas gafas adornadas con brillantes de fantasía y no pareció que le hiciera mucha gracia que la interrumpieran en mitad de la tarde, y mucho menos que lo hiciera una chica vestida con téjanos, chubasquero y un gran pañuelo de algodón rojo anudado alrededor de la cabeza.

–¿Sí?

–Perdone que la moleste, pero quisiera hablar con Angus Cliburn.

–Ah -contestó inmediatamente la mujer-. Angus no está aquí -añadió como si se alegrara de poder facilitar aquella información.

Caroline simplemente la miró fijo. Por encima de su cabeza, un reloj de pared hacía ruidosamente tictac. En algún lugar de las regiones traseras del hotel, un hombre se puso a cantar. La mujer se acomodó las gafas.

—Estaba aquí, por supuesto -añadió, haciéndole una concesión a Caroline. Tras dudar un poco, preguntó-: ¿Le envió usted por casualidad un telegrama? Hay un telegrama para él, pero Angus ya se había ido cuando se recibió. — Abrió un cajón y sacó el sobre de color anaranjado-. Tuve que abrirlo, ¿comprende?, le habría comunicado que él no estaba, pero no figuraba ninguna dirección.

—No, claro...

—Estuvo aquí, sí. Trabajó aquí durante algo más de un mes. Echando una mano. Nos faltaba personal, ¿sabe usted?

—Pero, ¿dónde está ahora?

—Pues no sabría decírselo. Se fue con una señora estadounidense que lo contrató para que le condujera el coche. Se alojaba aquí y no tenía quien se lo condujera y, como nosotros ya habíamos encontrado un sustituto para Angus, dejamos que se fuera. Como chófer -añadió como si Caroline jamás hubiera oído aquella palabra.

—Pero ¿cuándo volverán?

—Oh, dentro de uno o dos días. A fines de semana, según dijo Mrs. McDonald.

—¿Mrs. McDonald?

—Sí, la señora estadounidense. Los antepasados de su marido eran originarios de esta región de Escocia. Por eso alquiló un coche para visitar lugares de interés y contrató a Angus como chófer.

A fines de semana. Eso significaba el viernes o el sábado. Pero Caroline y Jody tenían que estar de regreso en Londres el viernes. No podía esperar hasta el fin de semana. Se casaba el martes con Hugh y tenía que estar allí porque el lunes se haría un ensayo de la boda y Diana se pondría frenética, y había que ordenar todos los regalos.

Sus pensamientos iban de un lado para otro como un caballo extraviado. Trató de sobreponerse y decidió ser práctica. Pero entonces se dio cuenta de que no se le ocurría una sola cosa práctica que hacer ni decir. «No puedo más.» Eso era lo que pensaba. Entonces, cuando alguien dijera «No puedo más», Caroline sabría muy bien lo que quería decir.

La mujer del mostrador de recepción estaba empezando a impacientarse un poco con la espera.

—¿Tenía usted algún interés especial en ver a Angus?

—Sí, soy su hermana. Es muy importante.

—¿De dónde ha venido usted hoy?

—De Cairney -contestó Caroline sin pensar.

—Pero eso está a quince kilómetros y la carretera está bloqueada.

—Hice parte del camino a pie y después me recogió la máquina quitanieves.

Tendrían que esperar a Angus. A lo mejor, podrían alojarse en el hotel. Deseó haber llevado a Jody con ella.

—¿Tiene usted un par de habitaciones para nosotros?

—¿Nosotros?

—Me acompaña otro hermano, que ahora no ha venido conmigo.

—Un momento -dijo la mujer tras dudar un poco. Después regresó a su despacho para consultar un libro. Caroline esperó, apoyada contra el mostrador, pensando que de nada le serviría perder la calma como no fuera para ponerse nerviosa y enferma.

De pronto, volvió a experimentar un acceso de náuseas y una punzada en el estómago semejante a una cuchillada. La pilló totalmente por sorpresa como un horrible monstruo que aguardara al acecho a la vuelta de una esquina para abalanzarse sobre ella. Procuró no hacer caso, pero le fue imposible. Crecía, a una velocidad vertiginosa, igual que un enorme globo que se está hinchando con una bomba. Enorme, y tan intensamente doloroso que no quedaba espacio en su conciencia para otra cosa. El dolor la invadía y se extendía hasta el más lejano horizonte, cerró los ojos y oyó un sonido semejante al de un lejano timbre de alarma.

Y entonces, cuando ya pensaba que no lo podría resistir por más tiempo, el dolor empezó a disiparse, resbalándole de encima cual una prenda de vestir que acabara de quitarse. Poco después, abrió los ojos y vio el horrorizado rostro de la recepcionista. Se preguntó cuánto rato habría permanecido allí de aquella manera.

—¿Se encuentra usted bien?

—Sí -contestó, tratando de sonreír. Tenía el rostro empapado en sudor-. Habrá sido una indigestión, supongo. Ya me ha ocurrido otras veces. Y además la caminata...

—Le traeré un vaso de agua. Será mejor que se siente.

—Ya estoy bien.

Pero algo ocurría con la cara de aquella mujer; la veía extrañamente borrosa, acercándose y luego retirándose. La mujer estaba hablando, Caroline podía ver claramente que su boca se abría y se cerraba, pero de ella no salía sonido alguno. Extendió la mano para agarrarse al borde del mostrador, pero no lo consiguió, y lo último que pudo recordar fueron los

brillantes colores de los dibujos de la alfombra subiendo hacia ella para golpearle ruidosamente el costado de la cabeza.



OceanofPDF.com

Capítulo 5

Oliver no regresó a Cairney hasta las cuatro y media. Estaba muy cansado. Duncan Fraser, aparte haberle ofrecido un opíparo almuerzo, se había empeñado en discutir con él todos los aspectos y detalles económicos y legales de la compra de Cairney. Nada se había omitido y Oliver tenía la cabeza llena de datos y cifras. Superficies, cosechas, cabezas de ganado, valor de los edificios, estado de los graneros y las alquerías. Todo aquello era necesario, por supuesto, pero a él le había resultado extremadamente doloroso y por este motivo había efectuado el largo viaje de regreso a casa cuando ya estaba oscureciendo, sumido en un estado de profunda depresión, tratando de aceptar la verdad; o sea, que el hecho de desprenderse de Cairney, aunque el comprador fuera Duncan, se traduciría inevitablemente en la pérdida de una parte de sí mismo y de los últimos vínculos que lo ataban a su juventud.

El conflicto interior le había consumido toda la energía. Le dolía la cabeza y sólo podía pensar en el refugio de su casa, el consuelo de su sillón, su lugar junto al fuego y, posiblemente, una reconfortante taza de té.

La casa nunca le había parecido tan segura y consoladora.

Se dirigió con el Land-Rover al garaje, lo aparcó allí y entró por la puerta de la cocina. Encontró a Mrs. Cooper planchando, pero con los ojos clavados en la puerta. Al verlo, la mujer lanzó un suspiro de alivio y apoyó la plancha con un golpe.

—Ah, Oliver, esperaba que fuera usted. Oí el coche y recé para que fuera usted.

Algo en la expresión de su rostro indujo a Oliver a preguntarle:

—¿Ocurre algo?

—Es que la hermana del chico salió a dar un paseo y todavía no ha vuelto y ya está casi oscuro.

Oliver se quedó de pie donde estaba, sin quitarse el abrigo, tratando de digerir muy despacio la desagradable noticia.

—¿Cuándo salió?

—Después del almuerzo. Apenas probó bocado, sólo picó un poquito aquí y allá, comió menos de lo que necesita una mosca para mantenerse viva.

—Pero es que ya son... las cuatro y media.

—Por eso.

—¿Dónde está Jody?

—En el cuarto de los niños. Se encuentra bien y no está preocupado. Le he subido una taza de té al pobrecillo.

Oliver frunció el ceño.

—Pero, ¿adonde ha ido?

—No lo dijo. «Saldré a dar un paseo», me dijo. — En el rostro de Mrs. Cooper se advertían huellas evidentes de tensión-. No creerá usted que le ha ocurrido algo, ¿verdad?

—No me sorprendería -contestó siniestramente Oliver-. Es tan insensata que puede haberse ahogado en un charco.

—Oh, pobrecilla...

—De pobrecilla, nada, es un maldito incordio -dijo brutalmente Oliver.

Iba a dirigirse a la escalera de atrás para subir a ver a Jody y hacerle unas cuantas preguntas cuando, de pronto, sonó el teléfono. La primera reacción de Oliver fue pensar que, por fin, habían reparado las líneas. En cambio, Mrs. Oliver se acercó una mano al pecho y dijo:

—A lo mejor es la policía.

—Probablemente, no -dijo Oliver.

Pero, no obstante, se dio más prisa que de costumbre en salir de la cocina y dirigirse a la biblioteca para atender la llamada.

—Cairney -ladró.

—¿Es Cairney House? – preguntó una refinada voz femenina.

—Sí, Oliver Cairney al habla.

—Ah, Mr. Cairney, soy Mrs. Henderson y lo llamo desde el hotel Strathcorrie.

Oliver se preparó para lo peor.

—¿Sí?

—Aquí hay una señorita que vino a preguntar por su hermano, que trabajaba en este hotel... -«¿Trabajaba?»

—¿Sí:

—Dijo que se alojaba en Cairney.

—En efecto.

—Bueno pues, yo creo que debería usted venir a recogerla, Mr. Cairney.

Parece que no se encuentra muy bien, se desmayó y... vomitó -explicó la mujer, pronunciando la palabra a regañadientes como si fuera una grosería.

—¿Y cómo llegó a Strathcorrie?

—Recorrió parte del camino a pie, según dijo, y después la recogieron los de la máquina quitanieves.

Lo cual significaba, por lo menos, que la carretera estaba abierta.

—¿Y dónde se encuentra ahora?

—La he metido en la cama... parecía que estaba muy mal.

—¿Sabe ella que usted me ha llamado?

—No. He preferido no decírselo.

—Pues no se lo diga. No le diga nada. Déjela donde está hasta que yo vaya.

—Sí, Mr. Cairney. Lo siento.

—No se preocupe. Ha hecho usted muy bien en llamar. Estábamos muy preocupados. Gracias otra vez. Llegaré lo antes posible.

Caroline estaba dormida cuando él llegó. No, no dormida, sino suspendida en un delicioso estado intermedio entre el sueño y la vigilia; calentita y reconfortada por el roce de las mantas. Hasta que, de repente, el sonido de la profunda voz de Oliver atravesó su sopor cual si fuera un cuchillo y de inmediato estaba completamente despierta, alerta y con la cabeza despejada. Recordó haber contestado que se alojaba en Cairney y maldijo su atolondrada lengua. Pero el dolor ya había desaparecido y el sueño la había refrescado, de manera que cuando, sin tan siquiera un ligero golpe con los nudillos, Oliver abrió la puerta y entró, ella ya lo estaba esperando con todas las defensas a punto.

—Oh, qué lástima que se haya molestado en venir porque no me pasa nada. Mire -dijo, incorporándose en la cama-. Estoy perfectamente bien. — Oliver vestía abrigo gris y corbata negra. Caroline recordó a su difunto hermano y se apresuró a añadir:- Es que ha sido un paseo muy largo, aunque, por suerte, no lo fue tanto porque los de la máquina quitanieves me recogieron. — Oliver cerró la puerta con un golpe, se acercó a la cama y se apoyó en la barra de bronce de los pies de la cama-. ¿Ha traído a Jody? — le preguntó-. Porque podemos alojarnos aquí. Tienen habitaciones libres y es mejor que esperemos aquí hasta que vuelva Angus. Estará fuera durante dos días más, con una señora estadounidense...

—Cállate -dijo Oliver.

Nadie le había hablado jamás a Caroline en semejante tono, por lo que ésta enmudeció de golpe.

—Te dije que te quedaras en Cairney y que esperaras allí.

—No podía.

—¿Por qué no?

—Porque Jody me contó lo de su hermano. Mrs. Cooper se lo dijo a Jody. Fue terrible que nos presentáramos nosotros así sin más. Lo sentí muchísimo... no lo sabía.

—¿Y cómo hubieras podido saberlo?

—... pero precisamente en un momento así.

—Qué más da un momento u otro -replicó Oliver con aspereza-. ¿Cómo te encuentras ahora?

—Perfectamente bien.

—Te has desmayado -dijo Oliver casi en tono de acusación.

—Es una tontería, yo nunca me desmayo.

—Lo que ocurre es que apenas comes. Si eliges ser tan imbécil, mereces desmayarte. Ahora ponte el chubasquero y te llevaré a casa.

—Pero ya le he dicho que podemos alojarnos aquí. Esperaremos a Angus aquí.

—Podéis esperarlo en Cairney -dijo Oliver, se acercó a la silla y recogió el chubasquero negro.

Caroline frunció el ceño diciendo:

—¿Y si yo no quiero ir? No tengo por qué hacerlo.

—¿Y si hicieras por una vez lo que te dicen? ¿Y si pensaras un poquito en los demás en lugar de pensar tan sólo en ti misma? Mrs. Cooper tenía la cara gris cuando yo regresé, pues no dejaba de pensar en toda clase de desgracias espantosas que podrían haberte sucedido.

Caroline experimentó una punzada de remordimiento.

—¿Y Jody?

—Está bien. Lo he dejado mirando la televisión. Bueno, ¿vienes o no?

No le quedaba más remedio. Caroline se levantó de la cama, dejó que él la ayudara a ponerse el chubasquero, se calzó las botas de goma y lo siguió sumisamente a la planta baja.

—¡Mrs. Henderson!

La mujer salió del despacho y permaneció de pie detrás del mostrador de recepción cual una servicial dependienta de tienda.

–Ah, ya la ha encontrado usted, Mr. Cairney, eso está bien. – Levantó la hoja plegadiza del mostrador y se acercó a ellos-. ¿Cómo se encuentra, querida? – le preguntó a Caroline.

–Muy bien -contestó Caroline-. Gracias -añadió algo tardíamente, pues le resultaba un poco difícil perdonarle a Mrs. Henderson el que hubiera telefoneado a Oliver.

–No tiene importancia. Cuando regrese Angus...

–Dígale que su hermana está en Cairney -dijo Oliver.

Caroline se encaminó hacia la puerta. A su espalda, Oliver le dio una vez más las gracias a Mrs. Henderson y ambos salieron al frío y ventoso crepúsculo. La joven subió al Land-Rover con gesto profundamente abatido.

Hicieron el viaje en silencio. El anunciado deshielo había convertido la nieve en barro y en lo alto de la colina la carretera estaba relativamente despejada... El viento del oeste apartaba las nubes grises y dejaba entre ellas unos claros espacios de cielo brillante del color de los zafiros. Por la ventanilla abierta del Land-Rover entraba el olor de la tierra y la turba mojada. Unos zarapitos levantaron el vuelo desde la orilla de un pequeño lago rodeado de carrizales y, de repente, pareció posible que los desnudos árboles pronto volverían a llenarse de brotes y llegaría la primavera tanto tiempo esperada.

Caroline evocó la velada en Londres en que se había ido al Arabella con Hugh. Recordó el reflejo anaranjado de las luces de la ciudad en el cielo, y cómo había bajado la ventanilla y dejado que el viento la despeinara y había deseado estar en el campo. De eso hacía apenas tres o cuatro días y, sin embargo, en ese momento le parecía una eternidad. Como si todo le hubiera sucedido a otra chica en otro momento.

Una ilusión. Ella era Caroline Cliburn y tenía por delante un montón de problemas sin resolver. Era Caroline Cliburn e iba a tener que regresar a Londres antes de que se produjera un desastre. Era Caroline Cliburn e iba a casarse con Hugh Rashley. El martes.

Eso era lo real. Para hacerlo más real, se imaginó la casa de Milton Gardens llena a rebosar de regalos de boda. El vestido blanco colgado en su armario, los de la empresa de organización de banquetes presentándose con sus mesas de caballete y sus blancos y almidonados manteles de damasco. Pensó en las burbujeantes copas de champán, en el ramillete de gardenias, en los taponazos de los corchos y en los tópicos de los discursos; y pensó en Hugh, el atento y organizado Hugh que nunca le había levantado la voz y que jamás se había permitido decirle que se callara.

Todavía le dolía. Indignada ante el recuerdo, dejó que el resentimiento aumentara. Resentimiento hacia Angus por haberla dejado en la estacada justo cuando más lo necesitaba, largándose con una viuda de título estadounidense sin dejar su dirección ni la fecha de su regreso ni algo concreto.

Resentimiento hacia Mrs. Henderson, con sus gafas adornadas con brillantes de fantasía y su aire de humilde eficiencia, por haber telefoneado a Oliver Cairney en unos momentos en que lo que menos deseaba era que volviera a entrometerse en sus asuntos. Y, finalmente, resentimiento hacia el propio Oliver, aquel hombre dominante que había asumido una carga totalmente injustificada en nombre de la hospitalidad.

El Land-Rover coronó la cima de la colina y la carretera empezó a descender hacia Cairney. Oliver cambió de marcha y los neumáticos se hundieron profundamente en la nieve fangosa. El silencio que reinaba entre ambos estaba preñado de reproches. Caroline deseó que él le dijera algo. Cualquier cosa. Todos sus resentimientos estaban concentrados en una irritación dirigida exclusivamente contra él, y que creció progresivamente hasta que ya no pudo contenerla y entonces dijo, con total frialdad:

—Esto es ridículo.

–¿Qué es ridículo? – preguntó él con igual frialdad.

–Toda esta situación. Todo.

–No conozco la situación lo suficiente para hacer un comentario. En realidad, aparte el hecho de saber que tú y Jody os presentasteis en Cairney en medio de una tormenta de nieve, estoy completamente en blanco.

–No es asunto de su incumbencia -dijo Caroline, hablando en un tono de voz más grosero de lo que hubiera querido.

–El asunto que a mí me incumbe en este momento es cuidar de que tu hermano no siga sufriendo las consecuencias de tus idioteces.

–Si Angus hubiera estado en Strathcorrie...

Oliver no le dejó terminar la frase.

–Eso es hipotético. Él no estaba. Y tengo la extraña sensación de que a ti no te sorprendió demasiado. ¿Qué clase de persona es?

Caroline mantuvo lo que pretendía que fuera un silencio digno.

–Ya comprendo -dijo Oliver en el presumido tono de voz de quien lo entiende todo.

–No, usted no comprende. No sabe absolutamente nada de él y no tiene ni idea.

–Oh, cállate -dijo, Oliver implacablemente, por segunda vez.

Caroline apartó el rostro y miró por la ventanilla para que él no viera ni adivinara las amargas lágrimas que súbitamente habían asomado a sus ojos.

La impresionante mole cuadrada de la casa se levantaba en medio de la

oscuridad del crepúsculo, derramando a su alrededor la difusa luz que se filtraba a través de las cortinas corridas. Oliver detuvo el Land-Rover delante de la puerta y se bajó, y lentamente y a regañadientes, Caroline también se bajó y lo siguió subiendo los peldaños y pasó a su lado mientras él le sostenía la puerta abierta para cederle el paso. Sintiéndose como una niña traviesa a la que acabaran de regañar, ni siquiera lo miró. La puerta se cerró con un golpe, e inmediatamente, como si el sonido hubiera sido una señal, se oyó la voz de Jody. Después se abrió una puerta y se oyó el rumor de sus pisadas, acercándose por el pasillo de la cocina. El niño entró corriendo y se detuvo en seco al ver que sólo había allí dos personas. Su mirada se dirigió hacia la puerta situada detrás de Caroline y luego se posó de nuevo en el rostro de su hermana. Estaba absolutamente inmóvil.

—¿Y Angus? — preguntó.

Había esperado que su hermana regresara con Angus.

—Angus no estaba -contestó Caroline, lamentando tener que decírselo.

Se produjo un silencio, tras el cual Jody dijo con aire casual:

—No lo encontraste.

—Ha estado trabajando allí. Pero estará ausente unos días -añadió Caroline, procurando aparentar confianza-. Volverá dentro de uno o dos días. No hay por qué preocuparse.

—Pero Mrs. Cooper dijo que estabas enferma.

—No lo estoy -se apresuró a decir Caroline.

—Pero ella dijo...

—Lo único que le pasa a tu hermana -lo interrumpió Oliver- es que nunca hace lo que le dicen y apenas come. — Mientras Oliver se desabrochaba el abrigo de tweed y lo dejaba encima del extremo de la barandilla, Jody

observó que su anfitrión estaba muy molesto-. ¿Dónde está Mrs. Cooper?

—En la cocina.

—Ve a decirle que todo ha ido bien, que he traído a Caroline a casa y que se irá a la cama, cenará un poco y mañana estará como nueva. — Al ver que Jody vacilaba, Oliver se le acercó, lo giró sobre sus talones y lo empujó suavemente en dirección a la cocina-. Anda. No tienes por qué preocuparte, te lo aseguro.

Jody se marchó. La puerta de la cocina se cerró, en la distancia oyeron la voz del niño comunicando el mensaje. Oliver se volvió hacia Caroline.

—Y ahora -dijo con engañosa cordialidad- te irás a la cama y Mrs. Cooper te subirá la cena en una bandeja. Así de sencillo.

El tono de su voz despertó en ella una antigua e insólita terquedad. Una terquedad que, ocasionalmente, le había permitido salirse con la suya en su infancia y que había vencido las objeciones de su madrastra a la idea de que ella se matriculara en la Escuela de Arte Dramático. Tal vez Hugh había adivinado aquel rasgo de su carácter, pues siempre la había tratado con extrema delicadeza, procurando convencerla y engatusarla en la seguridad de que ella no habría permitido que alguien la mandara.

En ese momento Caroline sopesó la posibilidad de hacer la gran escena final, pero, al ver que Oliver Cairney se mantenía en sus trece con implacable cortesía, su determinación se desvaneció. Buscando excusas para su capitulación se dijo que estaba cansada, demasiado cansada para enzarzarse en ulteriores discusiones. La idea de la cama, el calor y la intimidad de su habitación le resultó de repente extremadamente tentadora. Sin una palabra, se apartó de él y subió la escalera peldaño a peldaño, deslizando la mano por toda la larga y lustrosa barandilla.

En cuanto ella se hubo ido, Oliver se encaminó hacia la cocina, donde encontró a Mrs. Cooper preparando la cena y a Jody, sentado a la mesa, bregando con un viejo rompecabezas que, una vez completado, ofrecería la

imagen de una antigua locomotora de vapor. Oliver reconoció aquel rompecabezas y recordó haberlo hecho con la ayuda de su madre y de Charles mientras él y su hermano pasaban las largas tardes encerrados en casa a la espera de que cesara la lluvia para poder salir de nuevo a jugar en el jardín.

—Lo estás haciendo muy bien -le dijo a Jody, inclinándose por encima de su hombro.

—No encuentro esta pieza del cielo y el trozo de rama. Si la encontrara, podría juntarla con esta otra.

Oliver empezó a buscar la esquivada pieza. Desde los fogones, Mrs. Cooper preguntó:

—¿Está bien la señorita?

—Sí, está bien -contestó Oliver sin levantar la vista-. Se ha ido a la cama.

—¿Qué le ha pasado? — preguntó Jody.

—Se desmayó y después vomitó.

—A mí me fastidia mucho vomitar.

—A mí también -convino Oliver con una sonrisa.

—Le estoy preparando un buen caldo -dijo Mrs. Cooper-. Cuando una no se encuentra bien, lo último que desea es una cena pesada.

Oliver se mostró de acuerdo con ella, encontró la pieza del rompecabezas que faltaba y se la entregó a Jody.

—¿Qué te parece?

—Es ésta -exclamó Jody, entusiasmado ante la habilidad de Oliver-. Gracias,

la tenía delante de las narices sin darme cuenta de que era la que buscaba. – El niño levantó la vista y sonrió-. Es mejor hacerlo entre dos, ¿verdad? ¿Me seguirá ayudando?

–Bueno, ahora tomaré un baño, luego me prepararé un trago y más tarde cenaremos juntos tú y yo. Pero, después de la cena, veremos si podemos completar el rompecabezas.

–¿Era suyo?

–No recuerdo si era mío o de Charles.

–Es un tren muy bonito.

–Las locomotoras de vapor eran espléndidas. Metían un ruido tremendo.

–Lo sé. Las he visto en las películas.

Ya bañado y vestido, Oliver estaba a punto de bajar a la biblioteca para prepararse una copa cuando, de repente, recordó que aquella noche tenía que cenar en Rossie Hill. Sin embargo, el sobresalto que experimentó no fue tan grande como la sorpresa de haberse olvidado por completo de la cita. A pesar de haber visto a Duncan Fraser a la hora del almuerzo y de haber comentado incluso la proyectada cena, los vertiginosos acontecimientos de la tarde y el anochecer habían borrado por completo aquel tema de su mente.

Y en ese momento eran las siete y media y él no llevaba un traje de vestir, sino un viejo jersey de cuello cisne y unos desteñidos pantalones de pana. Durante un momento dudó, proyectando hacia fuera el labio inferior y tratando de tomar una decisión, pero, al fin, su mente se concentró en la imagen de Jody, que se había pasado la tarde tristemente solo y a quien había prometido hacer compañía y ayudar a completar el rompecabezas. Eso lo hizo decidirse. Se dirigió a la biblioteca, levantó el auricular y marcó el número de Rossie Hill. Después de un momento, Liz contestó la llamada.

—¿Diga?

—Liz.

—Ah, Oliver, ¿llamas para decir que te vas a retrasar? Si es así, no te preocupes, porque yo he olvidado poner el faisán en el horno y además...

—No -la interrumpió Oliver-, no llamaba por eso, sino para cancelar la cena. Me es imposible ir.

—Pero... yo... papá dijo... -Y luego cambió por completo el tono de voz:- ¿Te ocurre algo? — Era como si ella pensara que, de pronto, se había vuelto loco-. No estás enfermo, ¿verdad?

—No. Es que no puedo ir... ya te lo explicaré...

—¿No será por algo relacionado con la chica y el niño que tienes hospedados en Cairney? — preguntó fríamente Liz.

Oliver estaba asombrado. Nada le había comentado a Duncan sobre los Cliburn, no porque tuviera intención de ocultarlo, sino simplemente porque ambos habían tenido otros temas más importantes de que hablar.

—¿Cómo lo supiste?

—Oh, los rumores. No olvides que nuestra ama de llaves, Mrs. Douglas, es la cuñada de Cooper. Aquí no puedes guardar un secreto, Oliver. A estas alturas ya deberías saberlo.

Oliver se sintió vagamente irritado, como si Liz lo estuviera acusando de ser un embustero.

—No es un secreto.

—¿Todavía están ahí?

–Sí.

–Tendré que ir a investigar. Me intriga mucho.

Oliver hizo caso omiso de la insinuación, y cambió de tema.

–¿Me perdonas por ser tan descortés esta noche y avisarte con tan poco tiempo?

–No te preocupes. Son cosas que ocurren de vez en cuando. Eso quiere decir que habrá más faisán para papá y para mí. Pero ven otra noche.

–Si me invitas.

–Te estoy invitando. – Pero su voz sonaba todavía un poco crispada-. Lo único que tienes que hacer, una vez hayas arreglado tu vida social, es telefonearme.

–Lo haré -dijo Oliver.

–Adiós pues.

–Adiós.

Pero antes de que la palabra surgiera de su boca, Liz ya había colgado.

Estaba molesta con él y con razón. Oliver pensó con anhelo en la mesa cuidadosamente puesta para la cena, las velas, el faisán y el vino. Una cena en Rossie Hill era una ocasión que jamás se podía despreciar. Soltó una maldición por lo bajo, aborreciendo con toda su alma aquel día y deseando que terminara. Se preparó una copa más fuerte que de costumbre, le añadió un poco de soda, bebió un buen trago con aire ausente y, sintiéndose vagamente reconfortado, fue en busca de Jody.

Pero no consiguió llegar hasta él. En el pasillo se encontró con Mrs.

Cooper, la cual sostenía una bandeja en la mano y mostraba en su rostro una extraña expresión casi furtiva. Al verlo, ella apuró el paso para poder entrar en la cocina antes de que él le diera alcance.

—¿Qué ocurre, Mrs. Cooper?

Con la espalda contra la puerta de vaivén, ella se detuvo y lo miró angustiada.

—No ha querido probar bocado, Oliver. — Este contempló la bandeja y luego levantó la tapa del tazón de sopa. El vapor se elevó, formando una fragante nube-. He hecho todo lo posible. Le he comunicado lo que usted había dicho, pero no ha querido probar bocado. Dice que tiene miedo de volver a vomitar.

Oliver volvió a tapar el tazón de sopa, dejó el vaso de whisky en la bandeja y se la quitó de las manos a Mrs. Cooper.

—Lo veremos -dijo.

Ya no estaba cansado ni deprimido, sino simplemente enojado y exasperado. Subió los peldaños de la escalera de dos en dos, recorrió el pasillo e irrumpió en la habitación de invitados de Cairney sin llamar a la puerta. Caroline se hallaba tendida en el centro de la enorme cama de matrimonio cubierta por una colcha rosa, bajo la suave luz de la lámpara de la mesilla de noche con pantalla también rosa, con las almohadas desparramadas por el suelo.

Su irritación creció al verla de esa manera. Era una condenada niña que se había presentado en su casa, había puesto todo patas arriba, le había estropeado la velada y, finalmente, se había tendido en la cama de invitados, negándose a comer y volviéndolos locos a todos. Cruzó la estancia a grandes zancadas y depositó la bandeja en la mesilla de noche con un golpe. La lámpara se sacudió levemente y el whisky salpicó fuera del vaso.

Ella le miró fijamente desde la cama con los ojos enormemente abiertos y el

enmarañado cabello derramándose a su alrededor cual madejas de suave seda. Sin una palabra, Oliver recogió las almohadas, tiró de sus brazos para incorporarla y se las colocó detrás de la espalda como si fuera una muñeca de trapo incapaz de sentarse sola.

Su expresión era extremadamente belicosa y mantenía el labio inferior fruncido y proyectado hacia fuera como una niña consentida. Oliver cogió la servilleta de la bandeja y se la anudó alrededor del cuello como si quisiera estrangularla. Después, destapó el tazón de sopa.

—Si me obliga a comer eso -dijo Caroline con toda claridad-, vomitaré.

Oliver tomó la cuchara.

—Y, si vomitas, te daré una zurra.

El labio inferior se estremeció ante la injusticia de semejante trato.

—¿Ahora o cuando me restablezca de nuevo?

—En ambas ocasiones -comentó brutalmente Oliver-. Y ahora, abre la boca.

Cuando ella obedeció, más a causa del asombro que de otra cosa, él le introdujo la primera cucharada. Mientras la tragaba, la muchacha experimentó unas leves náuseas y le dirigió una mirada de suplicante reproche, a lo cual él contestó arqueando una ceja en gesto de advertencia. Caroline tragó la segunda cucharada. Y la tercera. Y la cuarta. Para entonces ya se había echado a llorar. Sus ojos se llenaron silenciosamente de lágrimas, luego se derramaron y descendieron profusamente por sus mejillas. Oliver las ignoró y le siguió dando implacablemente el caldo. Cuando lo terminó, Caroline estaba llorando a mares. Oliver apoyó el tazón vacío en la bandeja y le dijo sin la menor compasión:

—Lo ves, no has vomitado.

Caroline sollozó ruidosamente, incapaz de contestar. De repente, la ira de

Oliver se desvaneció y éste sintió ganas de sonreír, presa de un irreprimible sentimiento de ternura. El estallido de cólera, cual una tronada, había despejado su aire personal, y de pronto se sintió completamente tranquilo y relajado y empezó a ver las inquietudes y frustraciones del día en la debida perspectiva. Lo único que quedaba era aquella tranquila y bonita estancia, el suave fulgor rosado de la lámpara de la mesilla de noche, los restos del whisky en el vaso y la joven Caroline Cliburn finalmente alimentada y apaciguada.

Le desanudó la servilleta del cuello y se la entregó.

—Quizá te sirva de pañuelo -apuntó.

Ella le dirigió una mirada de gratitud y la cogió, se secó las mejillas y los ojos y, por último, se sonó fuertemente la nariz. Un mechón de cabello que le rozaba la mejilla estaba húmedo de lágrimas, él se lo apartó con un dedo y se lo colocó detrás de la oreja.

Fue un pequeño gesto instintivo de consuelo, pero el inesperado contacto físico provocó una reacción en cadena. Durante un instante, el rostro de Caroline se llenó de asombro, y luego de una abrumadora sensación de alivio. Como si fuera lo más natural del mundo, se inclinó hacia adelante y comprimió la frente contra la áspera lana del jersey de Oliver y entonces éste le rodeó los frágiles hombros con sus brazos y la atrajo hacia sí, rozando con la barbilla su sedoso cabello. Pudo percibir su fragilidad, sus huesos y los latidos de su corazón. Al cabo de un momento, le dijo:

—Creo que tendrás que decirme lo que sucede, ¿no te parece?

Caroline asintió, rozándole el pecho con la cabeza.

—Sí -dijo con un hilillo de voz-. Yo también lo creo.

Empezó con el lugar donde todo había empezado, en Afros.

—Nos fuimos a vivir allí cuando murió mi madre. Jody era muy pequeño,

aprendió a hablar el griego antes que el inglés. Mi padre era arquitecto y se trasladó allí para proyectar casas, pero entonces los ingleses empezaron a descubrir Afros y a quedarse a vivir en aquel lugar, por lo que mi padre acabó por convertirse en una especie de agente inmobiliario, comprando viviendas y supervisando los trabajos de remodelación y cosas por el estilo. Quizá Angus habría sido distinto si se hubiera educado en Inglaterra. No lo sé. Pero el caso es que asistimos a las escuelas locales porque mi padre no podía permitirse el lujo de enviarnos a Inglaterra. – Caroline interrumpió su relato para tratar de explicar la cuestión de Angus-. Él siempre había llevado una vida muy libre. Mi padre nunca se preocupó por nosotros ni por dónde estábamos, sabía que no corríamos peligro. Angus se pasaba el día con los pescadores y, cuando abandonó la escuela, se quedó en Afros y a nadie se le ocurrió la posibilidad de que algún día pudiera conseguir un trabajo. Fue entonces cuando apareció Diana.

–Tu madrastra.

–Sí. Viajó a la isla para comprarse una casa y le pidió a mi padre que actuara como su agente. Pero no compró la casa, porque se casó con él y se quedó a vivir con nosotros.

–¿Y eso cambió mucho la situación?

–La de Jody, sí. Y también la mía. Pero no la de Angus. Jamás.

–¿Te gustaba tu madrastra?

–Sí. – Caroline empezó a doblar con toda precisión y cuidado el borde de la sábana como si fuera una tarea que le hubiera encomendado Diana y ella tuviera que cumplirla de acuerdo con sus indicaciones-. Sí, me gustaba. Y a Jody también. Pero Angus ya era demasiado mayor para dejarse influir por ella y ella... era demasiado lista para tratar de influir en él. Después murió mi padre, y ella dijo que todos debíamos regresar a Londres, pero Angus no quiso, aunque tampoco quería quedarse en Afros. Se compró un Mini Moke de segunda mano y se fue a la India, cruzando Siria y Turquía. De vez en cuando recibíamos postales suyas desde lugares remotos, pero poco más.

–Pero tú regresaste a Londres, ¿verdad?

–Sí. Diana tenía una casa en Milton Gardens. Allí es donde todavía vivimos.

–¿Y Angus?

–Estuvo allí una vez, pero no dio resultado. Él y Diana tuvieron una tremenda trifulca porque él no quería adaptarse, ni cortarse el pelo, ni afeitarse la barba, ni ponerse zapatos. Ya sabe. De todos modos, para entonces Diana ya se había casado de nuevo, con un antiguo novio suyo llamado Shaun Carpenter. Por consiguiente, ahora es Mrs. Carpenter.

–¿Y cómo es Mr. Carpenter?

–Es simpático, pero no tiene un carácter lo suficientemente enérgico para enfrentarse con Diana. Ella se sale siempre con la suya, manipula a la gente y nos hace bailar a todos al son que toca. Pero lo hace con el mayor tacto posible, es difícil de describir.

–¿Y tú qué hiciste entretanto?

–Terminé la escuela y me matriculé en la Escuela de Arte Dramático. – Caroline miró a Oliver con una leve sonrisa-. A Diana no le gustaba. Temía que me convirtiera en una hippy o una drogadicta o me volviera como Angus.

–¿Y eso fue lo que ocurrió? – preguntó Oliver sonriendo.

–No. Pero es que ella también dijo que yo no saldría adelante y tuvo razón. Terminé bien los estudios e incluso conseguí trabajo en un teatro, pero entonces... -Caroline se detuvo y vio que Oliver la miraba con expresión comprensiva. Resultaba muy fácil conversar con él. Se había pasado todo el día insinuándole de mil maneras distintas que la consideraba una tonta, pero ella sabía instintivamente que no la hubiera llamado tonta por el simple

hecho de haberse enamorado del hombre equivocado-... bueno, resulta que empecé a salir con un chico, pero supongo que fui muy estúpida e inocente al pensar que él quería seguir saliendo conmigo. Los actores son criaturas muy resueltas, y él era muy ambicioso y estaba muy dedicado en su carrera. Empezó a abrirse camino y a mí me dejó atrás. Se llamaba Drennan Colefield y ahora es muy famoso. Puede que haya usted oído hablar de él...

—Sí.

—... se casó con una actriz francesa y creo que ahora viven en Hollywood. Va a rodar toda una serie de películas. En cualquier caso, después de lo de Drennan todo me empezó a salir mal, contraí una pulmonía y, al fin, no tuve más remedio que dejarlo.

Caroline empezó a doblar de nuevo el borde de la sábana.

—¿Y Angus? —preguntó Oliver, espoleándola suavemente-. ¿Cuándo apareció en Escocia?

—Jody recibió una carta suya hace cosa de una o dos semanas. Pero no me lo dijo hasta el domingo pasado por la noche.

—¿Y por qué era tan importante volver a verlo?

—Porque Diana y Shaun se van a vivir a Canadá. Shaun ha sido destinado a Canadá y se irán en cuanto... bueno, muy pronto. Piensan llevarse a Jody. Y Jody no quiere ir, aunque Diana no lo sabe. Pero me lo dijo y me pidió que viniera a Escocia con él para encontrar a Angus. Pensó que, a lo mejor, Angus podría regresar a Londres y buscar una casa para vivir con él. De manera que Jody no tendría que marcharse.

—¿Es probable que eso ocurra?

—No creo -contestó Caroline con toda sinceridad-. Pero tenía que intentarlo, por el bien de Jody.

—¿No podría Jody quedarse contigo?

—No.

—¿Por qué no?

Caroline se encogió de hombros.

—No daría resultado y, de todos modos, Diana nunca lo consentiría. Angus es distinto. Tiene veinticinco años y, si quisiera quedarse con Jody, Diana no se lo podría impedir.

—Comprendo.

—Por eso vinimos en su busca. Y le pedimos prestado el coche a Caleb Cash. Es un amigo de mi padre, pero vive en Londres, en el apartamento que hay al fondo del jardín de la casa de Diana. Quiere mucho a Diana, pero creo que no aprueba la manera en que ésta nos organiza a todos y dirige nuestras vidas. Por eso nos prestó el coche, con la condición de que le dijéramos a dónde íbamos.

—¿Pero no se lo dijisteis a Diana?

—Dijimos que veníamos a Escocia. Eso fue todo. Le dejamos una carta. Si le hubiéramos dado más explicaciones, nos hubiera alcanzado antes de que llegáramos aquí. Ella es así.

—¿Y no crees que estará muy preocupada por vosotros?

—Supongo que sí. Pero le dijimos que regresaríamos el viernes...

—Pero no regresaréis si Angus no vuelve.

—Lo sé.

—¿No crees que sería conveniente llamarla?

–No. Todavía no. Por el bien de Jody, no debemos hacerlo.

–Estoy seguro de que ella lo comprendería.

–Hasta cierto punto, pero no del todo. Si Angus fuera una persona distinta... -Su voz se perdió en el desánimo.

–Y ahora, ¿qué vamos a hacer? – preguntó Oliver.

Aquel «vamos» la desarmó.

–No lo sé -contestó sin que en su rostro se advirtiera el menor indicio de desesperación. Y luego añadió con optimismo-: ¿Esperar?

–¿Durante cuánto tiempo?

–Hasta el viernes. Entonces le prometo que llamaremos a Diana y regresaremos a Londres.

Oliver reflexionó y, finalmente, accedió un poco a regañadientes.

–No es que esté muy conforme -añadió.

Caroline sonrió.

–Eso no es nuevo. Ha estado demostrando desaprobación desde que cruzamos el umbral de su puerta.

–Tienes que reconocer que mi desaprobación estaba bastante justificada.

–La única razón por la que hoy me fui a Strathcorrie fue el haberme enterado de lo de su hermano. No habría ido si no hubiera sido por eso. Me sentí muy avergonzada al saber que nos habíamos presentado en esta casa en un momento tan desesperado.

—Ya no es desesperado. Todo terminó.

—¿Qué va usted a hacer?

—Vender Cairney y regresar a Londres.

—¿No le parece una cosa muy triste?

—Sí, es triste, pero no el fin del mundo. Cairney, tal como la recuerdo, está dentro de mi cabeza, indestructible. No es tanto por la casa cuanto por las cosas que en ella ocurrieron. Son la base de una vida muy dichosa. Y no voy a perder un ápice de todo eso ni siquiera cuando llegue a viejo y tenga el cabello blanco y la boca desdentada.

—Como Afros -dijo Caroline-. Afros es algo así para Jody y para mí. Todas las cosas agradables que me ocurren lo son porque me recuerdan a Afros. El sol, las casas blancas, los cielos azules, las brisas marinas y el perfume de los pinos y de los geranios en las macetas. ¿Cómo era su hermano? ¿Se parecía a usted?

—Era muy simpático, la persona más simpática del mundo, y no se parecía a mí.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era pelirrojo y muy trabajador y estaba hundido hasta las cejas en Cairney. Un buen agricultor y un hombre bueno a carta cabal.

—Si Angus hubiera sido así, las cosas habrían sido muy distintas.

—Si Angus hubiera sido como mi hermano Charles, vosotros jamás habríais venido a Escocia en su busca, jamás habríais venido a Cairney, y entonces yo no os habría conocido.

—No creo que eso sea muy bueno.

–Pero sin duda es eso que Mrs. Cooper calificaría de una «experiencia».

Ambos se echaron a reír juntos. Su risa fue interrumpida por una llamada a la puerta. Cuando Caroline dijo «Adelante», se abrió la puerta y Jody asomó la cabeza.

–Jody.

El niño entró muy despacio en la habitación.

–Oliver, Mrs. Cooper dice que le diga que su cena está lista.

–Santo cielo, ¿tan tarde es ya? – Oliver miró su reloj-. Muy bien. Ya voy.

Jody se acercó a su hermana.

–¿Te encuentras mejor ahora?

–Sí, mucho mejor.

Oliver se levantó, recogió la bandeja vacía y se encaminó hacia la puerta.

–¿Qué tal va el rompecabezas? – preguntó.

–Ya he hecho un poco más, pero no demasiado.

–Nos quedaremos toda la noche, hasta que lo terminemos. Y ahora tú procura dormir -añadió Oliver, dirigiéndose a Caroline-. Te veremos por la mañana.

–Buenas noches -dijo Jody.

–Buenas noches, Jody.

Cuando se fueron, Caroline apagó la lámpara de la mesilla de noche. La luz de las estrellas penetraba a través de las cortinas medio descorridas. Se oyó

la llamada de un zarapito mientras una leve brisa agitaba las copas de los altos pinos. Cuando ya estaba a punto de dormirse se le ocurrieron dos curiosos y desconcertantes pensamientos.

El primero de ellos fue el de que, después de tanto tiempo, por fin había logrado superar su relación con Drennan Colefield. Había hablado de él y pronunciado su nombre sin la menor emoción. Era algo que ya pertenecía al pasado, acabado y terminado, y era como si se hubiera quitado un enorme peso de encima. Volvía a ser libre.

El segundo pensamiento fue todavía más desconcertante. Pues, a pesar de que le había revelado a Oliver todo lo demás, no había sido capaz de mencionarle a Hugh. Estaba segura de que tenía que haber una razón... había una razón para todo... pero se quedó dormida antes de poder descubrir cuál era.



Capítulo 6

A la mañana siguiente ya era el mes de abril y había llegado la primavera. Así, sin más. Había cesado el viento, el sol brillaba en un cielo sin nubes y el barómetro había subido y con él la temperatura. El aire era suave y templado y olía a tierra recién removida. La nieve se fundió por completo, dejando al descubierto los primeros brotes de amarilis y de azafranes tempranos y, bajo las hayas, surgió de pronto una alfombra de minúsculos acónitos amarillos. Los pájaros cantaban, las puertas se abrían para dar la bienvenida al buen tiempo y las cuerdas de tender la ropa se llenaron de repente de cortinas, mantas y otras pruebas de limpieza primaveral.

Hacia las diez de la mañana sonó el teléfono en Rossie Hill. Duncan Fraser había salido, pero Liz estaba en casa, haciendo un arreglo floral con ramas de sauce y altos narcisos. Dejó las tijeras de podar, se secó las manos y fue a contestar.

—¿Diga?

—¡Elizabeth!

Liz frunció el ceño. Era su madre desde Londres, hablando en tono expectante. La joven aún estaba dolida por el brusco desaire de Oliver la noche antes y, por consiguiente, su estado de ánimo no era el mejor.

Sin embargo, Elaine Haldane no iba a saberlo.

—Cariño, ya sé que te parecerá un poco raro que te llame por la mañana, pero es que quiero saber cómo fue todo. Sabía que tú no me llamarías, así que... ¿Qué tal fue la cena anoche?

Liz, resignada, acercó una silla y se sentó.

—No fue -contestó.

—¿Qué quieres decir?

—A último momento, Oliver no pudo venir. No hubo cena.

—Oh, cariño, qué decepción, y yo que estaba deseando que me lo contaras todo. Parecías tan ilusionada. — Elaine hizo una pausa y, como su hija no le facilitó más información, preguntó-: No os habréis peleado, ¿verdad?

Liz soltó una breve carcajada.

—No, por supuesto que no. Es que él no pudo venir. Supongo que debe estar muy ocupado. Papá lo invitó a almorzar ayer y se pasaron todo el rato hablando de negocios. Por cierto, papá va a comprar Cairney.

—Bueno, eso de alguna manera lo mantendrá ocupado -dijo Elaine en tono levemente irritado-. Oh, pobre Oliver, menuda situación. Está pasando un mal momento. Tienes que ser muy paciente y muy comprensiva, cariño.

A Liz no le apetecía seguir hablando de Oliver. Para cambiar de tema, preguntó:

—¿Qué tal va todo en la gran ciudad?

—Están ocurriendo muchas cosas. Aún tardaremos una o dos semanas en regresar a París. Parker está ocupado con una delegación de los bomberos de Nueva York y, por consiguiente, tenemos que quedarnos aquí. Es muy divertido ver a la gente y averiguar toda clase de noticias. Ah, ya sé lo que tengo que contarte. Ha ocurrido una cosa tremenda.

Liz reconoció en la voz de su madre el tono de chismorreos y comprendió que la llamada se prolongaría por lo menos otros diez minutos más. Sacó un cigarrillo y se dispuso a escuchar.

—Ya conoces a Diana Carpenter y a Shaun, ¿verdad? Bueno, los hijastros de Diana han desaparecido. Así como lo oyes, han desaparecido de la faz de la tierra. Sólo han dejado una carta en la que dicen que se han ido nada menos que a Escocia en busca de su hermano Angus, que es una especie de hippy que le dio a Diana muchos quebraderos de cabeza. Se pasa la vida buscando la verdad en la India o donde sea que esta gente piense que la va a encontrar. Yo pensaba que Escocia sería el último lugar al que iría, pues ahí no hay más que tweed y asaduras de cordero. Siempre pensé que Caroline era una chica un poco rara. Hubo un tiempo en que quiso ser actriz, pero fracasó estrepitosamente. Sin embargo, nunca pensé que pudiera cometer el disparate de desaparecer así por las buenas.

—¿Y qué piensa hacer Diana?

—¿Qué quieres que haga, cariño? Por nada del mundo quiere llamar a la policía. A fin de cuentas, aunque el niño es muy pequeño, la chica es una persona adulta... y debería estar en condiciones de cuidarlo. Diana teme que el asunto acabe en las primeras planas de las ediciones vespertinas de todos los periódicos. Y, por si eso no fuera suficiente, la boda se va a celebrar el martes y Hugh tiene una cierta reputación profesional que conservar.

—¿La boda?

—La boda de Caroline -explicó Elaine un tanto irritada, como si pensara que Liz era tonta-. Caroline se va a casar con Hugh Rashley, el hermano de Diana. El martes. El ensayo de la boda será el lunes y nadie sabe dónde está la chica. Es una pena. Yo siempre pensé que era muy rara, ¿tú no?

—No sé, no la conozco.

—No, claro, siempre lo olvido. Qué estúpida soy. Pero tú sabes que yo siempre pensé que apreciaba mucho a Diana, jamás imaginé que sería capaz de hacerle una cosa así. Oh, cariño, tú no serás capaz de hacerme una cosa así cuando te cases, ¿verdad? Esperemos que sea muy pronto y que encuentres el hombre adecuado. No quiero mencionar nombres, pero ya

sabes a quién me refiero. Y ahora debo dejarte porque tengo una cita en la peluquería y voy a llegar tarde. No te preocupes por Oliver, cariño, ve a verlo y muéstrate amable y comprensiva. Estoy segura de que todo irá bien. Me muero de ganas de verte. Vuelve pronto.

—Lo haré.

—Adiós, cariño. — En tono muy poco convincente, Elaine añadió:- Dale recuerdos de mi parte a tu padre.

Aquella misma mañana, Caroline, tendida en un lecho de brezos, sintió el calor del sol envolviéndole el cuerpo cual una capa mientras se cubría los ojos con un brazo para protegerlos de la cegadora luz. Al quedar deslumbrada, sus restantes sentidos se agudizaron. Oía el canto de los zarapitos, el distante graznido de un cuervo, el rumor del agua y el tímido suspiro de una misteriosa brisa casi imperceptible. Aspiraba la pura suavidad de la nieve, del agua clara, de la tierra mojada y de la oscura turba. Percibía el roce en su mano del frío hocico de *Lisa*, la vieja perra labrador tendida a su lado.

Oliver Cairney se encontraba sentado muy cerca de ella, fumando un cigarrillo mientras observaba los esfuerzos del niño en el pequeño lago, tratando de impulsar un bote con unos remos demasiado largos para él. De vez en cuando, se oía un siniestro chapoteo y Caroline levantaba la cabeza para ver qué ocurría y entonces veía que su hermano acababa de atrapar un cangrejo o estaba remando en círculo. Tras cerciorarse de que Jody no corría peligro de ahogarse, volvía a tenderse sobre los brezos y se cubría nuevamente los ojos con un brazo.

—Si no le hubiera puesto el chaleco salvavidas -dijo Oliver-, te pasarías el rato corriendo arriba y abajo por la orilla como una gallina enloquecida.

—No es verdad. Estaría en el agua con él.

—Y entonces los dos correríais el riesgo de ahogaros.

Los brezos la pinchaban a través de la blusa y un bicho empezó a subirle por el brazo. Caroline se incorporó, se sacudió el bicho de encima y entornó los ojos para protegerlos del sol.

—Parece increíble, ¿verdad? Hace un par de días, Jody y yo estábamos en medio de una tormenta de nieve. Y ahora esto.

La superficie del lago estaba tan clara y transparente como el cristal y sus aguas reflejaban el azul del cielo. Más allá de los cañizares de la orilla, el páramo se elevaba en toda una serie de lomas cubiertas de brezos en cuyas cumbres las formaciones rocosas parecían unos faros en lo alto de un monte. Caroline distinguió las distantes formas de un rebaño de ovejas pastando y oyó sus quejumbrosos balidos en el silencio de la mañana. El bote de remos surcaba lentamente la superficie del agua y Jody, con el pelo de punta, ya estaba empezando a enrojecer bajo los efectos del sol.

—Es un lugar encantador -dijo-. No me había dado cuenta hasta ahora.

—Esta es la mejor época del año. A partir de ahora y durante uno o dos meses más, cuando empiezan a abrirse las hojas de los alerces y florecen los narcisos y de repente es verano. Después, en octubre, todo vuelve a estar muy bonito, los árboles parecen de fuego, el cielo es de un azul intenso y los brezos adquieren un hermoso color púrpura.

—¿Y no lo echará terriblemente de menos?

—Por supuesto que sí, pero no hay más remedio.

—¿Piensa vender la propiedad?

—Sí.

Oliver arrojó la colilla del cigarrillo al suelo y la apagó con el tacón del zapato.

—¿Ya tiene comprador?

—Sí. Duncan Fraser, mi vecino. Vive al otro lado del valle, aunque no se puede ver su casa porque la oculta un pinar, pero le interesa unir mis tierras con las suyas. Simplemente es cuestión de eliminar las vallas.

—¿Y la casa?

—Habrá que venderla aparte. Tengo que hablarlo con los abogados. Dije que iría a verlos a Relkirk esta tarde, a ver si podemos concretar algo.

—¿Y no se quedará ni con un trocito de Cairney?

—Qué machacona eres.

—Es que los hombres suelen ser muy sentimentales con todo eso de la tradición y las tierras.

—Puede que yo lo sea.

—Pero ¿no tiene inconveniente de vivir en Londres?

—Por Dios, no. Me encanta.

—¿A qué se dedica?

—Trabajo en Bankfoot and Balcarries. Y por si no sabes lo que es, te diré que es una de las más importantes empresas asesoras de ingeniería del país.

—¿Y dónde vive?

—En un piso, cerca de Fulham Road.

—No está muy lejos de nuestra casa. — Caroline sonrió al pensar que, a pesar de vivir tan cerca, jamás se habían visto—. Tiene gracia, ¿verdad? Londres es tan grande y, sin embargo, una puede venir a Escocia y conocer al vecino de

la casa de al lado. ¿Es bonito su piso?

—A mí me gusta.

Caroline trató de imaginárselo, pero no lo consiguió porque le resultaba imposible imaginarse a Oliver fuera de Cairney.

—¿Es grande o pequeño?

—Bastante grande. Tiene habitaciones muy espaciosas. Es la planta baja de un edificio antiguo.

—¿Tiene jardín?

—Sí. Un poco maltratado por el gato de mi vecino. Hay un salón muy grande, una amplia cocina en la que como, un par de dormitorios y un cuarto de baño. Con todas las comodidades, salvo que tengo que dejar el coche aparcado junto al bordillo de la acera cualquiera sea el tiempo que haga. Y ahora ¿qué más quieres saber?

—Nada.

—¿El color de las cortinas? Respiración de elefante aniquilado. — Oliver formó bocina con las manos y gritó, mirando hacia el lago-: ¡Eh, Jody!

Jody hizo una pausa y miró a su alrededor, sosteniendo en alto los chorreantes remos.

—Creo que ya has tenido suficiente. Ven para acá.

—De acuerdo.

—Eso es. Usa el remo izquierdo. ¡No, el izquierdo, idiota! Eso es. — Oliver se levantó y se acercó al borde del embarcadero de madera, esperando a que se aproximara el lento bote de remos.

Después se agachó para agarrar la amarra y abarloar el bote. Rebotante de felicidad, Jody desmontó los pesados remos y Oliver los tomó y amarró la embarcación mientras el niño saltaba y corría por el embarcadero hacia su hermana, con los mocasines empapados de agua y los téjanos mojados hasta las rodillas. Estaba que no cabía en sí de contento.

—Lo has hecho muy bien -le dijo Caroline.

—Lo hubiera hecho mejor si los remos no hubieran sido tan grandes-. Jody luchó con los nudos del chaleco salvavidas y se lo quitó, pasándoselo por la cabeza-. He estado pensando, Caroline, ¿no sería muy bonito si nos pudiéramos quedar a vivir aquí para siempre? Hay todo lo que cualquier persona pudiera desear.

Caroline había estado pensando lo mismo a intervalos durante toda la mañana, y luego se había estado diciendo, con los mismos intervalos, que era una tonta.

Le dijo a Jody que no fuera tonto, y el niño se extrañó del impaciente tono de su voz.

Oliver ató el cabo al noray de madera, cargó sobre sus hombros los pesados remos y fue a guardarlos en el destartado cobertizo para botes. Jody tomó el chaleco salvavidas y también lo llevó a guardar. Cerraron la combada puerta y regresaron junto a Caroline, pisando la turba primaveral. El alto joven y el niño pecoso caminaban teniendo a sus espaldas el sol y las fulgurantes aguas del lago.

—Arriba -le dijo Oliver a Caroline, y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

Lisa también se levantó y empezó a menear el rabo como si esperara alguna excursión agradable.

—Esto había sido pensado como un paseo de exploración o algo por el estilo -añadió Oliver-, pero lo único que hemos hecho es tumbarnos al sol y

contemplar los ejercicios de Jody.

—Y ahora, ¿adonde vamos? — preguntó Jody.

—Quiero enseñaros una cosa... justo a la vuelta de la esquina.

Ambos hermanos echaron a andar detrás de Oliver en fila india, siguiendo los pequeños senderos de ovejas que bordeaban la orilla del lago. Subieron a una elevación del terreno, el lago giraba bruscamente y al fondo había una casita abandonada.

—¿Es eso lo que quería enseñarnos? — preguntó Jody.

—Sí.

—Está en ruinas.

—Ya lo sé. Hace años que nadie vive en ella. Allí solíamos jugar Charles y yo. Incluso una vez nos permitieron quedarnos a dormir.

—¿Quién vivía en la casita?

—No lo sé. Un pastor. O un granjero. Estos pequeños muros eran corrales de ovejas y en el jardín hay un serbal. Antigüamente, los campesinos solían plantar serbales junto a las puertas de sus casas porque creían que traían buena suerte.

—Yo no sé cómo es un serbal -dijo Jody.

—En Inglaterra los llaman ceniza de montaña. Tienen unas hojas que parecen plumas y unas bayas de color rojo encendido bastante parecidas al acebo.

Al acercarse un poco más a la casa, Caroline observó que no estaba tan destastada como le había parecido a primera vista. Era un edificio de piedra y conservaba una cierta solidez. Aunque el tejado de planchas de

hierro ondulado estaba muy deteriorado y la puerta colgaba de los goznes, se veía claramente que antaño había sido una vivienda respetable al abrigo de la ladera de la colina, que todavía conservaba los restos de un jardín entre los muros de piedra. Avanzaron por los vestigios de un sendero, cruzaron la puerta, Oliver agachó prudentemente la cabeza debido al bajo dintel, y se encontraron en una espaciosa estancia con una oxidada estufa de hierro en un extremo, una silla rota y los restos de un nido de golondrina. El suelo estaba agrietado y cubierto de excrementos de pájaros, y las motas de polvo danzaban en los oblicuos rayos del sol.

En el rincón, una podrida escalera de mano conducía al piso de arriba.

—Una deliciosa vivienda unifamiliar de dos plantas -dijo Oliver-. ¿Quién quiere subir?

—Yo no -dijo Jody, arrugando la nariz. Aunque fuera un secreto, le daban miedo las arañas-. Vuelvo al jardín. Quiero ver el serbal. Ven conmigo, *Lisa*.

Oliver y Caroline subieron solos por la escalera de mano podrida en la que faltaban más peldaños de los que quedaban. El desván estaba iluminado por el sol que penetraba a raudales por los agujeros del tejado. Las putrefactas planchas de madera del suelo crujían al pisarlas, pero las tablas transversales que había debajo estaban intactas y quedaba espacio suficiente para que Oliver pudiera permanecer de pie en el centro de la buhardilla con la parte superior de la cabeza a tres centímetros escasos de la cumbrera.

Caroline asomó cautelosamente la cabeza por uno de los agujeros del tejado y vio a Jody en el jardín de abajo, balanceándose como un mono de una de las ramas del serbal. Vio también la curvada extensión del lago, el verdor del primer campo de labranza, ganado paciendo, que daban la impresión de ser juguetes marrones y blancos y, a lo lejos, la línea de la carretera. Retiró la cabeza, se volvió hacia Oliver y observó que éste tenía la barbilla cubierta por una telaraña.

—¿Le gusta, señora? — le preguntó Oliver, utilizando el típico acento de los

barrios populares londinenses-. Con una mano de pintura, no reconocerá este lugar.

–Pero nada se podría hacer con ella, ¿verdad? Hablo en serio.

–No lo sé. Se me ha ocurrido pensar que, a lo mejor, sería posible. Si vendiera Cairney House, quizá me podría permitir el lujo de gastar un poco de dinero en este lugar.

–Pero no hay agua corriente.

–Se podría instalar.

–Ni desagües.

–Un pozo negro.

–Ni electricidad.

–Lámparas. Velas. Son mucho más favorecedoras.

–¿Y cómo cocinaría?

–Con butano.

–¿Y cuándo la usaría?

–Los fines de semana. Durante las vacaciones. Podría traer a mis niños aquí.

–No sabía que los tuviera.

–Todavía no los tengo. Que yo sepa. Pero, cuando me case, podría ser una vivienda muy agradable. Y además, significaría que aún conservo una pequeña parte de Cairney. Y, de esta manera, tu sentimental corazón se quedaría más tranquilo.

—O sea que le importa.

—Caroline, la vida es demasiado corta como para mirar atrás. Eso sólo sirve para salirse del camino, tropezar y probablemente caer de bruces. Yo prefiero mirar hacia adelante.

—Pero esta casa...

—Era sólo una idea. Pensé que te gustaría verla. Vamos, tenemos que regresar, de lo contrario Mrs. Cooper pensará que nos hemos ahogado.

Oliver bajó el primero por la escalera de mano, tanteando con cuidado cada uno de los peldaños antes de apoyar su peso en él. Al llegar abajo, esperó a Caroline, sosteniendo firmemente la escalera con sus manos. A medio camino, Caroline se quedó inmóvil, incapaz de subir ni de bajar, y se echó a reír. Él le dijo que saltara, ella contestó que no podía y Oliver replicó que cualquier tonto podía hacerlo, pero Caroline se reía demasiado para poder hacer algo, por lo que, final e inevitablemente, resbaló, la madera podrida emitió un siniestro crujido y el ridículo descenso terminó cuando Oliver la recibió en sus brazos.

En su claro cabello había quedado prendida una ramita de brezo, el sol le había calentado el jersey y el largo sueño de la noche anterior le había borrado las ojeras. La piel de su rostro estaba suave y sonrosada cuando miró a Oliver con la boca entreabierta a causa de la risa. Sin pensarlo, sin la menor vacilación, Oliver se inclinó hacia ella y la besó. De pronto se hizo un profundo silencio. Por un instante, Caroline permaneció inmóvil, pero después apoyó las palmas de las manos contra el pecho de Oliver y lo apartó con delicadeza. Su risa había cesado y sus ojos lo miraban con una expresión que él jamás había visto en ellos.

—Ha sido por culpa del día -dijo por fin Caroline.

—¿Qué quieres decir?

—La culpa ha sido en parte de la belleza del día. El sol. La primavera.

—¿Y eso cambia las cosas?

—No lo sé.

Caroline se apartó de él, se desprendió de sus brazos y se encaminó hacia la puerta. Una vez allí, se detuvo, apoyó un hombro en la jamba, destacándose contra la luz y con el enmarañado cabello formando una aureola alrededor de su cabeza.

—Es una casa encantadora -dijo-. Creo que debería usted conservarla.

Jody había dejado el serbal y se había acercado de nuevo a la orilla del lago para arrojar piedras, tratando de que rebotaran sobre la superficie mientras *Lisa* se volvía loca sin saber si debía zambullirse para recuperarlas o quedarse donde estaba. Caroline tomó un guijarro aplanado y lo arrojó al agua, consiguió que rebotara tres veces antes de hundirse.

Jody se puso furioso.

—Me gustaría que me enseñaras. Enséñame cómo lo haces.

Pero Caroline se volvió de espaldas porque no quería contestar y no quería que él le viera la cara. Acababa de comprender de repente por qué razón se había desenamorado del recuerdo de Drennan Colefield. Y, lo que era mucho más aterrador, por qué no le había dicho a Oliver que iba a casarse con Hugh.

Al llegar a Cairney, Liz encontró la casa en silencio y aparentemente desierta. Detuvo el coche delante de la puerta, apagó el motor y esperó a que alguien saliera a recibirla. Nadie lo hizo. La puerta estaba abierta, así que bajó del coche, entró, se quedó de pie en el centro del vestíbulo y llamó a Oliver. No obtuvo respuesta, pero oyó unos ruidos domésticos

procedentes de la cocina, y como conocía la casa, recorrió el pasillo y cruzó la puerta de vaivén, y sorprendió a Mrs. Cooper, que acababa de entrar en la cocina tras haber tendido la colada en el patio de atrás.

La mujer se sobresaltó y se puso una mano sobre el corazón.

—¡Liz! — exclamó.

Conocía a la joven desde que era pequeña y jamás se le hubiera ocurrido llamarla Miss Fraser.

—Perdón. No quería asustarla. Pensé que no había nadie.

—Oliver ha salido. Se fue... con los otros.

Mrs. Cooper apenas dudó un segundo, pero Liz se dio cuenta enseguida y la miró levantando las cejas.

—¿Se refiere a los inesperados visitantes? Me han hablado mucho de ellos.

—Son simplemente un par de jovencitos. Oliver se los ha llevado al lago porque el niño quería ver el bote. — Mrs. Cooper levantó la vista hacia el reloj de pared de la cocina—. Regresarán de un momento a otro, van a comer muy temprano porque Oliver tiene que ir a Relkirk esta tarde para hablar con el abogado. ¿Quieres esperar y quedarte a almorzar con ellos?

—No me quedaré a almorzar, pero esperaré un momento y, si no vienen, me iré a casa. Sólo he venido a ver qué tal estaba Oliver.

—Está muy bien -dijo Mrs. Cooper-. En cierto modo, todos estos acontecimientos le han sido muy beneficiosos, lo han ayudado a distraerse un poco de la pérdida.

—¿Todos estos acontecimientos? — la espoleó amablemente Liz.

—Bueno, quiero decir la aparición de esos chicos con su coche averiado y

sin poder ir a ninguna parte.

—¿Vinieron en coche?

—Sí, y, por lo visto, desde Londres. El coche estaba hundido en la zanja y cubierto de nieve congelada tras haberse pasado toda la noche a la intemperie. Cooper lo llevó al taller, esta mañana llamaron a primera hora y Cooper fue a recogerlo. Ahora ya está en el cobertizo de la parte de atrás de la casa, listo para cuando quieran irse.

—¿Y cuándo se van? — preguntó Liz con aparente indiferencia.

—No lo sé, no me lo han dicho. Han comentado que tenían un hermano en Strathcorrie, pero resulta que está fuera, y creo que van a esperar a que regrese. De todos modos -añadió Mrs. Cooper-, si hablas con Oliver, él mismo te lo explicará todo. Están en el lago. Si quieres, puedes ir para allá y encontrarlos a mitad de camino.

—Quizá lo haga -dijo Liz.

Pero no lo hizo. Salió al jardín y se sentó en el banco de piedra bajo la ventana de la biblioteca, se puso las gafas de sol, encendió un cigarrillo y se desperezó bajo el sol.

Como todo estaba muy tranquilo, oyó sus voces en la silenciosa mañana mucho antes de que aparecieran ante sus ojos. El sendero del jardín se curvaba alrededor del perímetro de un seto de hayas, y cuando lo doblaron y surgieron ante su vista, estaban tan enfrascados en la conversación que, al principio, no vieron a Liz sentada allí, esperándolos. El niño encabezaba la marcha y uno o dos pasos detrás de él, Oliver, con una vieja chaqueta de tweed y un pañuelo rojo de algodón anudado alrededor del cuello, tiraba de la mano de la chica como si ésta se hubiera cansado con el paseo y hubiera empezado a rezagarse.

Liz oía el profundo tono de la voz de Oliver, pero no alcanzaba a captar sus palabras. De pronto, la chica se detuvo y se inclinó como para quitarse una

piedra del zapato. La larga cortina de cabello claro le cayó sobre el rostro y Oliver se detuvo pacientemente a esperarla, inclinando su morena cabeza sin soltarle la mano. En el mismo momento de ver el gesto, Liz se asustó. Tuvo la sensación de ser dejada al margen de algo, como si los tres personajes se hubieran confabulado para conspirar contra ella. Por fin, la chica consiguió sacarse la piedra del zapato y Oliver se volvió para reanudar la marcha y entonces vio el Triumph azul oscuro aparcado delante de la casa. Y a Liz sentada en el banco. Esta arrojó el cigarrillo al suelo, lo apagó con el tacón de su zapato, se puso de pie y se dirigió hacia ellos, pero Oliver había soltado la mano de la chica y se había adelantado a los demás, para subir corriendo por la herbosa cuesta y reunirse arriba con Liz.

—Liz.

—Hola, Oliver.

Le pareció que estaba más guapa que nunca con sus ajustados pantalones de ante y la chaquetilla de cuero con flecos. Tomó sus manos entre las suyas y la besó.

—¿Has venido a pegarme una bronca por lo de anoche?

—No -contestó Liz con toda sinceridad, mirando por encima del hombro de su amigo a Caroline y Jody que, más despacio, se acercaban por la cuesta cubierta de hierba-. Ya te dije que estaba intrigada por esta repentina aparición de huéspedes en tu casa. He venido para ver qué tal estabas.

—Hemos bajado al lago -explicó Oliver, volviéndose hacia los demás-. Caroline, te presento a Liz Fraser. Ella y su padre son mis vecinos más próximos y ella ha estado entrando y saliendo de Cairney desde que era tan pequeña que no levantaba dos palmos del suelo. Ya os he enseñado su casa esta mañana a través de los árboles. Liz, ésta es Caroline Cliburn y éste es Jody.

—¿Cómo estás? – dijo Caroline, estrechando la mano de Liz.

Cuando ésta se quitó las gafas de sol, Caroline experimentó un sobresalto al ver la expresión de su mirada.

–Hola -dijo Liz-. Hola, Jody -añadió.

–Encantado de conocerte -dijo Jody.

–¿Llevas mucho rato aquí? – preguntó Oliver.

Liz se volvió a mirarlo y se apartó de los otros dos.

–Unos diez minutos quizá. No más.

–¿Te quedarás a almorzar?

–Mrs. Cooper, muy amablemente, me invitó, pero me esperan en casa.

–Entonces entremos y tomemos una copa.

–No, tengo que regresar a casa. Sólo he venido para saludarte -contestó Liz, mirando con una sonrisa a Caroline-. Mrs. Cooper me lo ha contado todo de vosotros. Dice que tenéis un hermano en Strathcorrie.

–Lleva muy poco tiempo allí...

–A lo mejor, le conozco. ¿Cómo se llama?

Sin saber por qué, Caroline vaciló y Jody, al darse cuenta, contestó a la pregunta por ella.

–Se apellida Cliburn, como nosotros -le dijo a Liz-. Angus Cliburn.

Después del almuerzo, Oliver se fue, maldiciendo la necesidad de tener que ponerse, en una tarde tan hermosa, un traje respetable, camisa y corbata, subir a su coche e ir a la ciudad para pasarse el resto del día encerrado en un

agobiante despacho de abogado. Caroline y Jody lo despidieron, saludándolo con la mano mientras bajaba por la calzada. Cuando el coche se perdió de vista, ambos hermanos permanecieron inmóviles, escuchando el ruido del motor al adentrarse en la carretera y cambiar de marcha para alejarse velozmente hacia la colina.

En ausencia de Oliver, no sabían qué hacer. Mrs. Cooper, tras haber lavado y secado los platos, se había ido a su casa para tender la colada antes de que refrescara. Jody empezó a propinar puntapiés a la grava de la calzada con aire desconsolado y Caroline lo miró con simpatía, adivinando sus sentimientos.

—¿Qué quieres hacer?

—No sé.

—¿Te apetece volver al lago?

—No sé.

Jody era un niño pequeño, privado repentinamente de su mejor amigo.

—Podríamos montar otro rompecabezas.

—No, dentro de casa, no.

—Lo podríamos sacar al jardín.

—No me apetece montar otro rompecabezas.

Caroline se sentó con aire abatido en el banco donde aquella mañana habían encontrado a Liz Fraser esperándolos. Sus pensamientos se apartaban instintivamente del recuerdo de aquel encuentro, por cuyo motivo trató, a propósito, de centrarse en él en un intento de averiguar la razón de su inquietud ante la repentina aparición de la otra muchacha.

A fin de cuentas, era algo de lo más natural, tratándose de una vieja amiga y vecina que conocía a Oliver de toda la vida. Su padre iba a comprar Cairney. ¿Qué tenía de raro que hubiera hecho una visita amistosa para conocer a los huéspedes de Oliver?

Sin embargo, había algo más. La violenta antipatía que ella había experimentado al ver que Liz se quitaba las gafas de sol y la miraba directamente a los ojos. ¿Celos tal vez? No tenía motivo para estar celosa. Era cien veces más atractiva que Caroline y Oliver evidentemente la quería con verdadera devoción. ¿O quizá simplemente era posesiva, como lo sería una hermana? En caso de que así hubiera sido, no comprendía por qué motivo había tenido la sensación de que, poquito a poco, la otra chica le había estado despojando con la vista de todas las prendas que llevaba encima.

Jody estaba agachado formando pequeños montículos de grava con las manos completamente llenas de polvo. De pronto, levantó la vista.

—Alguien viene -dijo.

Prestaron atención. Era verdad. Un coche se había adentrado por la alameda y se estaba acercando a la casa.

—A lo mejor, Oliver ha olvidado algo.

Pero no era Oliver. Era el mismo Triumph de color azul oscuro que aquella mañana había estado aparcado delante de la casa; tenía la capota bajada y lo conducía Liz Fraser con el sedoso cabello volando al viento, los ojos protegidos por unas gafas de sol y un pañuelo de seda anudado alrededor del cuello. Instintivamente, Caroline y Jody se levantaron, el coche se detenía a dos metros escasos de donde ellos se encontraban y las ruedas traseras levantaron una nube de polvo.

—Hola de nuevo -dijo Liz, apagando el motor.

Jody no dijo palabra. Su rostro estaba totalmente inexpresivo.

—Hola -contestó Caroline mientras Liz abría la puerta, bajaba y la cerraba de un golpe.

Liz se quitó las gafas de sol y Caroline observó que su boca sonreía, aunque no así sus ojos.

—¿No está Oliver?

—No, se fue hace unos diez minutos.

Liz miro con una sonrisa a Jody y se volvió hacia el coche y sacó algo del asiento de atrás.

—Te he traído un regalo. He pensado que, a lo mejor, te aburrías y no tendrías muchas cosas que hacer -dijo, sacando un pequeño palo de golf y una pelota-. Antes había un hoyo en aquel espacio llano de césped. Estoy segura de que, si lo buscas, encontrarás el hoyo y algunos marcadores. ¿Te gusta el golf?

El rostro de Jody se iluminó. Le encantaban los regalos.

—Muchas gracias. No sé, nunca lo he jugado.

—Es muy divertido. Y un poco complicado. ¿Por qué no pruebas a ver qué tal se te da?

—Gracias -repitió Jody, alejándose con el regalo. A medio camino, se volvió-. Cuando haya aprendido a hacerlo, ¿vendrás a jugar una partida conmigo?

—Por supuesto que sí. Haremos una pequeña apuesta y veremos quién se lleva el trofeo.

El niño bajó por la pendiente hasta la zona de césped. Liz se volvió hacia Caroline y le dijo con la cara muy seria:

—En realidad, he venido para charlar un ratito contigo. ¿Nos sentamos? Estaremos más cómodas.

Se sentaron. Caroline se mostraba recelosa, Liz, completamente a sus anchas, sacó un cigarrillo, lo encendió con un pequeño encendedor de oro y dijo:

—He recibido una llamada telefónica de mi madre.

Caroline no tenía nada que decir ante aquella información innecesaria.

—Tú no sabes quién soy, ¿verdad? — preguntó Liz-. Quiero decir aparte de ser Liz Fraser, que vive en Rossie Hill.

Caroline negó con la cabeza.

—Pero sí conoces a Elaine y Parker Haldane.

Caroline asintió en silencio.

—Pero, mujer, no pongas esa cara de palo. Elaine es mi madre.

Pensándolo bien, Caroline no comprendía cómo era posible que hubiera sido tan torpe. Elizabeth. Liz. Escocia. Recordó que en la última cena en Londres Elaine había hablado de Elizabeth. «Bueno, tú ya sabes que hace diez años, cuando Duncan y yo todavía estábamos juntos, compramos esa propiedad en Escocia.» Duncan, el padre de Elizabeth, le iba a comprar Cairney a Oliver. «Lo primero que hizo Elizabeth fue trabar amistad con los dos chicos que vivían en la finca colindante... el mayor... se mató en un terrible accidente de coche.»

Recordó que, al decirle Jody que Charles se había matado, había tenido la sensación de que en su subconsciente se agitaba un recuerdo que, no obstante, había olvidado antes de que aflorara a la conciencia. Las piezas se hallaban desperdigadas como las del rompecabezas de Jody, delante mismo

de sus narices, sólo que ella había sido demasiado estúpida o tal vez estaba demasiado ocupada con sus propios problemas como para encajarlas.

—Yo siempre te había conocido como Elizabeth.

—Mi madre y Parker siempre me llaman así, pero aquí siempre he sido Liz.

—No había caído. Ni se me ocurrió.

—Pues ahí tienes. La casualidad y eso que dicen de que el mundo es un pañuelo. Como ya te decía, mi madre me ha llamado esta mañana -repitió Liz, mirando a Caroline con intención.

—¿Y qué te ha dicho?

—Pues todo, supongo. Sobre tu desaparición junto con... Jody, se llama así, ¿verdad? Diana está tremendamente preocupada porque sólo sabe que estáis en Escocia. Y el martes se va a celebrar una boda por todo lo alto. Te vas a casar con Hugh Rashley.

—Sí -dijo Caroline en tono apagado, parecía que no tenía más que decir al respecto.

—Me parece que estás metida en un buen lío.

—Sí, me parece que sí.

—Mi madre me ha dicho que has venido a Escocia en busca de Angus. ¿No crees que eso es buscar una aguja en un pajar?

—Al principio, no lo pensé. Lo que ocurre es que Jody necesitaba volver a ver a Angus porque Diana y Shaun pretenden llevarlo con ellos a Canadá y Jody no quiere ir. Y Hugh no quiere que Jody viva con nosotros. Por consiguiente, sólo nos queda Angus.

—Yo creía que Angus era un hippy.

Todos los instintos de Caroline se movilizaron en defensa de su hermano, pero, a pesar de ello, no supo qué decir.

—Es nuestro hermano -dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Y vive en Strathcorrie?

—Trabaja en el hotel de allí.

—Pero no en estos momentos, ¿verdad?

—No, pero seguramente regresará mañana.

—¿Y tú y Jody le vais a esperar aquí hasta que vuelva?

—Pues... no lo sé.

—Te veo muy indecisa. Quizá yo te podría ayudar a tomar una decisión. Oliver está pasando por un mal momento. No sé si te das cuenta. Quería mucho a Charles y ambos estaban muy unidos. Y ahora Charles está muerto y, cuando Oliver venda Cairney, todo se habrá terminado. ¿No te parece que, dadas las circunstancias, lo mejor sería que tú y tu hermano regresarais a Londres? Por el bien de Oliver. Y por el de Diana y Hugh.

Caroline no se dejó engañar.

—¿Por qué tienes tanto empeño en que nos quitemos de en medio?

—Quizá porque sois un estorbo para Oliver -contestó Liz sin inmutarse.

—¿Por tu causa?

Liz esbozó una sonrisa.

—Oh, querida, él y yo hace mucho tiempo que nos conocemos y somos

íntimos amigos. Más de lo que te imaginas. Ésa es una de las razones de que mi padre compre Cairney.

—¿Te vas a casar con él?

—Por supuesto que sí.

—Él no me lo ha dicho.

—¿Y por qué iba a hacerlo? ¿Le has dicho tú acaso que te ibas a casar? ¿O es que es un secreto? Observo que no llevas la sortija de compromiso.

—La... la dejé en Londres. Me está grande y tengo miedo de perderla.

—Pero él no lo sabe, ¿verdad?

—No.

—Es curioso que no se lo hayas dicho. Después de todo, por lo que me ha dicho mi madre, va a ser todo un acontecimiento social. Un agente de cambio y bolsa tan próspero como Hugh Rashley lo debe de considerar esencial para su imagen de hombre triunfador. ¿Sigues dispuesta a casarte con él? Sin embargo, por una extraña razón no quieres que Oliver lo sepa. — Al ver que Caroline no contestaba a ninguno de sus comentarios, Liz se echó a reír—. Mi querida niña, creo que te has enamorado de él. En fin, no te lo reprocho y lo siento mucho por ti. Pero estoy de tu parte y, por consiguiente, vamos a hacer un pequeño trato. Tú y Jody regresáis a Londres y yo no le digo ni una sola palabra a Oliver sobre tu boda. Nada sabrá hasta que lo vea en los periódicos del miércoles, que sin duda publicarán la noticia con una fotografía de la feliz pareja en el pórtico de la iglesia como esas figuritas tan graciosas que rematan los pasteles de boda. ¿Qué te parece? Sin explicaciones ni excusas. Un corte limpio. Regresas junto a tu querido Hugh, que seguramente te adora, y dejas tranquilo al hippy de Angus. ¿Te parece bien?

—Es que tengo que pensar en Jody -contestó Caroline en tono de desamparo.

—Es un chiquillo. Un niño. Se adaptará. Se irá a Canadá y le encantará. Enseguida se convertirá en el capitán del equipo de hockey sobre hielo. Diana es quien mejor podrá cuidar de él, ¿acaso no te das cuenta? Una persona como Angus ejercería en él una influencia nefasta. Vamos, Caroline, quítate la venda de los ojos y enfréntate con los hechos. Déjalo todo y regresa a Londres.

Desde el césped de abajo se oyó el grito triunfal de Jody cuando finalmente consiguió introducir la pelota en el hoyo. El niño subió corriendo por la cuesta blandiendo su nuevo palo de golf.

—Ya sé cómo se hace. Hay que darle un golpecito muy suave y después... - Jody se detuvo en seco al ver que Liz se había levantado y se estaba poniendo los guantes-. ¿No vas a jugar conmigo? — le preguntó.

—Otro día -le contestó Liz.

—Dijiste que jugaríamos.

—Otro día. — Liz subió a su coche, colocando con cuidado sus largas piernas-. Ahora tu hermana tiene algo que decirte.

Oliver regresaba a casa durante el azulado crepúsculo del espléndido día, con un estado de ánimo muy distinto del de la víspera. En ese momento, estaba relajado y, por alguna razón, extrañamente contento. La larga entrevista con el abogado no le había provocado el menor cansancio; tenía la cabeza despejada y se sentía mucho más feliz tras haber dado el paso definitivo para poner en venta Cairney House. Le había comentado al abogado su deseo de conservar la casita del lago para reformarla y convertirla en un lugar de veraneo, y el abogado no había puesto reparos, siempre y cuando Oliver acordara con Duncan Fraser la cesión del derecho de paso a través de lo que, a su debido tiempo, se convertiría en una propiedad de Duncan.

Oliver no creía que Duncan se opusiera. La idea de la casa restaurada le llenaba de satisfacción. Prolongaría el jardín hasta la orilla del agua, abriría de nuevo el antiguo hogar, reconstruiría la chimenea e instalaría buhardillas en el desván. Silbó para sus adentros mientras lo planificaba todo. Las manos asían con firmeza el volante de cuero y el coche tomaba con soltura las curvas de la conocida carretera cual si fuera un participante en una carrera de obstáculos. Como si, lo mismo que Oliver, el coche supiera que ya estaba llegando a casa.

Cruzó la entrada y subió rugiendo por la calzada bajo las copas de los árboles, haciendo sonar el claxon al llegar a la vuelta de los rododendros para que Jody y Caroline supieran que había regresado sano y salvo. Dejó el coche delante de la puerta principal, se quitó la chaqueta al entrar y esperó el rumor de las pisadas de Jody.

Pero la casa estaba completamente en silencio.

—¡Jody! —llamó, tras dejar la chaqueta en el asiento de una silla-. ¡Caroline!

Nada. Se dirigió a la cocina, pero la encontró vacía y a oscuras. Mrs. Cooper aún no había regresado para preparar la cena. Desconcertado, dejó que la puerta de vaivén se cerrara a su espalda y se encaminó hacia la biblioteca. También ésta se hallaba a oscuras y el fuego de la chimenea se estaba apagando.

Encendió la luz y se acercó para echar unos troncos. Al enderezarse, vio el sobre blanco encima de su mesa de trabajo apoyado contra el teléfono. Era uno de los mejores sobres del cajón superior y en él estaba escrito su nombre.

Lo abrió y, al hacerlo, se sorprendió de que le temblaran las manos. Desdobló la única hoja que había dentro y leyó la carta de Caroline.

Querido Oliver:

Cuando usted se fue, Jody y yo discutimos la cuestión y hemos decidido que lo mejor es regresar a Londres. De nada nos sirve esperar a Angus, porque no sabemos cuándo regresará y no es justo que hagamos esperar por más tiempo a Diana, pues ella ni siquiera sabe dónde estamos.

Por favor, no se preocupe por nosotros. El coche funciona muy bien y en el garaje nos han llenado amablemente el depósito de gasolina. No creo que haya más tormentas de nieve y estoy segura de que regresaremos sin problemas.

No tengo palabras para agradecerles, a usted y a Mrs. Cooper, todo lo que han hecho por nosotros. Nos ha encantado la estancia en Cairney. Jamás la olvidaremos.

Con todo nuestro cariño,

OceanofPDF.com

CAROLINE.



Capítulo 7

A la mañana siguiente, con la excusa de resolver un par de problemas pendientes con Duncan Fraser, Oliver se dirigió en su coche a Rossie Hill. El día era también muy bonito, pero más frío que el anterior; durante la noche se había producido una ligera helada que el calor del sol aún no había logrado fundir, pese a lo cual la calzada de Rossie Hill estaba bordeada de narcisos tempranos, y al entrar en la casa aspiró el perfume del gran jarrón de jacintos azules colocado en el centro de la mesa del vestíbulo.

Puesto que estaba tan familiarizado con aquella casa como Liz lo estaba con Cairney, Oliver fue en busca de sus ocupantes y, al fin, encontró a Liz en el estudio de su padre, sentada a la mesa de trabajo y hablando por teléfono con el carnicero. Cuando él abrió la puerta ella alzó la vista, lo vio, levantó las cejas dándole a entender en silencio que esperara. Él entró y se quedó de pie junto al fuego, deseando y no deseando al mismo tiempo un cigarrillo, confortado por el calor de las llamas en sus piernas.

Ella terminó de hablar y colgó, pero permaneció sentada junto al teléfono, en silencio, balanceando pensativamente una larga pierna. Llevaba una falda plisada, un fino jersey y un pañuelo de seda alrededor del cuello. La

piel de su rostro y sus brazos aún conservaba el bronceado de Antigua. La mirada de sus ojos negros se cruzó durante un largo momento con la de él, al otro lado de la estancia.

—¿Buscas a alguien? — preguntó.

—A tu padre.

—Se ha ido a Relkirk y no volverá hasta la hora del almuerzo. — Liz tomó una pitillera de plata y la extendió hacia Oliver. Éste negó con la cabeza, ella sacó uno y lo encendió con el pesado encendedor de mesa, mirándolo pensativa a través de una nube de humo-. Te veo un poco distraído, Oliver. ¿Te ocurre algo?

Oliver se había pasado toda la mañana tratando de convencerse de que nada le ocurría, pero en ese momento contestó bruscamente:

—Caroline y Jody se han ido.

—¿Se han ido? — preguntó Liz con un leve tono de sorpresa-. ¿Adonde se han ido?

—De regreso a Londres. Anoche volví a casa y encontré una carta de Caroline.

—Es lo mejor que podía hacer.

—Después de todo lo que pasaron, no han logrado encontrar a su hermano.

—Por lo que he podido deducir, no creo que el hecho de encontrarlo hubiera cambiado demasiado las cosas.

—Pero para ellos era importante. Sobre todo, para Jody.

—Si consiguen regresar a Londres, yo no me preocuparía demasiado por ellos. Ya tienes suficientes quebraderos de cabeza como para que, encima,

tengas que hacer de niñera a un par de perros extraviados a los que jamás habías visto. – Liz cambió rápidamente de tema, como si eso no tuviera la menor importancia-. ¿Para qué querías ver a mi padre?

Oliver apenas se acordaba.

–... un derecho de paso. Quisiera quedarme con la casita del lago si fuera posible, pero necesito un acceso al valle.

–¿Quedarte con la casita del lago? Pero si está en ruinas.

–La estructura es sólida. Sólo necesita unas pequeñas reparaciones y un tejado nuevo.

–¿Y para qué quieres la casita del lago?

–Para conservarla. Tal vez como lugar de veraneo. No sé. Simplemente para quedarme con ella.

–¿Fui yo quien te metió esta idea en la cabeza?

–Puede que sí.

Liz se apartó de la mesa de trabajo y cruzó la estancia para acercarse a él.

–Oliver -dijo-, se me ocurre una idea mejor.

–¿Cuál?

–Deja que mi padre compre la casita del lago.

Oliver soltó una carcajada.

–Ni siquiera la quiere.

–No, pero yo sí. Me gustaría tenerla para... ¿qué es lo que has dicho? Para

las vacaciones y los fines de semana.

—¿Y qué harías con ella?

Liz arrojó el cigarrillo al fuego.

—Iría con mi marido y mis hijos.

—¿Y a ellos les gustaría?

—No sé. Tú dirás.

La mirada de Liz era clara, honesta e imperturbable. Oliver se sorprendió y, al mismo tiempo, se sintió halagado por lo que ella le estaba diciendo. La pequeña y desgarrada Liz había crecido de repente y le estaba pidiendo que...

—Corrígeme si me equivoco -dijo Oliver-, pero, ¿no te parece que estas ideas se me hubieran tenido que ocurrir a mí?

—Sí, supongo que sí. Pero te conozco desde hace demasiado tiempo para andarme por las ramas. Tengo la sensación de que nuestro repentino encuentro, cuando ninguno de los dos lo esperaba, es significativo. Obedece a un designio, y creo que Charles quería que ocurriera.

—Pero era Charles el que siempre te quiso.

—Eso es lo que digo. Ahora Charles está muerto.

—¿Te habrías casado con él si hubiera vivido?

La respuesta de Liz fue rodearle el cuello con sus brazos, atraer su cabeza hacia ella y besarla en la boca. Por un instante, Oliver, pillado por sorpresa, vaciló, pero fue sólo un segundo. Liz estaba deslumbrante y arrebatadoramente atractiva. La rodeó a su vez con sus brazos, estrechó su esbelto cuerpo contra el suyo y pensó que, a lo mejor, ella tenía razón. A lo

mejor, su vida tenía que seguir aquel camino y Charles siempre lo había deseado.

Como era de esperar, se retrasó para el almuerzo. La cocina aparecía impecablemente ordenada, la mesa ya estaba puesta y desde los fogones se aspiraba un aroma delicioso. Buscó a Mrs. Cooper y la encontró en el cuarto de los niños, guardando los viejos juguetes que Jody había dejado desperdigados por el suelo, con el aspecto de una madre súbitamente privada de sus hijos.

—Perdone el retraso -le dijo, asomando la cabeza por la puerta.

Mrs. Cooper levantó la vista de la caja en la que estaba guardando cuidadosamente las cosas.

—Es sólo una empanada -dijo con indiferencia-. La he dejado en el horno para que no se enfríe. Puede comerla cuando le apetezca.

La noche antes, Mrs. Cooper se había sobresaltado y disgustado mucho al decirle Oliver que los Cliburn se habían ido. A juzgar por la expresión de su rostro, aún no se había repuesto del golpe.

—Ahora ya habrán recorrido un buen trecho -dijo Oliver, tratando de animarla un poco-. Esta noche ya estarán en Londres, si no hay mucho tráfico en las carreteras.

Mrs. Cooper resolló ruidosamente.

—No puedo soportar el silencio de esta casa sin ellos. Es como si el chiquillo hubiera vivido aquí toda la vida. Al tenerlo aquí era como si Cairney hubiera vuelto a cobrar vida.

—Lo sé -dijo comprensivamente Oliver-. De todos modos, se hubieran ido dentro de uno o dos días.

—Y ni siquiera pude despedirme de ellos -añadió Mrs. Cooper, como si le echara la culpa a Oliver.

—Lo sé -dijo Oliver, pues no se le ocurría qué otra cosa decirle.

—Y se fue sin ver a su hermano. No paraba de hablar de su hermano Angus, y ahora se ha ido sin verlo. Me da mucha pena.

Viniendo de Mrs. Cooper, el comentario era muy fuerte. De pronto, Oliver se sintió tan deprimido como ella.

—Voy... a comerme la empanada -dijo. Al llegar a la puerta, recordó por qué había ido en busca de ella-. Ah, Mrs. Cooper, no se molestó en venir esta tarde. Me han invitado a cenar en Rossie Hill...

Mrs. Cooper asintió con la cabeza como si la tristeza le impidiera contestar. Se quedó ordenando con desconsuelo el cuarto de los niños, y Oliver bajó. La casa le parecía terriblemente solitaria y silenciosa, como si, privada de la ruidosa presencia de Jody, se hubiera hundido en un abatimiento tan hondo como el de Mrs. Cooper.

Rossie Hill, preparada para la cena, estaba tan deslumbrante y resplandeciente como el interior de una joyería. Al entrar en la casa, Oliver aspiró el perfume de los jacintos, vio el chisporroteo de los troncos en la chimenea y se sintió inmediatamente reconfortado por el calor y la comodidad del ambiente. Mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba en una silla del vestíbulo, Liz salió de la cocina con un cuenco de cubitos de hielo en la mano. Al ver a Oliver, se detuvo y lo miró esbozando una radiante sonrisa.

—Oliver.

—Hola.

Oliver la tomó por los hombros y la besó con cuidado para no estropear el

carmin de sus labios. Su perfume y su sabor eran deliciosos. La apartó un poco para admirarla mejor. La joven lucía un traje pantalón de seda rojo con cuello cisne y en los lóbulos de sus bien formadas orejas centelleaban unos pendientes de brillantes. Parecía un ave del paraíso de bella mirada y resplandeciente plumaje.

—Llego demasiado pronto -le dijo.

—No, justo a tiempo. Los demás aún no han llegado.

—¿Los demás? — preguntó Oliver, arqueando las cejas.

—Ya te dije que sería una cena formal. — Oliver la siguió al salón donde ella dejó el cuenco de los cubitos de hielo en una mesa de bebidas meticulosamente preparada-. Los Allford. ¿Los conoces? Acaban de fijar su residencia en Relkirk. Él tiene negocios relacionados con el whisky. Están deseando conocerte. Bueno, ¿quieres que te prepare una copa o prefieres hacerlo tú mismo? Yo suelo mezclar un martini muy especial.

—¿Y dónde aprendiste a hacer eso?

—En mis viajes.

—¿Sería muy descortés si optara por un whisky con soda?

—En absoluto, sólo típicamente escocés.

Liz se lo preparó tal como a él le gustaba, burbujeante, no demasiado oscuro y con bastante hielo. Se lo alcanzó, él tomó el vaso y volvió a besarla. Liz se apartó a regañadientes, regresó a la mesa de las bebidas y empezó a mezclar una jarra de martini.

Mientras lo hacía, se les unió Duncan. Poco después, sonó el timbre de la puerta y Liz fue a recibir a los restantes invitados.

En cuanto la joven abandonó la estancia, Duncan le dijo a Oliver:

—Liz ya me lo ha dicho.

Oliver lo miró, sorprendido. Aquella mañana nada se había concretado ni discutido. Su conversación con Liz, muy placentera por cierto, se había centrado más en los recuerdos del pasado que en el futuro. A Oliver le había parecido que había todo el tiempo del mundo para decidir el futuro.

—¿Qué te ha dicho? — preguntó con cautela.

—No gran cosa, pero me ha lanzado un par de insinuaciones por así decirlo. Sin embargo, debes saber, Oliver, que nada podría hacerme más dichoso.

—Me... alegre.

—En cuanto a Cairney... -Al oír unas voces que se acercaban a la puerta entornada, Duncan se interrumpió repentinamente-. Ya hablaremos de ello más tarde.

Los Allford eran un matrimonio de mediana edad, el marido alto y corpulento y la esposa muy esbelta y delgada, con la tez blanca y sonrosada y un suave cabello rubio que se volvería incoloro en cuanto le empezaran a salir algunas canas. Se hicieron las presentaciones de rigor y Oliver se encontró sentado en el sofá al lado de Mrs. Allford, la cual le empezó a hablar de sus hijos que, al principio, no querían irse a vivir a Escocia y después se sintieron encantados. De su hija, que sólo vivía para el Club del Pony de la localidad, y de su hijo que cursaba su primer año en Cambridge.

—Y ahora usted... vive en la puerta de al lado como quien dice.

—No, vivo en Londres.

—Pero...

—Mi hermano, Charles Cairney, vivía en Cairney, pero murió en un

accidente de coche. Yo estoy aquí simplemente para ordenar sus asuntos.

—Ah, claro. — Mrs. Allford puso la correspondiente cara de circunstancias—. Me enteré y lo siento muchísimo. Es muy difícil estar al tanto de todo cuando te presentan a las personas por primera vez.

La atención de Oliver volvió a centrarse en Liz. Su padre y Mr. Allford se encontraban de pie, hablando de cuestiones de negocios y ella permanecía a su lado, sosteniendo en una mano su copa y en la otra un platito de nueces saladas que Mr. Allford picaba de vez en cuando con aire distraído. La muchacha sintió la mirada de Oliver y se volvió hacia él. Sonrió al ver que éste le guiñaba el ojo, sentado al lado de Mrs. Allford.

Al final, pasaron al comedor suavemente iluminado y con las cortinas de terciopelo corridas. Sobre la lustrosa madera había salvamanteles de encaje, objetos de plata y cristal y, en el centro de la mesa, estaba un gran arreglo floral de tulipanes escarlata del mismo tono que el vestido de Liz. Tomaron un delicioso salmón ahumado, escalopes de ternera, coles de Bruselas con castañas y un postre que era simplemente crema batida con limón. Después hubo café, brandy y puros habanos. Oliver apartó su silla de la mesa, completamente saciado de los placeres de la buena vida, y se acomodó para la charla de sobremesa.

A su espalda, el reloj de la repisa de la chimenea dio las nueve. En determinado momento del día, había conseguido apartar de su mente el recuerdo de Jody y Caroline y no había vuelto a pensar en ellos desde entonces. Pero, en cuanto el reloj empezó a dar suavemente la hora, sus pensamientos se alejaron de repente de Rossie Hill y volaron a Londres junto a los Cliburn. A aquellas horas, ya estarían en casa, cansados y agotados, tratando de explicarle a Diana lo ocurrido; Caroline estaría exhausta después de conducir tanto tiempo y Jody aún no habría conseguido superar su decepción. «Fuimos a buscar a Angus. Fuimos hasta Escocia para buscarlo, pero no estaba. Y yo no quiero ir a Canadá.»

Diana estaría furiosa, los reprendería y, finalmente, los perdonaría, calentaría un poco de leche para Jody y lo acompañaría a la cama y

Caroline subiría muy despacio la escalera con el rostro medio oculto por la cortina de su largo y sedoso cabello, deslizando lentamente la mano por la barandilla.

—¿... a ti qué te parece, Oliver?

—¿Cómo?

Todos los ojos se clavaron en él.

—Perdón, estaba distraído.

—Hablábamos de los derechos de pesca del salmón en el Corrie, dicen que...

La voz de Duncan se desvaneció poco a poco. Nadie más habló. De repente, en medio del silencio, los demás oyeron lo que el agudo oído de Duncan ya había percibido. El ruido de un coche, no en la carretera, sino subiendo por la colina en dirección a la casa. Una furgoneta o un camión cambiando ruidosamente de marcha al acentuarse la cuesta, el resplandor de unos faros en la parte exterior de las cortinas corridas y el pulsante rugido de un viejo motor.

Duncan miró a Liz.

—Me parece -le dijo en tono burlón- que viene el carbonero.

—Será alguien que se ha extraviado -señaló la joven, frunciendo el ceño-. Mrs. Douglas irá a ver qué ocurre -añadió con indiferencia, volviéndose de nuevo hacia Mr. Allford sin preocuparse por el ignorado visitante que esperaba fuera. En cambio, Oliver prestó gran atención y aguzó el oído. Oyó el timbre de la puerta principal y las lentas pisadas de alguien que se dirigía a abrir la puerta. Después oyó una excitada y estridente voz, interrumpida por unas leves protestas de Mrs. Douglas.

—... no puedes entrar allí dentro, se está celebrando una cena... -De pronto, una exclamación-: Eres un diablillo...

La puerta del comedor se abrió de par en par y apareció Jody Cliburn, buscando con la mirada en la estancia a la única persona que le interesaba encontrar.

Oliver se levantó de golpe, arrojando la servilleta sobre la mesa.

—¡Jody!

—Oliver.

El niño cruzó la estancia como un rayo, como una paloma que regresara a casa, y se arrojó directamente a los brazos de Oliver.

El cortés comedimiento de la cena se desvaneció de inmediato, como un globo pinchado. El resultado habría podido ser divertido si no hubiera sido trágico. Jody rompió a llorar con desconsuelo, hundió la cabeza en el vientre de Oliver y le rodeó la cintura con sus brazos como si no tuviera intención de soltarlo jamás. Mrs. Douglas, con su bata y su delantal, se encontraba de pie en la puerta sin saber si debía o no entrar en el comedor y llevarse a rastras al intruso sin contemplaciones. Duncan estaba de pie, sin tener la menor idea de lo que pasaba ni de quién demonios era aquel niño.

—¿Qué diablos es todo esto? — preguntó repetidamente, pero nadie estaba en condiciones de facilitarle una respuesta.

Liz, que también estaba de pie, pero sin decir palabra, clavó la mirada en la nuca de Jody, pensando que ojalá hubiera podido aplastarla como una fruta podrida contra el muro de piedra más cercano. Sólo los Allford, convencionales hasta el fin, se quedaron donde estaban.

—Qué cosa tan rara -comentó Mr. Allford entre una calada y otra a su puro-. ¿Quieres decir que ha venido en el camión del carbón?

Mrs. Allford sonreía afablemente como si el hecho de que las cenas

memorables se vieran interrumpidas por niños desconocidos fuera la cosa más natural del mundo.

Desde las profundidades del chaleco de Oliver, surgían sollozos, resuellos y frases inconexas de las cuales no podía oír ni entender una sola palabra. Era evidente que había que hacer algo para que la situación no se prolongara, pero Jody estaba tan fuertemente abrazado a Oliver que éste apenas podía moverse.

—Vamos, vamos -dijo por fin Oliver, levantando la voz por encima del llanto del niño-. Cálmate. Saldremos y me contarás lo que ha pasado. — Sus palabras consiguieron llegar hasta Jody, el cual aflojó ligeramente su presa y dejó que su amigo lo guiara hacia la puerta-. Lo siento -añadió Oliver al salir-. Disculpenme un instante... es algo que no esperaba.

Le pareció que había conseguido superar airoosamente la situación. En cuanto ambos salieron al vestíbulo, la bondadosa Mrs. Douglas cerró la puerta del comedor.

—¿Necesitan algo? — murmuró.

—No, muchas gracias.

Mrs. Douglas regresó a la cocina, musitando unas palabras entre dientes, y Oliver se sentó en una silla de madera labrada, que no había sido hecha para sentarse y acercó a Jody entre sus rodillas.

—A ver si te serenás. No llores. Toma, suénate la nariz y no llores.

Con el rostro hinchado y congestionado, Jody hizo un supremo esfuerzo, pero no consiguió reprimir las lágrimas.

—No... puedo.

—¿Qué ha ocurrido?

–Caroline está enferma. Muy enferma. Le duele muchísimo aquí. – Jody se apoyó las regordetas manos sobre el estómago-. Y cada vez es peor.

–¿Dónde está?

–En el hotel Strathcorrie.

–Pero si ella me dijo que regresabais a Londres.

–Yo no se lo permití. – Las lágrimas volvieron a asomar a los ojos de Jody-. Quería... encontrar a Angus.

–¿Ya ha vuelto Angus?

Jody negó con la cabeza.

–No. No había nadie.

–¿Has avisado a un médico?

–Yo... no sabía qué hacer. He venido a buscarlo a usted...

–¿Crees que está muy enferma?

Jody asintió con la cabeza sin poder contestar. A la espalda de Oliver, la puerta del comedor se había abierto y cerrado en silencio. Oliver se volvió y vio a Liz.

–¿Por qué no regresasteis a Londres? – le preguntó Liz a Jody. Este vio la cólera de su rostro y no le quiso contestar-. Dijisteis que ibais a regresar. Tu hermana dijo que te llevaría de regreso -añadió Liz con un tono de voz repentinamente estridente-. Dijo que...

Oliver se puso de pie y Liz se calló, como si éste hubiera cerrado el grifo de sus palabras.

—¿Quién te ha traído hasta aquí? — le preguntó Oliver a Jody.

—Un... hombre. Un hombre con una furgoneta.

—Sal y espera con él. Dile que yo voy enseguida.

—Pero tenemos que darnos prisa.

—Te he dicho que voy enseguida -repitió Oliver, levantando severamente la voz, volvió al niño de cara a la puerta y le dio un suave empujón-. Anda. Dile que ya me has encontrado.

Jody se retiró profundamente abatido, forcejeó con el tirador de la pesada puerta, salió y dejó que se cerrara con un golpe.

—No han regresado a Londres porque Jody quería una última oportunidad de encontrar a su hermano -le explicó Oliver a Liz-. Y ahora Caroline se ha puesto enferma. Eso es todo, lo siento -añadió, cruzando el vestíbulo para recoger su chaqueta.

—No vayas -le dijo Liz a su espalda.

—Tengo que ir -contestó Oliver, volviéndose a mirarla con el ceño fruncido.

—Telefonea al médico de Strathcorrie, él cuidará de ella.

—Liz, tengo que ir.

—¿Tan importante es para ti?

Oliver empezó a negarlo, pero se dio cuenta que no le apetecía hacerlo.

—No lo sé. Puede que sí -dijo, poniéndose la chaqueta.

—¿Y nosotros? ¿Tú y yo?

–Tengo que ir, Liz -se limitó a contestar Oliver.

–Si me dejas ahora, no hace falta que vuelvas.

Parecía un desafío... o un farol. Fuera lo que fuere, no tenía demasiada importancia. Oliver trató de ser amable con ella.

–No empieces a decir cosas de las que después te puedas arrepentir.

–¿Quién ha dicho que me arrepentiré? – Liz cruzó los brazos sobre el pecho y se los sujetó con las morenas manos con tal fuerza que los nudillos se le quedaron blancos. Parecía como si de pronto tuviera mucho frío, como si estuviera tratando de mantenerse entera-. Como no te andes con cuidado, el que se va a arrepentir serás tú. Ella se va a casar, Oliver.

Oliver ya se había puesto la chaqueta.

–¿De veras, Liz? – preguntó, abrochándose los botones mientras ella lo miraba, a punto de perder los estribos.

–¿No te lo dijo? ¡Qué curioso! Pues sí, se va a casar el martes. En Londres. Con un joven y próspero agente de cambio y bolsa llamado Hugh Rashley. Tiene gracia que no lo adivinaras. Aunque, en realidad, ella no llevaba una sortija de compromiso, ¿verdad? Dijo que le estaba grande y temía perderla, pero a mí me parece una explicación un poco rebuscada. ¿No me vas a preguntar cómo me he enterado de todo eso, Oliver?

–¿Cómo te has enterado? – preguntó Oliver.

–Me lo ha dicho mi madre. Me telefoneó ayer por la mañana. Resulta que Diana Carpenter es su mejor amiga, de modo que, por supuesto, mi madre lo sabe todo.

–Tengo que ir, Liz -dijo Oliver.

–Si ya has perdido el corazón -añadió dulcemente Liz-, procura no perder

también la cabeza. Eso no tiene futuro. Sólo conseguirás hacer el ridículo.

—Discúlpame ante tu padre -dijo Oliver-. Dile lo que ha sucedido y que lo siento muchísimo. Adiós, Liz -añadió, abriendo la puerta.

Liz jamás hubiera podido imaginar que él no diera media vuelta para regresar junto a ella, tomarla en sus brazos y decirle que nada de todo aquello había sucedido y que él la amaría tal como Charles la había amado y que Caroline Cliburn tendría que arreglárselas sola.

Pero Oliver no lo hizo. Y un segundo después ya se había ido.

El hombre de la furgoneta era un tipo corpulento, de cara colorada y con una gorra a cuadros. Tenía pinta de granjero y su furgoneta olía a estiércol de cerdo, pero había esperado pacientemente a que Oliver saliera y mientras tanto había hecho compañía a Jody en la cabina.

Oliver introdujo la cabeza por la ventanilla.

—Siento haberlo hecho esperar.

—No se preocupe. No tengo prisa.

—Ha sido usted muy amable en traer al niño, se lo agradezco mucho. Espero que no haya tenido que desviarse demasiado de su camino.

—En absoluto. De todos modos, tenía que bajar al valle desde Strathcorrie. Paré para tomar una copa y entonces el chiquillo se me acercó y me pidió si podía traerlo a Cairney. Estaba muy trastornado y no he querido dejarlo en la carretera. — El hombre se volvió hacia Jody y le dio una palmada en la rodilla con su manaza-. Pero ahora que ya has encontrado a Mr. Cairney, todo se arreglará, muchacho.

Jody bajó de la furgoneta.

—Muchas gracias -dijo-. No sé qué habría hecho si usted no hubiera sido tan

amable.

—No tiene importancia. Puede que algún día alguien haga lo mismo por mí cuando me encuentre en un apuro. Espero que tu hermana se reponga. Buenas noches, señor.

—Buenas noches -contestó Oliver-. Y gracias de nuevo.

Cuando las luces traseras de la furgoneta se perdieron de vista al doblar la curva de la calzada, Oliver tomó a Jody de la mano y dijo:

—Vamos. No tenemos tiempo que perder.

Ya en la carretera, mientras los faros rasgaban la oscuridad y el coche tomaba con soltura todas las conocidas vueltas y curvas, Oliver le dijo a Jody:

—Y ahora cuéntame qué ha pasado.

—Pues que Caroline ha vuelto a vomitar, luego dijo que le dolía mucho, estaba pálida y sudorosa y yo no sabía qué hacer... el teléfono... y después...

—No. Desde el principio. Desde la carta que escribió Caroline. La que me dejó encima de mi mesa de trabajo.

—Me dijo que íbamos a volver a Londres, pero yo le contesté que me había prometido esperar hasta el viernes, porque puede que el viernes Angus ya haya regresado.

—Hoy es viernes.

—Es lo que yo le dije. Que esperaríamos sólo hasta hoy. Pero ella contestó que sería mejor para todos que regresáramos a Londres y entonces escribió la carta, pero, en el último momento... se dio por vencida. Dijo que iríamos al hotel Strathcorrie y nos quedaríamos allí sólo una noche, la de ayer, y que

hoy tendríamos que regresar a Londres en coche. Le dije que muy bien, fuimos a Strathcorrie, Mrs. Henderson nos dio unas habitaciones y todo fue estupendamente hasta la hora del desayuno. Entonces dijo que se encontraba muy mal y que no podría conducir. De manera que se quedó en la cama, trató de comer algo a la hora del almuerzo, pero dijo que iba a vomitar, y lo hizo, y luego empezó a sentir esos dolores muy fuertes.

—¿Por qué no se lo dijiste a Mrs. Henderson?

—No sabía qué hacer. Seguía pensando que Angus regresaría y todo acabaría bien. Pero Angus no regresó y Caroline se puso peor. Bajé a cenar yo solo porque ella dijo que no tenía apetito y, cuando subí, estaba sudorosa y me pareció que dormía, pero no dormía, y pensé que se iba a morir...

El tono de Jody se estaba volviendo histérico.

—Podrías haberme telefoneado -le dijo serenamente Oliver-. Podrías haber buscado el número en la guía.

—Los teléfonos me dan miedo -dijo Jody. El hecho de que lo reconociera constituía una prueba de su aflicción-. Nunca me entero de lo que dice la gente y meto el dedo en el agujero equivocado.

—¿Qué hiciste entonces?

—Bajé corriendo, vi a un hombre que salía del bar, le oí decir que regresaba a su casa y entonces le seguí hasta su furgoneta y le dije que mi hermana estaba enferma, le hablé de usted y le pedí que me llevara a Cairney.

—Y yo no estaba, ¿verdad?

—No. El buen hombre bajó de la furgoneta y empezó a tocar toda clase de timbres, pero nadie contestó. Me acordé de Mrs. Cooper y entonces él me llevó hasta su casa. Al verme Mrs. Cooper me dio un abrazo y me dijo que usted estaba en Rossie Hill. Mr. Cooper dijo que él me llevaría, a pesar de que iba con tirantes y zapatillas, pero el otro señor dijo que no, que él ya

conocía el camino y que me llevaría. Así que me llevó y yo me presenté en la casa. Ahora siento mucho haber estropeado la fiesta.

—No tiene importancia -dijo Oliver.

Jody ya había dejado de llorar y permanecía inclinado hacia adelante en el borde del asiento, como si con ello pudiera aumentar la velocidad del coche.

—No sé qué habría hecho si no lo hubiera encontrado -dijo al fin.

—Pero me has encontrado y aquí estoy. — Oliver rodeó con su brazo izquierdo a Jody y lo atrajo hacia sí-. Lo has hecho muy bien. Lo has hecho todo muy bien.

Devoraron los kilómetros. Subieron la colina, y luego empezaron a bajar por el otro lado. Las luces de Strathcorrie centelleaban abajo, medio ocultas por los repliegues de las oscuras y silenciosas montañas. «Ya estamos llegando -le dijo en silencio Oliver a Caroline-. Ya estamos llegando Jody y yo.»

—Oliver.

—¿Sí?

—¿Qué cree usted que le ocurre a Caroline?

—Como profano que soy en la materia -contestó Oliver-, yo diría que tiene el apéndice inflamado y que habrá que extirpárselo.



Capítulo 8

La suposición de Oliver resultó totalmente acertada. En cuestión de diez minutos, el médico de Strathcorrie, llamado urgentemente por Mrs. Henderson, llegó, confirmó el diagnóstico de apendicitis, le dio a Caroline una inyección para calmar el dolor y bajó para llamar al pequeño hospital local y pedir una ambulancia. Jody, en una manifestación de tacto impropia de un niño de su edad, salió con el médico mientras Oliver se sentaba en el borde de la cama de Caroline y le sostenía una mano entre las suyas.

—No sabía adonde se había ido Jody -dijo Caroline, medio adormilada por el sedante-. No sabía que había ido a buscarlo.

—Cuando se presentó de repente, me quedé de piedra porque os creía a los dos sanos y salvos en Londres.

—No nos fuimos. A último momento, comprendí que no podía irme sin cumplir la promesa que le había hecho a Jody.

—Me alegro de que no te fueras. Una apendicitis en plena autopista no hubiera tenido mucha gracia.

—No, desde luego -dijo Caroline con una sonrisa-. Creo que ésa era la causa de mis constantes mareos. Jamás pensé que pudiera ser el apéndice. Tengo que casarme el martes -añadió como si se le acabara de ocurrir la idea.

—No podrás acudir a la cita.

—¿Se lo ha dicho Liz?

—Sí.

—Hubiera tenido que decírselo yo misma. No sé por qué no lo hice. —
Caroline rectificó de inmediato—: No sabía por qué no lo había hecho.

—¿Y ahora ya lo sabes?

—Sí -contestó Caroline sin esperanzas.

—Caroline, antes de que añadas algo más -dijo Oliver-, pienso que deberías saber que, cuando te cases, no quiero que lo hagas más que conmigo.

—Pero, ¿es que no te vas a casar con Liz?

—No.

Caroline reflexionó, con la cara muy seria.

—Todo eso es un lío tremendo, ¿verdad? Yo siempre lo enredo todo. Incluso mi compromiso con Hugh forma parte del enredo.

—No sé, Caroline. No conozco a Hugh.

—Es simpático y, si lo conocieras, estoy segura de que te gustaría. Siempre anda organizándolo todo y es muy amable y yo siempre le he tenido un gran aprecio. Es el hermano menor de Diana. ¿No te lo ha dicho Liz? Acudió a recibirnos al aeropuerto cuando regresamos de Afros y se encargó de todo, y de alguna manera parece haberse encargado de todo desde entonces. Diana alentó la idea de nuestra boda, por supuesto. El hecho de que yo me casara con su hermano le gustaba porque resultaba interesante para su sentido del orden. Así todo quedaba en familia. Aun así, yo nunca había dicho que me casaría con él y jamás lo habría hecho si no hubiera sido por mi desdichada relación con Drennan Colefield. Después, cuando Drennan me dejó plantada, pensé que jamás volvería a enamorarme y no me importó demasiado si verdaderamente amaba o no a Hugh. ¿Te parece que eso tiene sentido? — preguntó frunciendo el ceño con aire perplejo y confuso.

—Tiene mucho sentido.

–¿Qué voy a hacer ahora?

–¿Amas a Hugh?

–En cierto modo, pero no como marido.

–En tal caso, no hay problema. Si es un buen chico, y seguro que lo es porque de lo contrario tú jamás hubieras accedido a casarte con él, estaría muy mal que lo obligaras a cargar para el resto de su vida con una esposa medio indiferente. En cualquier caso, no podrás casarte con él el martes. Estarás demasiado ocupada sentada en la cama, comiendo uvas, aspirando el perfume de los ramos de flores y leyendo grandes revistas ilustradas.

–Se lo tendremos que decir a Diana.

–Yo me encargaré de eso. En cuanto te lleven al hospital en la ambulancia, la llamaré.

–Tendrás que darle montones de explicaciones.

–Eso se me da muy bien.

Caroline movió la mano y entrelazó los dedos con los de Oliver.

–Nos hemos conocido justo a tiempo, ¿verdad? – dijo con dulzura.

Oliver se notó un súbito e inesperado nudo en la garganta. Se inclinó y la besó.

–Sí -dijo en voz baja-. Por poco, se nos escapa. Pero lo hemos conseguido.

Cuando la vieron partir, acompañada por los hombres de la ambulancia y una amable y rechoncha enfermera, Oliver tuvo la sensación de haber vivido toda una vida en pocos días. Mientras la ambulancia se alejaba por la

desierta calle y se perdía de vista al otro lado de la pequeña arcada de piedra, rezó una silenciosa oración. De pie a su lado, Jody lo cogió de la mano.

–Se pondrá bien, ¿verdad Oliver?

–Por supuesto que sí.

Regresaron juntos al hotel, como dos hombres que hubieran cumplido una importante misión.

–Y ahora, ¿qué hacemos? – preguntó Jody.

–Lo sabes tan bien como yo.

–Llamar a Diana.

–Exacto.

Le compró a Jody una Coca-Cola, lo instaló a una mesa justo al lado de la cabina telefónica, se encerró en el asfixiante interior y llamó a Londres. Veinte minutos más tarde, tras haber dado unas largas y agotadoras explicaciones, abrió la puerta, llamó a Jody y le pasó el auricular.

–Tu madrastra quiere hablar contigo.

–¿Está enfadada? – preguntó Jody en un susurro.

–No, pero te quiere saludar.

Jody se acercó cautelosamente el temido instrumento al oído.

–¿Sí? Hola, Diana. – Una sonrisa se dibujó poco a poco en su rostro-. Sí, estoy bien...

Oliver se retiró para pedir el whisky con soda más grande que el bar del

hotel le pudiera preparar. Cuando se lo sirvieron, Jody ya se había despedido de Diana, había colgado el teléfono y abandonaba la cabina con una radiante sonrisa en los labios.

—Está un poco enfadada y dice que mañana tomará el avión de Edimburgo.

—Lo sé.

—Y dice que me tendré que quedar con usted hasta entonces.

—¿Te parece bien?

—¿Si me parece bien? Es fantástico. — Jody contempló el largo vaso que Oliver sostenía en la mano—. Me muero de sed, ¿Podría tomar otra Coca-Cola?

—Pues claro que sí. Ve a pedírsela al camarero.

Pensaba que ya habían llegado al final del camino. Que ya nada quedaba por hacer y que ya no era posible que hubiera más sorpresas. Pero estaba equivocado. Cuando Jody fue a pedir su refresco, se oyó el ruido de un coche que subía por la calle y se detuvo delante del hotel. Unas puertas se abrieron y cerraron ruidosamente; se oyeron unos murmullos de voces y de pisadas, se abrieron las puertas acristaladas y entró una elegante dama de cabello gris con un vestido blanco y rosa, semejante a una tarta, y con unos lustrosos zapatos de piel de cocodrilo. Le seguía un joven que, portando un montón de maletas a cuadros escoceses, tuvo que empujar la puerta de vaivén con los hombros porque tenía las manos ocupadas con el equipaje. Era alto y rubio, llevaba el cabello largo y tenía un rostro curiosamente eslavo, con altos pómulos muy pronunciados y una ancha boca de curvados labios. Llevaba pantalones de pana azul claro y una holgada chaqueta de áspera lana. Oliver lo observó llevar las maletas hasta el mostrador de recepción, dejarlas en el suelo y alargar la mano para tocar el timbre.

Pero no llegó a tocarlo, pues justo en aquel momento Jody estaba

regresando del bar. Fue como la repentina interrupción de una película. Sus ojos se cruzaron y ambos permanecieron inmóviles, mirándose fijamente. Después, se reanudó la película con un clic y un zumbido.

—¡Jody! — gritó el joven con toda la considerable fuerza de sus pulmones.

Antes de que alguien pudiera decir algo, el niño se catapultó a través del vestíbulo a los brazos de su hermano.

Aquella noche se fueron los tres juntos a Cairney. A la mañana siguiente, Oliver dejó a los hermanos juntos y se dirigió en su coche a Edimburgo para recibir a Diana Carpenter que llegaría en el vuelo de Londres. Esperó en la sala de llegadas de paredes de cristal del aeropuerto de Turnhouse, estudiando a los pasajeros que bajaban por la escalerilla. En cuanto apareció, supo que era ella. Alta, espigada, vestida con una chaqueta suelta de tweed y una estrecha corbata de visón anudada alrededor del cuello. En cuanto ella empezó a cruzar la pista, Oliver se adelantó para recibirla y vio su ceño fruncido y la preocupada expresión de su rostro.

—Diana -dijo tan pronto como ella cruzó la puerta de cristal.

Llevaba el rubio cabello recogido en un moño y tenía unos ojos azul intenso. Inmediatamente lanzó un suspiro de alivio y parte de la inquietud desapareció de su rostro.

—Usted es Oliver Cairney.

Ambos se estrecharon la mano y, por una ignorada, pero sin duda justificada razón, él la besó.

—¿Y Caroline? — preguntó Diana.

—La he visto esta mañana. Está bien y se repondrá enseguida.

Oliver se lo había dicho todo por teléfono la noche antes, pero en ese

momento, mientras el coche se dirigía velozmente hacia el puente del Forth, le contó lo de Angus.

—Llegó anoche, tal como ya había anunciado. Con la señora estadounidense a quien ha estado haciendo de chófer por las Tierras Altas. En cuanto entró en el hotel, Jody lo reconoció y se produjo un encuentro muy emotivo.

—Es maravilloso que se hayan reconocido. Llevaban años sin verse.

—Jody quiere mucho a Angus.

—Ahora me doy cuenta -dijo Diana con un hilillo de voz.

—¿Antes no lo sabía? — preguntó Oliver, procurando que en su voz no se advirtiera el menor tono de reproche.

—Es difícil... era difícil, siendo yo la madrastra. Una no puede ser la madre y, sin embargo, tiene que intentar ser algo más que una simple amiga. Y además, ellos no eran como los demás niños. Habían crecido prácticamente como unos salvajes, descalzos y enteramente libres. Mientras su padre vivió, la cosa fue bien, pero todo cambió después de que él murió.

—Lo comprendo.

—Me sorprende que lo comprenda. Era caminar sobre el filo de una navaja, porque yo no quería reprimir sus naturales instintos y, al mismo tiempo, me sentía obligada a darles una base sólida para que pudieran independizarse. Caroline siempre ha sido muy vulnerable. Por eso traté de disuadirla de que se matriculara en la Escuela de Arte Dramático e intentara abrirse camino como actriz. Temía que se desanimara y sufriera por ello. Mis temores se hicieron realidad, pero entonces ella empezó a encariñarse con Hugh y yo pensé que, si Hugh cuidara de ella, ya no volvería a sufrir otra decepción. Puede que... la manipulara un poco, pero le aseguro que lo hice con la mejor intención del mundo.

—¿Le ha dicho usted a Hugh lo que yo le dije anoche por teléfono?

—Sí. Saqué el coche y me fui a su piso, porque no tuve valor de decírselo por teléfono.

—¿Y cómo se lo tomó?

—Con Hugh, nunca se sabe, pero tuve la impresión de que, en cierto modo, ya lo esperaba. Lo que ocurre es que no había dicho palabra porque es una persona muy autosuficiente y civilizada. El hecho de que Caroline esté en el hospital justifica el aplazamiento de la boda y, cuando se rompa oficialmente el compromiso, la gente ya se habrá hecho a la idea.

—Así lo espero.

La voz de Diana cambió de tono.

—Y, después de haber visto a Hugh, volví y fui a ver al muy estúpido de Caleb. Prestarles a los chicos el coche fue una tremenda muestra de irresponsabilidad. Es un milagro que no se descacharrara antes de llegar al condado de Bedford. Y sin decirme ni una sola palabra a mí. Realmente, lo habría estrangulado.

—Lo hizo con la mejor intención.

—Por lo menos, hubiera podido cerciorarse primero de que el coche estaba en buenas condiciones.

—Por lo visto, les tiene mucho cariño a Jody y Caroline.

—Sí, los quería mucho a todos. A su padre, a Jody, a Caroline y a Angus. Mire, yo quería que Angus se quedara con nosotros cuando su padre murió, pero a él no le gustaba mi estilo de vida ni lo que yo podía ofrecerle. Él tenía diecinueve años, y yo por nada del mundo hubiera tratado de impedir que hiciera aquel descabellado viaje a la India. Esperaba que se le quitara la idea de la cabeza y que regresara junto a nosotros para llevar una vida normal. Pero no lo hizo. Seguramente Caroline ya se lo habrá contado.

Nunca lo hizo.

—Él mismo me lo contó anoche -dijo Oliver-. Estuvimos hablando hasta altas horas de la madrugada. Yo le dije lo que Jody esperaba de él... que regresara a Londres y buscara una vivienda para los dos. Y él me contó sus proyectos. Le han ofrecido un trabajo en una empresa de alquiler de yates en el Mediterráneo. Regresa a Afros.

—¿Lo sabe Jody?

—No se lo he dicho. Quería discutirlo primero con usted.

—¿Y qué es lo que hay que discutir?

—Lo siguiente -contestó Oliver, encajando las piezas del rompecabezas como si lo hubiera planeado de antemano-. Yo me voy a casar con Caroline en cuanto se restablezca. Mi trabajo está en Londres y allí tengo un apartamento donde podemos vivir. Y, si usted y su marido están de acuerdo, Jody podría quedarse con nosotros. Hay espacio suficiente para los tres.

Diana tardó algún tiempo en asimilarlo.

—¿Quiere decir que no nos lo llevaríamos a Canadá?

—Le gusta su escuela y le gusta vivir en Londres y estar con su hermana. No quiere ir a Canadá.

—No sé cómo no lo comprendí -dijo Diana, sacudiendo la cabeza.

—Tal vez porque él no quería que usted lo supiera por temor a herir sus sentimientos.

—Yo... lo voy a echar mucho de menos.

—Pero ¿permitirá que se quede?

—¿Es eso lo que usted quiere realmente?

—Creo que es lo que todos queremos.

Diana se echó a reír.

—Eso Hugh jamás lo hubiera hecho. No estaba preparado para acoger a Jody en su casa.

—Yo sí -dijo Oliver-. Si usted me lo permite. Sólo tenía un hermano y lo echo mucho de menos. Si voy a tener otro, me gustaría que fuera Jody.

Cuando subieron por la alameda de Cairney, Angus y Jody los estaban esperando, sentados en un peldaño de la entrada principal de la casa, como si fueran los pacientes miembros de un comité de recepción. Casi antes de que el coche se detuviera, Diana saltó y echó a correr sin el menor comedimiento, agachándose para abrazar a Jody. Después, por encima de la cabeza del niño, levantó la vista y vio que Angus la miraba con recelo, aunque sin rencor. Jamás habían estado de acuerdo, pero en ese momento el chico ya era independiente y ella no tenía por qué meterse en sus asuntos, cosa de la cual se alegraba muchísimo.

Sonrió, se enderezó y se fundió con él en un fuerte abrazo.

—Oh, Angus -le dijo-, eres una criatura imposible. Cuánto me alegro de verte.

Diana deseaba por encima de todo ir a ver a Caroline, de modo que Oliver descargó su equipaje, le entregó las llaves del coche a Angus, y le dijo que la llevara.

—Yo también quiero ir -dijo Jody.

—No. Nosotros nos quedaremos aquí.

–Pero, ¿por qué? Quiero ver a Caroline.

–Después.

Mientras el coche se alejaba, Jody volvió a preguntar:

–¿Por qué no me ha dejado ir?

–Porque es bonito que estén los tres juntos. Llevan mucho tiempo sin verse. Además, quiero hablar contigo. Tengo muchas cosas que quiero decirte.

–¿Cosas bonitas?

–Creo que sí. – Oliver rodeó los hombros de Jody con su brazo, le hizo volverse con delicadeza y entró con él en la casa-. Las mejores.

* * *



OceanofPDF.com

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

rosamunde pilcher



Rosamunde Scott nació en 1924 en una pequeña población cercana a Cornualles llamada Lelant, en el Reino Unido. Escribió desde los 15 años relatos de amor y cuentos cortos para revistas femeninas, pero no alcanzó la fama hasta los sesenta años, cuando publicó *Los buscadores de conchas*. Su interés por profundizar en los entresijos del alma humana y su extraordinaria calidad narrativa la han convertido en un indiscutible fenómeno literario de nuestros días.

Sus libros son especialmente populares en Alemania debido a que el canal oficial de televisión ZDF, produjo más de 60 de sus cuentos para la televisión. Tanto Pilcher como el director de programación de ZDF Dr. Claus Beling recibieron el Premio Británico de Turismo en el año 2002, por el efecto positivo sobre el turismo que tuvieron tanto sus novelas, como las versiones televisivas. También en el 2002 fue nombrada OBE (Orden del Imperio Británico).

En 1946 se casó con Graham Pilcher y se trasladó a vivir a Escocia, donde tuvo a sus cuatro hijos y donde hoy en día aún reside.

nieve en abril

Caroline Cliburn se iba a casar por gratitud hacia un hombre, pero sabía que eso no bastaba para convertirse en esposa. Tal vez por ello decidió emprender, junto con su hermano menor, un largo viaje a Escocia por carretera. A medida que avanzaban y el paisaje se volvía más duro y desolado, Caroline sentía acrecentarse su dilema. Sin embargo, jamás hubiese imaginado que una súbita tormenta primaveral iba a interrumpir abruptamente su viaje. Ni que la nieve en abril iba a proporcionarle, tanto a ella como a un solitario joven escocés, la última oportunidad de descubrir y experimentar el fuego del verdadero amor...

El delicado arte narrativo de Rosamunde Pilcher infunde un profundo y cálido sentimiento a las relaciones humanas que describe. *Nieve en abril* es una nueva muestra de ello, así como de su indiscutible talento para recrear las pulsiones anímicas más sutiles e indagar en los secretos del alma.

* * *

OceanofPDF.com

Título original: Snow in April

© 1972, Rosamunde Pilcher

© de la traducción, María Antonia

Menini

Primera edición: marzo, 1994

© 1994, Plaza Janes Editores,

S. A.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 84-01-32553-6

Depósito Legal: B. 5.198 – 1994

Diseño de la portada: Método

Fotocomposición: Lorman, s.c.p.

**This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
07/09/2008**

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com